

TO

26

13649



ENCUADERNACIÓN

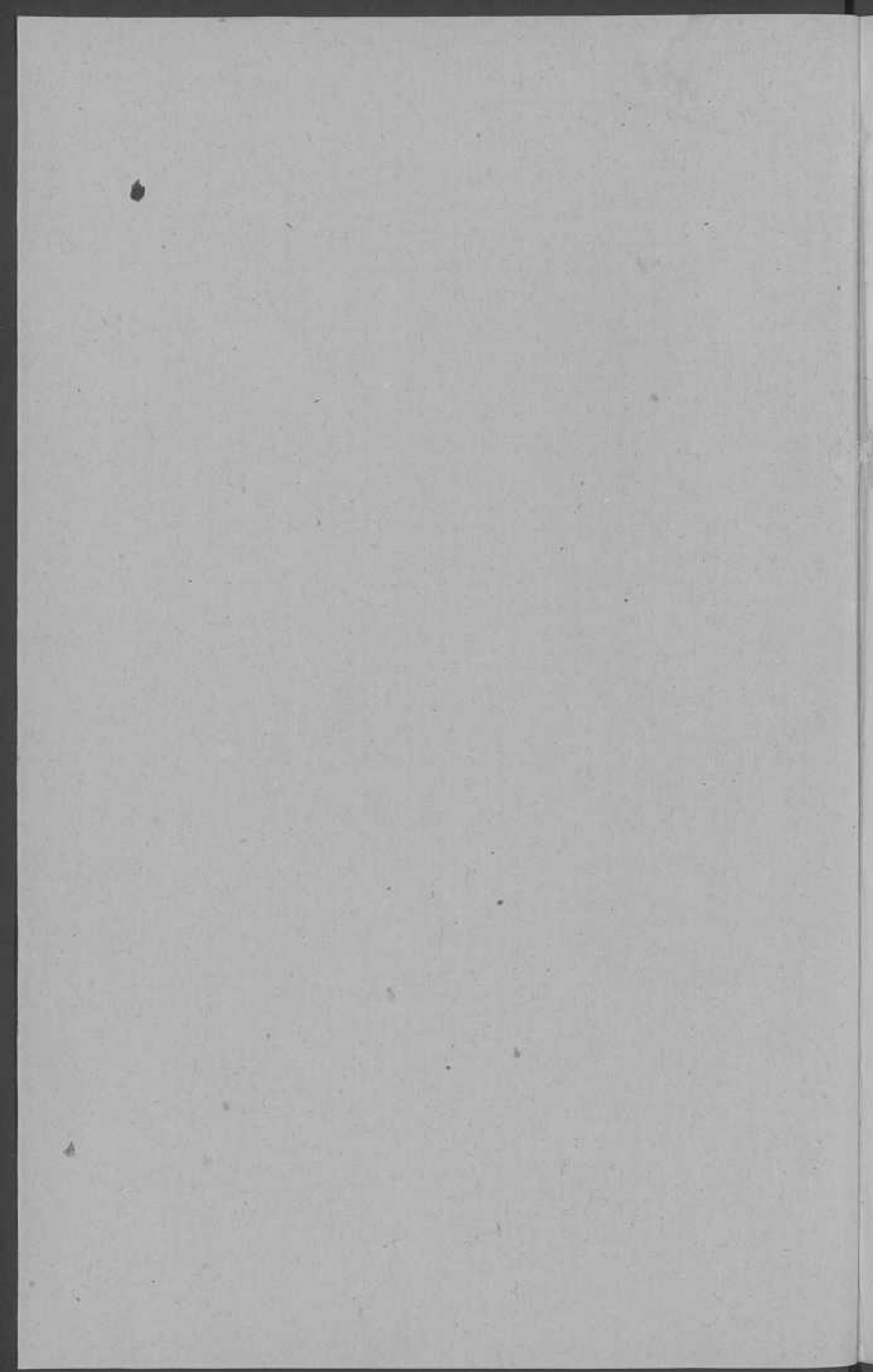
Vda. de

ENRIQUE

MARTINEZ

Lain-Calvo 12

BURGOS



XII
—
LII

CADA MAESTRITO...

OBRAS DEL AUTOR

<i>Cosas de niños</i>	5	ptas.
<i>Luz de las Cumbres.</i>	3	"
<i>La Emoción de España.</i>	6	"
<i>Sal y Sol</i>	4	"
<i>Mi Relicario de Italia</i>	6	"
<i>Romería del Rocío</i> (agotada).		
<i>Florales y Teresianos</i> (íd.).		
<i>Conferencia del Quijote</i> (íd.).		
<i>Madre Cristiana</i>	1	"
<i>Cada Maestríto...</i> (3. ^a edición).	5	"

EN PRENSA

Sal del Odiel.

Discursos.

MANUEL SIUROT

Cada maestrito...

Observaciones pedagógicas
de uno que no ha visto en su
vida un libro de Pedagogía

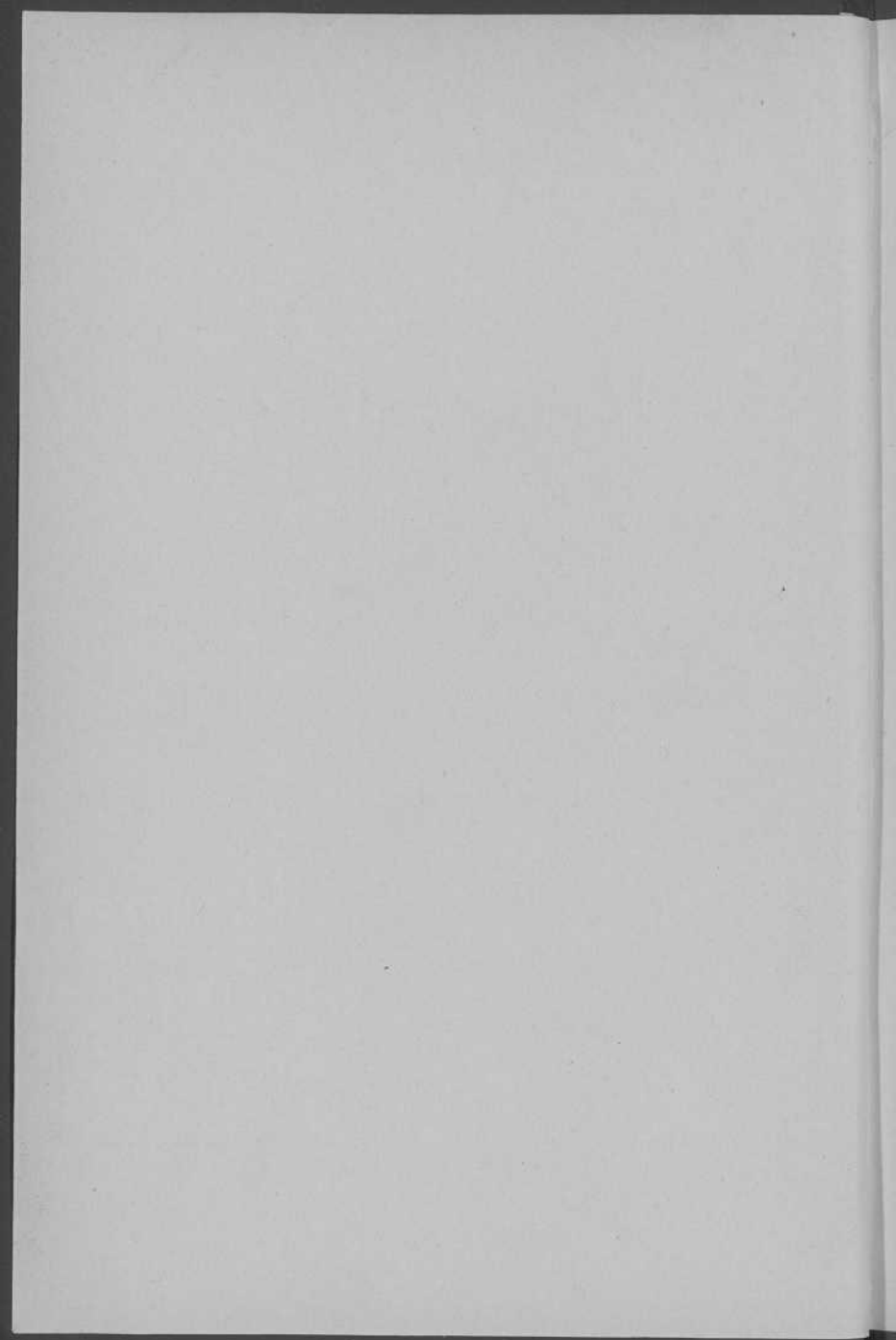
Tercera Edición
aumentada y corregida



Talleres Voluntad, Serrano, 48. Madrid.

1929

B.P. BURGOS
N.R.
N.T. 127804
C.B.
19626
.....
.....



A MANOLITA

Dulce compañera: Te robé muchos ratos del hogar para dedicarlos a los niños pobres de la Escuela. Los niños pobres y yo estamos, pues, en deuda contigo. Ellos y yo hemos acordado pagarte algo, poniendo este libro a tus pies.



ALGO DE PRÓLOGO

—El prólogo le toca a usted—me dijo, al empezar a escribir cuartillas, el D. Manuel de este libro.

Y llevaba razón que le sobraba mi amigo, y entre otras, la de que a nadie debe ser gustoso el papel de embarcado por el célebre Patrón Araña.

Y te aseguro, lector amigo, que si en este libro mis manos pecadoras no hubieran metido su cuarto a espadas, hubiera yo oficiado, con respecto a su autor, de verdadero Patrón Araña, que lo embarcaba y se quedaba en tierra.

Porque fui yo—y perdóname, lector querido, que empiece el prólogo de un libro ajeno hablando de mí—, fui yo quien embarqué al amabilísimo Siurot, para que metiera en los moldes de un libro algo de lo mucho bueno y verdaderamente original que él

ha dado a las escuelas del Sagrado Corazón de Jesús, de Huelva; algo también, ¿por qué no decirlo?, de lo mucho que, en experiencia, observación y orientaciones sociales, le han dado a él las dichas escuelas.

Porque de todo ha habido.

Él ha dado a las escuelas de niños pobres su diaria asistencia personal a la clase, como si fuera un Maestro de plantilla, y con esa asistencia ha dado y da a sus niños toda su inteligencia de genio (y ahora que se fastidie su modestia y se ejercite en acciones de gracias a Dios), todo su corazón, y me consta que lo tiene grande de verdad, toda su imaginación de poeta delicado y creador, toda la paciencia de su alma; naturalmente impaciente, junto con toda la fuerza de sus pulmones, que no poca se necesita, y hasta todo el gracejo de su carácter andaluz.

Y da todo eso no una semana por sport, ni un mes por vía de experiencia: da todo eso hoy, mañana y pasado mañana y todos los días; a pesar de sus ocupaciones; a pesar de los reparos que, amigos, más buenos que prudentes, le hacen contra esa manía de la escuela pudiendo subir y hacer tanto por

otros caminos; a pesar de la ingrata prosa del constante machacar, que consigo lleva la profesión; y a pesar de... todos los pesares, Don Manuel Siurot es el hombre de las escuelas del Sagrado Corazón.

Esa era una de las cosas que yo quería que se supiera por muchos que se consumen en una lamentable ociosidad espiritual, sin saber qué hacer con el talento, con el corazón, con el dinero, con las fuerzas, con los recursos que Dios les ha dado.

Yo tenía mucho interés en presentar a tanto señorito aburrido como anda desperezándose por esos casinos, y dedicado a la triste tarea de matar el tiempo, el ejemplo de otro señorito, que supo en buena hora cambiar las ociosidades enervantes del casino por la actividad provechosa de la escuela de los niños abandonados y la triste tarea de matar el don precioso de Dios, el tiempo, en la gloriosa de aprovecharlo para preparar a su Religión y a su Patria hombres buenos y cabales.

Y ese es el primer título de la bondad de este libro: que se da en él esa lección tan útil con toda la eficacia del ejemplo, con to-

da la elocuencia del convencido, con toda la sinceridad del que cuenta lo que siente.

Pero había otra cosa que yo también quería que se conociera, y era lo que la escuela había dado a su hombre.

Mi venerado amigo D. Andrés Manjón me escribía una vez, y entre otras cosas me decía una frase que hasta bastante después no entendí del todo bien: "No he sido yo quien ha hecho las escuelas del Ave María, sino ellas las que me han hecho a mí."

Lo que entonces tomé por expresión de laudable modestia, después comprendí que era la fórmula de una gran verdad.

Yo no creo ni en la suerte, ni en la casualidad, ni en la fuerza de las circunstancias: yo no creo que la suerte haga a los hombres ni más grandes, ni más chicos; yo no creo más que en la Providencia de Dios, que, cuando escoge a un hombre para una obra suya, le da las aptitudes y facilidades necesarias para ella.

Siurot dió a la escuela del Corazón de Jesús su alma con todas sus facultades y entusiasmos, y su cuerpo con toda su energía; y el Corazón de Jesús ha hecho del al-

ma y del cuerpo de Siurot un pedagogo cristiano de una vez.

Así, de una vez.

Si te digo la verdad, lector amigo, he de confesarte que el hijo de mi padre ha mirado hasta hace poco con un si es no es de prevención la Pedagogía.

¡Oh!, ¡la Pedagogía!

Había oído hablar de ella en discursos y artículos de revistas profesionales, y me la habían representado tan estirada, tan fría, tan inflexible, tan atiborrada de reglas y leyes, como vacía de corazón; tan enrevesada de nombres e ideas como extranjerizada en palabras e índole; tan despegada de los niños y tan olvidada de que un niño es un niño, en una palabra, que lo mismo era oír la citada palabra que ver surgir en mi fantasía una de esas institutrices de dedos largos, de andares hombrunos, de rostro afilado y severo, de mirada fría y regañona y de alma más fría que sus ojos y más tiesa que su cara, a la que la moda elegante ha tenido la crueldad de condenar a los niños ricos. Y, ¡claro!, con esa idea en la cabeza, ya podrán comprender los lectores las simpatías

que habría en mi corazón para la respetable Pedagogía.

¿Estaba yo equivocado, o era cierto que, según se la han forjado algunos, la Pedagogía se parecía a la institutriz de mi cuento?

No me meteré ahora a dar la respuesta, porque me llevaría demasiado lejos; pero basta al caso saber que a D. Andrés Manjón, primero, y a D. Manuel Siurot, después, debo el haber depuesto mis recelos pedagógicos y llegado a entusiasmarme con la Pedagogía.

¿Cómo se obró el milagro?

Viendo, más que explicada, practicada por ellos, una Pedagogía como pedían mi pobre inteligencia, mi corazón y mi sentido común.

Una Pedagogía que cuenta con que el niño es niño y no la bestiezueta del rutinarismo viejo, que hay que domar a fuerza de palmetazos; ni el ángel bello sin picardías de diablillo, ni síntomas y predisposiciones incipientes de hombre malo del racionalismo trasnochado y cursi; y que es un niño con unas piernas muy ágiles, que necesitan correr mucho, y unas manos muy inquietas,

que necesitan ocupación, y unos pulmones muy tiernos, que necesitan mucho aire puro y mucho campo abierto, y un carácter peculiar distinto de los niños de otros países, con una cabeza como esponja seca, que necesita empaparse en aguas de verdades, y un corazón muy blando, que demanda mucho cariño, y unos destinos que no se acaban con el cuerpo y con el tiempo, sino que son eternos, como eterno es Dios, Principio y Fin sobrenatural de ese niño...

Una Pedagogía que prepara y educa al niño para hombre completo y cabal en la tierra y para santo en el cielo: esa es la Pedagogía que a mí me gusta, que me llena, y esa es la que, sin darse cuenta, practica y lleva a su perfección nuestro Siurot.

Y digo sin darse cuenta, porque él no se preparó para enseñar a sus niños con la lectura de ningún pedagogo, ni aun de los que más suenan.

Las fuentes de su inspiración han sido la observación continua, el cariño en su grado máximo a los niños pobres y la Comunión diaria; la primera, acarreándole materiales para su rica inteligencia; el segundo,

estimulando su poderosa voluntad, y la tercera, la Comunión diaria, iluminando cuestiones que, no por ser de gente menuda, dejan de ser grandes, suavizando asperezas e impaciencias, evitando desmayos muy naturales y haciendo de la monótona faena del magisterio un apostolado amable y, como él dice, una prolongación de la acción de gracias de la Comunión de la mañana...

En resumidas cuentas, que los años de magisterio diario, que llevan de existencia las escuelas del Sagrado Corazón de Jesús, han hecho del Sr. Siurot, como dije antes, un pedagogo cristiano de una vez.

Y éste es otro de los títulos que dan valor y precio a este libro.

Que sin pretensiones de ser un tratado de Pedagogía, cuenta en sus páginas más pedagogía buena y sana y al alcance del más profano, como a la altura del más sabio, que quizás y sin quizás enseñe tanto libro importado e indigesto como anda en manos de maestros y aprendices de maestros, por esos mundos de Dios.

Este es un libro escrito en unos días y preparado en muchos años...

*Es un libro para enseñar, para alentar, para abrir horizontes, para disipar preven-
ciones, y, ¿por qué no decirlo?, para tapar
unas cuantas bocas atrevidas que, en nom-
bre de una falsa pedagogía, han pretendido
calumniar a la Iglesia Católica, tachándola
de anticuada y rutinaria.*

*Y como todas estas cosas buenas las da
el libro condimentadas con la sabrosa sal-
sa de un estilo castizo y ameno y de un in-
terés siempre creciente, ni que decir tiene
que aquél se mete por los ojos y por el co-
razón.*

*Guárdalo en él, lector amigo, y no lo de-
jes salir hasta que deje semilla de obras pa-
recidas.*

*Y, ahora, una palabra al amigo Siurot,
y terminamos:*

*Ya ve cómo no he sido para con su libro
Patrón Araña, sino que con mucho gusto y
honor mío me embarco en el bajel que su
rica pluma ha construído y su cariñosa do-
cilidad ha echado al agua de la publicidad
para correr juntos la misma suerte.*

*Y ¡a bogar en nombre del Corazón de
Jesús!*

*¡Quiera Él que en las redes de este barco
queden presas muchas almas para la san-
ta causa, y de la pesca salgan mucha glo-
ria para Él y... todas las pesetas que usted
desea para los niños pobres!*

EL ARCIPRESTE DE HUELVA.
(Hoy obispo de Málaga.)

CAPITULO PRIMERO

Romántico

El gran defecto de la civilización moderna es, a mi modo de ver, una carencia casi absoluta de grandes ideales. Es decir, no hay apenas románticos ni idealistas. La pesa, el número y la medida se han hecho la fuerza directriz del mundo. Yo soy muy amigo del sistema métrico decimal, cuando la sociedad que lo practica se deje alumbrar por el sol de la idea. Cuando esto no ocurre, la degeneración es inmediata en todos los órdenes, y entonces hasta las mismas pesas no son exactas, los números no sirven más que para la ambición y las medidas son una parodia de lo justo.

Los hombres prudentísimos, que todo lo cuentan y miden escrupulosamente, y que tienen sus vidas inscritas en el polígono de sus propias conveniencias, dicen, mientras

asoman una sonrisa de orden superior, que los idealistas son seres inútiles, rechazándolos de su reino con la palabra "cursis". Si no fueran tan injustos, reconocerían que los románticos de la idea son los verdaderos promotores del progreso; son los creadores, mientras que los hombres de la perfecta ecuanimidad, los de la geometría minuciosa, son los consumidores.

No hay en el mundo nada de orden práctico y conveniente que no tenga una noble ascendencia ideal. La ciencia, tan útil, tan generosa, atenta siempre a beneficiar al hombre, ha tenido su período de idealismo, porque, antes de ser utilidad y beneficio, ha sido aspiración y ensueño en la mente creadora. América, tan grande, tan interesante; la maravillosa América, hecho geográfico formidable, con todas las concreciones propias de su existencia continental, ha tenido también ascendencia idealista: La Rábida es el romanticismo de América, y las tres carabelas, gaviotas de los ensueños oceánicos, vuelan por el mar tenebroso con las alas llenas de ideas, porque son ellas también el romanticismo del nuevo mundo.

Y hasta la misma Iglesia, con su catolicidad rica en la variedad contingente de la vida, y que mete sus hilos en el tejido de todas las necesidades sociales, ha tenido su período romántico en aquellas profecías y adivinaciones de la Biblia vieja, que es la esperanza hecha libro y florecida en la aurora del gran día. Cuando el mártir expira en la cruz, sobre su frente muerta brilla una gloria augusta de eterno romanticismo...

Tienen, pues, los señores del peso y los de la prudencia geométrica obligación de ser más respetuosos con los idealistas. Ese respeto sería una señal clara de civilización verdad. Si no se rinden a la luz, podrán decirles los románticos: sobre las fachadas de vuestras vidas herméticas, donde no entran las pulmonías, porque no entra el aire; las insolaciones, porque no entra el sol, y la fatiga, porque jamás entró el trabajo, escribiremos el testimonio de vuestros calculados egoísmos. Si supierais por dónde van las aguas de la verdad, tendríais devoción religiosa por los idealistas y aprenderíais que vuestras utilidades y conveniencias provienen de ellos, porque las ideas son las ma-

dres de los números y las abuelas de los negocios.

Los niños pequeños de mis escuelas no pueden comprender esto; pero yo estoy esperando el primer resplandor en el amanecer de sus entendimientos, y, cuando lo veo lucir, les doy el espaldarazo de estas convicciones mías, para que, más tarde, sean caballeros de la idea y de la poesía, capaces de romper lanzas contra todos los egoísmos y librar de su cautiverio al corazón, encerrado en las cárceles del mundo por los materialismos triunfantes.

CAPITULO II

Un viaje a Granada y un sobre cerrado

Había terminado el Arcipreste de Huelva la construcción de las primeras escuelas del Sagrado Corazón en el barrio de San Francisco, de la ciudad onubense, y nos dijo un día a todos los que le ayudábamos en su obra: En Granada se celebra una gran Asamblea de Acción Social Católica... ¿Quién viene?

La Alhambra, el Generalife, la Vega, Sierra Nevada, la sugestión moruna, Manjón, la Asamblea... ¡A Granada!

Allá fuimos un puñado de católicos. Desde Sevilla acompañamos al señor Arzobispo, D. Enrique Almaraz, y como suele decirse, en amor y compañía hicimos, sevillanos y onubenses, un delicioso y fraternal viaje.

Cuando a la tardecita, con el sol medio dormido por Poniente, llegamos a la mil veces idealizada ciudad, me acordé que de-

bajo del balcón de mi dormitorio en Huelva, cantaba todas las mañanas una jovencita, mientras su padre ciego le acompañaba con la guitarra, unas canciones muy tristes y muy bonitas, todas con motivos granadinos: *Granada mía*; otra, *Granada bella*; otra, *Granada hermosa*. ¡Ah!... ¡Esa chiquilla! ¡Esa Granada!

Ahora que estaba en presencia real de Granada no se me ocurría más que esto: Todo lo que cantaba la niñita del ciego era efectivamente verdad.

Allí asistimos a aquella memorable reunión de pensadores, que tanto bien produjo en el alma de la España católica. Allí fuimos agasajados hasta el extremo de que no nos olvidaremos nunca de la cortesía granadina. Allí conocimos a los Prelados asistentes... El de Badajoz, aquel don Félix, mezcla de hombre y de ángel, huracán de ideas y de sentimientos, se fué con Dios...

Una tarde, en la Asamblea, dijo el Arzobispo de Granada: mañana, visita a las *Escuelas del Ave María*.

Al día siguiente estábamos en las Escuelas del Sacro Monte todos los asambleístas.

Oficiaba la Misa el P. Manjón. Oíanla mil niños y niñas, que entonaban, cada cual con su papel en la mano, preciosas canciones religiosas. Pero ¡qué afinación, qué buen gusto! Aquello era la civilización, la cultura de todos los niños pobres de Granada.

No sé qué secretas amonestaciones tocáronme en el alma.

Cuando el venerable celebrante llegó al Evangelio, volvióse al concurso y, reuniendo en una sola expresión humana al sacerdote del Altar con el Maestro de la Vida, al escogido para realizar el incruento Sacrificio, con el llamado para iluminar almas, preguntó a los niños de la ciencia y de la religión, de la lección evangélica del día y de la unidad aritmética para explicar la unidad de Dios...

El lenguaje era... el de los pequeñuelos... y luego, no podía dejar de pensarse que aquel hombre, aquel viejecito, lo había hecho todo. De canónigo se hizo maestro, de rico se hizo pobre, sí, pobre, hasta no tener qué comer muchos días, y todo por los niños, todo por la ardiente caridad del Crucificado que en Manjón había tomado aquella forma.

Dinero, carrera, prestigio, voluntad, todo lo había dado, todo lo tenía gastado, menos el corazón, que era incommensurable y lo tenía entero...

¡Ah, Maestro, estabas imponente! Era Dios, que había puesto aquella mañana su trono en ti.

Miro hacia la derecha del presbiterio y veo lágrimas episcopales.

No se me olvidará nunca la cara enérgica del Magistral de Sevilla haciendo esfuerzos para que no se le viera *llorar por fuera* y llorando *por fuera* a pesar de todos sus esfuerzos.

Luego nos enseñaron aquellas clases, aquellos gráficos, aquellos jardines, aquel sol, aquella luz, aquel amor... ¡Y la Alhambra allí enfrente, testificando de todo!... Se abrazaron en aquel día, en presencia nuestra, la idea vieja de la Patria grande con la idea nueva de un hijo del Sagrado Corazón de Jesús, que con una historia humilde, una palabra sincera y una acción eficaz y continuada, daba un soberano mentís a casi todo lo que en el mundo se había hecho en materia de enseñanza.

El Arcipreste me pregunta: ¿Qué tiene usted...? Y yo le digo: *Estoy muy preocupado, don Manuel.*

Y tan preocupado como estaba. Aquella noche la excitación me robaba el sueño. Daba vueltas, inquieto, y los nervios no me dejaban dormir. Desde mi cama veo un misterioso farolillo, legendario, que ilumina a no sé qué imagen de un torreón del Alcázar de los árabes. La campana de la Vela me dice, de cuando en cuando, que el tiempo pasa...

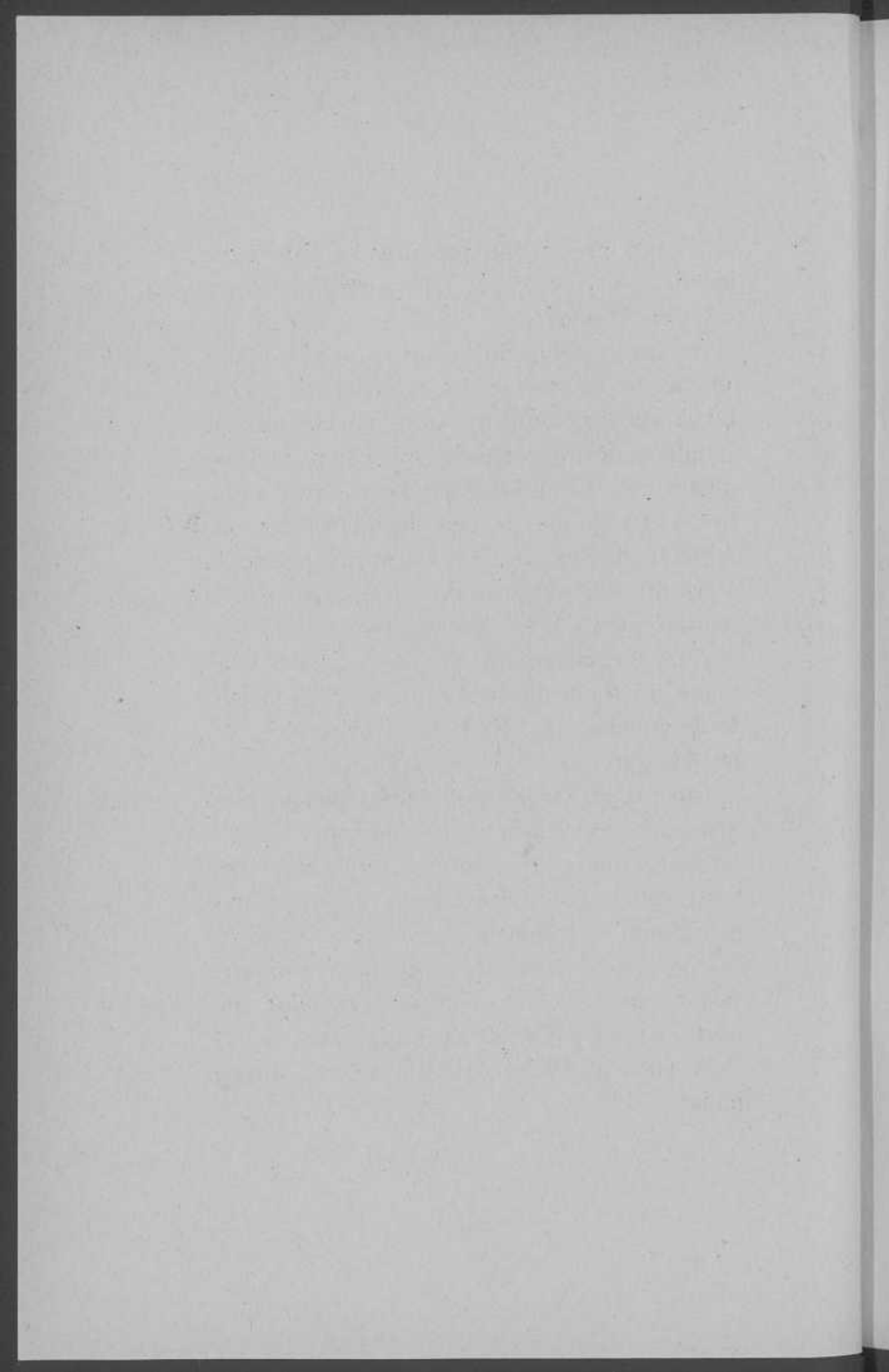
Después, al través de mis cristales, veo como un jirón de niebla que se pone delante de aquella luz... Es la respiración del Muley Hassen, pienso.

Luego, ya tarde, muy tarde, pierdo poco a poco la conciencia y me duermo...

Sueño que el P. Manjón, sonriente y con tono dulcemente imperativo, me dice, poniéndome en las manos un sobre cerrado:

"No puede usted leer lo que va dentro hasta que no se acaben las escuelas que hace ahora en Huelva su Arcipreste."

A poco el Padre Manjón se va... luego, nada.



CAPITULO III

Bendición de Escuelas y apertura del sobre

La obra admirable de cuyo génesis fué cronista original y lleno de gracia *El Granito de Arena*, estaba concluída. Si hablara con entera propiedad, diría mejor que aún no estaba empezada; pero, en fin, he dicho concluída, refiriéndome a la construcción material del edificio-escuela del Sagrado Corazón, en el barrio de San Francisco. *La construcción de maestros* y el dinero para sostener las escuelas estaban entonces en el período de *lo futuro contingente*. En ese futuro, que el Arcipreste había de convertir en presente, estaba entonces escondida la fama mundial del Vicario de Huelva...

No hay nada en las calles contiguas a las Escuelas que no padezca escándalo en aquella tarde de la bendición de las mismas. Los ve-

cinos parlotean de lo lindo: que si *le* han *mandao* el dinero de la Habana; que si los jesuitas; que si *tó* es trampa (esta versión se quemaba por estar muy cerca de la verdad); que si una vieja loca, riquísima, *se* lo había *dejao* *tó*, y qué se yo... Los niños ineducados gritan como salvajes ante cualquier invitado que llega, ante cualquier coche que se para, ante cualquiera manifestación de cultura. Señalando a aquella plebe de chiquillos, me dice un buen señor que ama mucho la obra: "Mire usted qué demostración más viva y más palpable de la absoluta necesidad de estas Escuelas". La observación de mi amigo era una sentencia firme.

Cuando llega el Arzobispo suena la muchedumbre como un trueno: "*¡Ahí va, ahí va... el Obispo, el Obispo!*" ¡Qué escándalo, qué griterío, qué empujarse para ver! ¡Qué ver para chillar...! Estos pobres ignoran por completo que el silencio es una bella arte; que el silencio es el fondo donde se escriben las ideas. ¡Qué van ellos a saber! ¡Ya lo sabrán cuando la obra prospere...!

El Arcipreste va y viene con su eterna sonrisa en los labios, pero yo sé que lo

frien por dentro aquel lío y aquella algara-bía... Sobre todo, las mujeres...: Yo he visto en Italia un cuadro que no sé si se llama *Las brujas* o *Las arpias*... "*Dor Manué, que me apunte usté ar niño*". "*Don Vicario, oiga usté, oiga usté, que mi Celipito no está apuntáo...*"

De pronto un ruido extraordinario... "*No es ná—dice un mozalbete—, son dos chiquiyos que pelean.*"

Se rayan paredes, se rompen cristales, se ensucian muebles, se abusa de todo, sin que sea posible el orden, a no ser por un milagro... Dios no ha querido hacerlo...

Las señoras católicas y los caballeros de la Acción Social rodeamos al señor Arzobispo que benévolamente sonríe a los ¡vivas! estridentes que a su venerable persona lanza aquella multitud, que no es hostil. Lo que pasa es que no sabían entonces celebrar actos públicos de otra manera... El beso del anillo pastoral produjo aquella tarde más de cien diálogos de pelea, más de cien mil empujones y más de cien millones de aullidos.

El Arcipreste, a fuerza de gritar y de

enronquecer, pudo hacer un mediano silencio. La palabra del Arzobispo, paternal, cariñosa, llena de luz, nos prometía el triunfo, y nos habló el lenguaje de los gladiadores de las luchas del Señor. Después el Arcipreste, desde la altura de su pensamiento se derrumbaba sobre aquella multitud. El Sagrado Corazón era la musa, el verbo, la inspiración... ¡Ah, qué dispuesto estaba él a la pelea, y qué dura debía ser ésta ante tanto pobre niño salvaje, ante aquella incultura que nos ahogaba!

Yo, por lo menos, me encontraba débil. ¿Qué fuerza había de tener desde mis vanidades de mundo, desde mis regalonas comodidades de vida?

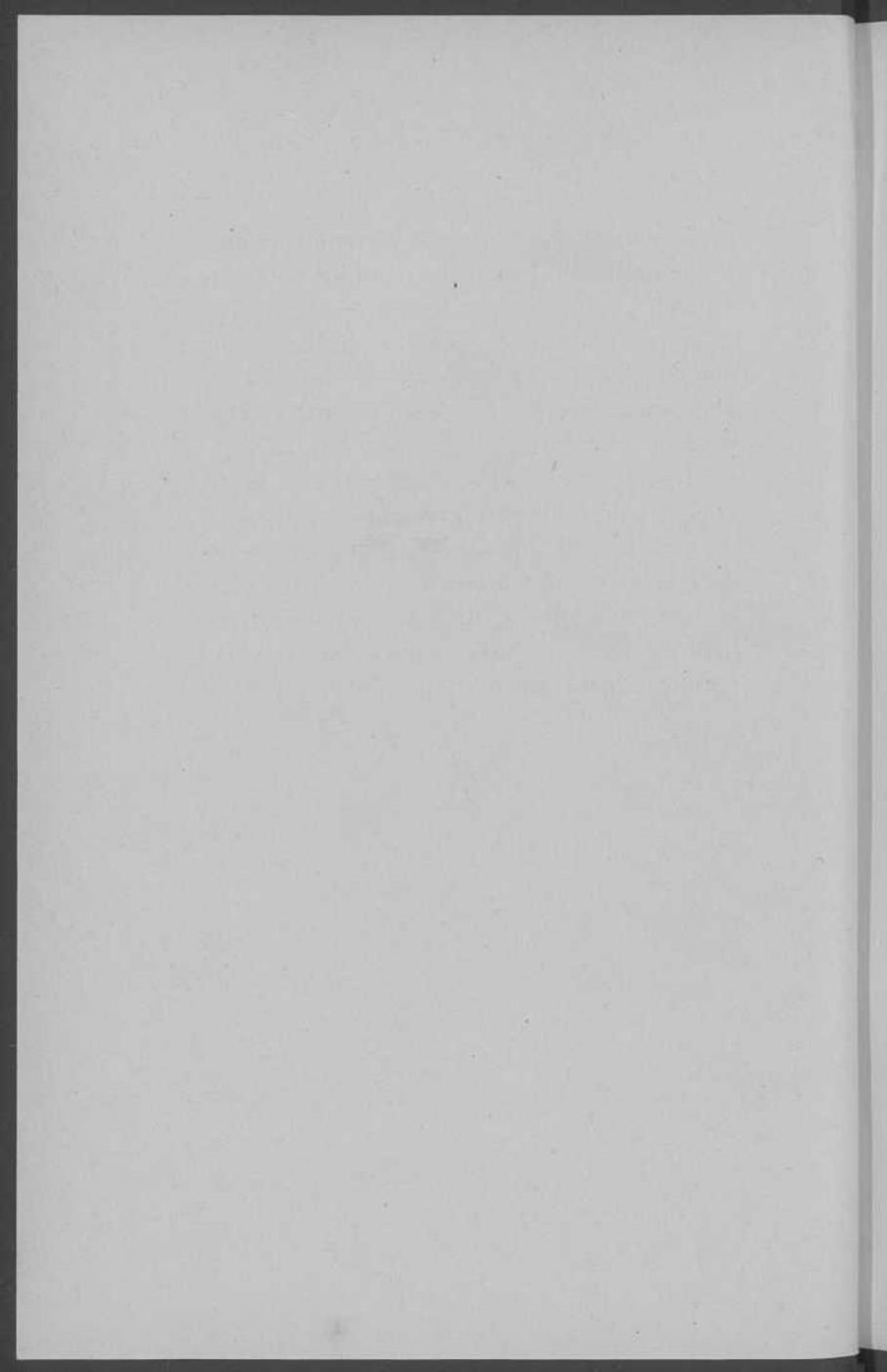
Cuando aquella famosa bendición hubo terminado, encontréme al Arcipreste solo en la iglesia de la Escuela, y me dijo: "*Hermano, esto es horrible. Esa barbarie hay que matarla con maestros que se entreguen con alma, vida y corazón. ¿Dónde están los maestros, Dios mío? ¿Qué sabe usted de maestros?*"

Conmoviíme aquello; miré a la Virgen que está en el altar mayor y tuve la visión cier-

ta de que se había abierto el famoso sobre, y que decía allí dentro: "Los niños pobres te esperan".

En el fondo de mi corazón dije a la Virgen: "*¡Por ti, Madre mía!*" y abrazándome al Vicario le dije: "*¿Me quiere usted aceptar por maestro?*"

He aquí cómo pasé a ser maestro de escuela siendo abogado, y cómo empecé a conocer la vida conociendo íntimamente sus desgracias y sus pobreza. ¿Hice mal? ¿Hice bien? Yo sólo sé decir que los niños pobres me han enseñado el tesoro de la vida; porque Cristo, único tesoro, vive con ellos.



CAPITULO IV

Declaración sincera

Ahora que voy a entrar en materia, conviene hacer constar mi absoluta ignorancia de libros de pedagogía. Esto parece un reclamo, pero es verdad.

Quiero hacer constar mi falta de erudición en la materia, porque no es mi propósito, al publicar este libro, dar un plan completo de enseñanza, sino exponer las observaciones realizadas por mí mismo y las consecuencias que de ellas se derivan.

Es claro que si no fuera éste el único propósito, resultaría ridículo que, pudiendo adornar el libro con el conocimiento de los demás autores, no lo hiciera. Por las condiciones especiales de mi entrada en la enseñanza sin estudios del magisterio, se puede llegar a comprender que no hay comedia ni

efectismo al hacer la declaración de mi ignorancia bibliográfico-pedagógica.

Por eso, aunque los lectores me consideren como un señor que se trae sus orgullos y sus altiveces, he de decir que todo lo que se manifiesta en este estudio es de la *propia cosecha* de las Escuelas del Sagrado Corazón de Huelva.

Seguramente que de muchas cosas que realmente han sido elaboradas en nuestra casa, dirá el lector erudito: "*Esto es de Fulano y esto de Zutano*", y tendrá razón. Lo que afirmo honradamente es que no he leído a *Fulano* ni a *Zutano*; lo que digo es que no he tenido en mi vida un libro de pedagogía en las manos.

¿Quiénes han sido, pues, mis guías? Lo diré pronto, sin ambages ni rodeos: Me he valido de *Doña Constancia* y de *Doña Experiencia*, hermanas de *Don Sentido Común*, con las que he conseguido lo poco o lo mucho que el lector vea en estas líneas.

Faltaría a la verdad si no dijera que todo conocimiento ha sido glosado, enriquecido, comentado y corregido, a la luz que irradia del Sagrado Corazón de Jesús.

CAPITULO V

El Divino Maestro

Es un niño de doce años, con bucles de cabellos rubios que le caen ensortijados por la frente y cuello como si fueran virutas de sol. Es su cara pura complejidad de sentimientos: si se mira a sus ojos, parece que está triste; si a su boca, anda en sus labios desflorándose una sonrisa; la frente es inocente y es pensadora, y el pecho desnudo con su Sagrado Corazón al aire, es como la atracción mística del misterioso lenguaje de su amor.

—Diga usted, don Manué, ¿lo van a dejá aquí pa siempre en er Porvorín...?

—Sí, señora.

—Diga usté, ¿pa qué es ese racimo de uvas que lleva en una mano y el manojo de espigas que lleva en la otra? ¿Por qué tiene el corazón por fuera? ¿Por qué está vestio

de blanco y por qué le han puesto esa faja verde...?

—¿Tiene usted algo más que preguntar, señora...?

—¡Ay, sí señó! Lo habrán traído de Seviya, ¿verdá, don Manué?

La pobre mujer se atropella preguntándome, y como observo que hay algo más que simple curiosidad en ella, y la prueba es que, mirando y remirando al Niño, anda por sus ojos una lagrimilla si cae o no cae, concluye por interesarme su estado de espíritu y le digo:

El racimo de uvas es la visión que tiene el Niño de la futura Cruz, cuando entre agonías nunca vistas derrame su sangre por nosotros. Esa uva se exprime y sale mosto, ese mosto se encierra y sale vino... *Tomad y bebed, que esta es mi sangre...*

A ese racimo corresponde esa tristecita que tiene en los ojos. ¿Comprende usted...?

El manojo de espigas es la visión, que desde su niñez tiene Jesús, de que llegará un día en que, rodeado de sus apóstoles... Mire usted, ese trigo se muele y sale harina, y esa harina se amasa y se cuece y sale

pan... *Tomad y comed que este es mi cuerpo...* A ese manojito de espigas corresponde esa sonrisa que tiene el Niño en los labios...

Tiene el Corazón al aire, es decir, ese niño es Sagrado Corazón, porque entre la Eucaristía y el Sagrado Corazón hay unas relaciones tan estrechas que yo creo que no hay en el mundo dos cosas que se parezcan más. Ya he dicho yo en otro lado: saque usted una fotografía de lo que tiene el Santísimo por dentro, y verá usted que lo que tiene por dentro no es más que eso, el Sagrado Corazón.

Está vestido de lana blanca mate; blanco, por lo puro; mate, por lo modesto.

Y fíjese usted que está la túnica tan bien hecha, que no parece sino que se reunieron la Fe, la Esperanza y la Caridad, y se la hicieron.

La faja verde es que el Jesús Niño es la divina esperanza de la plenitud de la Redención. Es la aurora del gran día, la flor de un fruto que se llamará mañana *Crucifixión*.

A su última pregunta, de si lo habían traído de Sevilla, contestaré a usted que no,

que son los padres Salesianos de Sarriá, los que nos han mandado esa preciosidad de Maestro tan delicado, puro y atrayente, que, puesto arriba en el altar, bajando sobre su cabeza como cernida del cielo la luz del sol, en la dulce entonación de la Capilla, se le mira un momento, y ya está uno preparado para comulgar.

Y para que vea usted lo que son las cosas, señora, hay algo en que usted no ha caído y por eso no me ha preguntado. (La buena mujer sonríe en plena duda, como si fuera ello imposible.)

Vamos a ver: ¿A que no sabe usted por qué está descalzo el Niño?

—*¡Como no sea porque no tenía zapato, de pobre que era...!*

—*Algo de eso hay, pero hay más todavía. ¿No cae usted?*

—*No zeñó.*

—*Pues mire usted, señora, está descalcito para que le besen los pies los niños pobres que no tienen zapatos...*

Ese es el Maestro principal de la Escuela...

CAPITULO VI

Cómo queremos que sean nuestros Maestros

Se entra en la Escuela el primer día y en los momentos primeros no aparece por el mundo dificultad de ninguna especie. El maestro es un señor que tiene muchas ideas en la cabeza, muy buenos propósitos que cumplir, mucha afición y hasta un buen sueldo que cobrar .

¿Qué obstáculos puede tener el magisterio en este supuesto felicísimo...? Por otra parte, los niños ¡son tan interesantes! ¡Habrá nada más simpático que un niño pobre...! Examinemos esto último, que quizás nazca de ahí una dificultad de primer orden.

Un niño pobre tiene siempre para todo el mundo media hora agradable. Nos hacen gracia sus risas, sus inocentadas, la mella de un diente que tan picaresca le pone la cara,

el remendillo de los calzones, sus ojos azules, o negros, su frentecita donde quizás no se haya sentado todavía la maldad del pecado. ¡*A ver, chiquillo, ven acá, ven acá, monín. ¿Cómo te llamas...? ¿Nada más...? ¡Bueno, bueno! ¿Me das un beso? ¡así, así, otro, otro!* ¡ah, son un encanto estos niños!

Si pudiera mantenerse en el maestro este estado de espíritu, entonces no habría problema. Pero, desgraciadamente, ese estado de cariño *natural* dura poco.

El niño empieza a descubrir defectos. Es *acusón*, es charlatán, no se está quieto un momento, es envidiosillo, no atiende, es bur-lón; en los primeros besos no se le notó, pero luego empieza uno a notar que no huele bien; las manos sucias, la ropa descuidada, el pelito selvático, la higiene interior casi cero...

La primera hora pasa, y ya tenemos un poco de extrañeza. El primer día, el niño angelical, que nos comíamos a besos por la mañana, empieza a molestar un poquito a la tarde. El día siguiente trae otra molestia ya mayor; en los sucesivos, se acentúa, y los fuertes propósitos del maestro se

ven acometidos de la primera debilidad. Pero no importa, el maestro es bueno. ¡Adelante...! Ha perdido un poco de gusto, pero ¿y el deber...? ¿Y el sacrificio...? ¡Adelante!

Ya no es éste el maestro del primer día: ha perdido ilusiones y ha tenido que gastar de la reserva del *deber*. Por lo pronto han desaparecido de él la frescura y la espontaneidad, que entraron en clase acompañándole la primera mañana, y que se han retirado, cuando han visto de los niños algo más que la fachada.

Y arrecia el turbión de pequeñas y grandes pasiones que saltan a la vista del maestro, cada vez más confundido y más separado espiritualmente del niño, y arrecia también aquello que al principio fué un reparillo, y que crece que es una bendición. *Niños, ¿pero todos tenéis boqueras? ¿Pero tú no sabes limpiarte las narices? ¿Pero tú no te lavas?*

Y entonces, con dos o tres meses de durísimas realidades, ocurre o que el maestro siente que no sirve para aquello, y se va a su casa, resolviendo lo más honrado, lo más

decente; o el maestro se queda, sin gusto a los niños, sin afición a los niños, y se gana su sueldo, pero echando a perder para siempre la santa cosecha del magisterio.

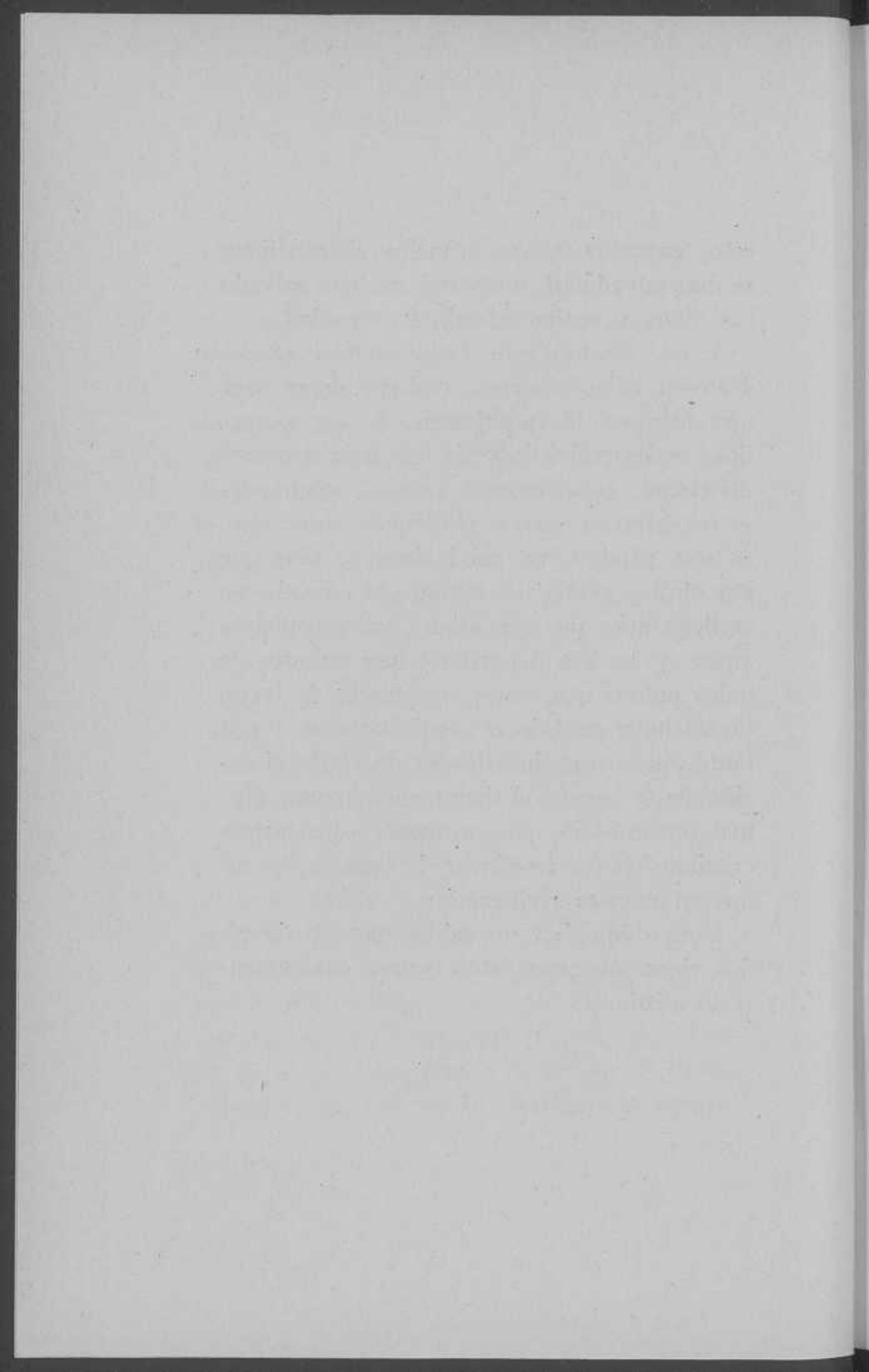
Preguntará el lector ¿entonces, no tiene eso cura...? Ya lo creo que la tiene, y radical y definitiva, por cierto. Cura verdadera y única, aunque se ríen los de enfrente. Esa cura es, ha sido y será, mientras haya niños bien educados, Jesucristo.

Si cuando llega la crisis que hemos descrito, el maestro es cristiano, y se acoge a Jesucristo, y por imitación suya carga con su cruz, y vislumbra por encima de las pasiones, de los vicios, de los ascos y de las miserias de los chiquillos, algo espiritual y grande que lo convierte a él, por ministerio de Dios mismo, en padre de aquellos niños, en redentor de aquellos pobrecitos, en escultor de sus almas, en curador de sus cuerpos, en apóstol de sus futuros destinos, y se acuerda que Jesús quería más que a nadie a los niños, y al contacto de todos estos generosos pensamientos, siente calor en su alma y empieza a arder en su corazón el fuego del cariño cristiano, si ocurre

esto, entonces se ha resuelto el conflicto, se ha salvado el maestro, se han salvado los niños y se ha salvado la sociedad.

Y que no hay que darle vueltas: se podrá con más o menos trabajo dejar caer una idea en la inteligencia de los pequeños; se les podrá instruir con más o menos dificultad; pero hacerlos buenos, sembrarles en el corazón santos principios, educarlos, en una palabra, no puede hacerse más que por obra y gracia del cariño. Al corazón no se llega más que con amor, con muchísimo amor. Y yo afirmo que no hay maestro de niños pobres que, a los tres meses de trato, no les haya perdido el cariño *natural*, y por tanto, que para educarlos es necesario el cariño de la *gracia*. Afirmo, pues, como última consecuencia, que un maestro que no sea cristiano no puede educar de veras a los niños en nuestra civilización.

Nota.—Me dice un sabio maestro de niños ricos, que con éstos ocurre exactamente lo mismo.



CAPITULO VII

El Maestro no debe pegar nunca

Un Maestro

Don Manuel: le felicito de todo corazón porque me he convencido de que se entiende V. con los niños perfectamente.

Yo

Gracias, pero no crea V... ¡Es cosa muy fácil!

Un Maestro

¡Qué ha de ser fácil! Es difícil y muy difícil; tanto, que tengo la seguridad de que usted ha hecho grandes estudios de los filósofos de la Pedagogía moderna.

Yo

No los conozco.

Un Maestro

Me va V. a permitir que no lo crea, porque es imposible llegar al alma de los niños sin familiarizarse antes con los prohombres del pensamiento pedagógico de nuestros días, que son como soles que alumbran sobre las tinieblas de los tiempos pasados. Así se ponga V. en cruz no lo creo.

Yo

Pues, amigo, me crea V. o no, he de decirle que no conozco más que un pedagogo, en el cual me inspiro, y no tiene de moderno ni un pelo, porque es bastante viejo... ¡y tan viejo!

Un Maestro

¡Imposible, imposible e imposible! En las Normales le daríamos suspenso al discípulo que dijera tal cosa, y a V. es imposible darle suspenso...

Yo

Ahí me las den todas.

Un Maestro

Sí, suspenso, y tres veces suspenso, porque en lo viejo no hay nada, absolutamente nada que merezca consideraciones pedagógicas de ningún género.

Yo

Pues, está V. fresco.

Un Maestro

Explíquese V. entonces, porque si no, pensaré que es V. un reaccionario en la palabra y un hombre moderno en el hecho.

Yo

Me es indiferente que me ponga V. de reaccionario en los dos conceptos.

Un Maestro

Explíquese y no sea V. zumbón.

Y o

Me explicaré. ¿Conoce V. al Sagrado Corazón de Jesús? Pues ese, amigo mío, ese es el pedagogo que estudio yo.

Un Maestro

¡Anda, y ya salió eso! No sé qué tienen Vdes., que hasta en la sopa queréis meter a Cristo. Eso es una obsesión y nada más que una obsesión...

Y o

En la que nos diferenciamos esencialmente de Vdes., porque la obsesión vuestra consiste en querer meter hasta en la sopa al mismísimo demonio.

Un Maestro

¿Sigue la zumba, D. Manuel?

Y o

Sigue la verdad.

Un Maestro

Pero, si eso no es más que una generalidad. ¿Qué tiene esa pedagogía de concreto?

Yo

Lo tiene todo; y V. dice eso porque, seguramente, no le han enseñado a leer en el libro de Jesús.

Un Maestro

¿Pero qué lee V. en ese libro?

Yo

Todo lo que hay que leer en el mundo.

Un Maestro

¿Quiere usted decirme algunas de las cosas que V. haya leído en... ese *texto*?

Yo

¿Lo desea V. de veras?

Un Maestro

Sí, señor; de veras.

Yo

Pues, allá voy; y, si le parece a V., empezaremos por el principio...

Un Maestro

Soy todo atención...

Yo

Primera cosa que he leído en el Corazón de mi gran Maestro:

EL MAESTRO NO DEBE PEGAR NUNCA

¿Qué le parece a V. la primera página?

Un Maestro

¡Un sueño!

Yo

Sí, un sueño que se ha realizado en nuestras escuelas de Huelva.

Un Maestro

¿Pero vosotros no pegáis?

Yo

¡Nunca! Algunos maestros pegaron y fueron despedidos.

Un Maestro

Eso no puede ser. Eso es una idealidad. Eso es absolutamente imposible.

Yo

Eso es una realidad tan grande como la realidad de las narices de V. Esa es una exigencia de la razón, una exigencia de la caridad y una exigencia de Dios.

Un Maestro

Pero completamente impracticable.

Yo

Callando V., acabaremos más pronto. Es una exigencia de la razón, por todo lo que va V. a oír.

1.º Porque pegando no se adelanta ni un solo paso en la enseñanza. Si V. pegara un día a un muchacho por una falta cometida y el muchacho no volviera a cometer más la falta, yo suscribiría los aspavientos de V.; pero pasa precisamente lo contrario, es decir, que mientras más palos, más faltas; y hago un llamamiento a su honradez para que me lo confiese así, precisamente porque ha practicado V. mucho. Como pasa lo contrario, repito, hay que deducir lógicamente que el palo no sirve para nada. El maestro que hace uso del palo, merece una excomunión pedagógica.

2.º El palo es una injusticia. En buen derecho penal no se castiga con penas corporales a los niños. ¿Por qué? Porque no

tienen su personalidad formada, y a una persona en esas condiciones no se pueden exigir responsabilidades. Si el maestro está formando aquel corazón, aquella inteligencia y aquellas costumbres del niño, mientras no llegue al punto final en la confección de su obra, no puede aplicar a aquella persona incompleta un castigo completo y terminante.

3.º Porque al hacer la aplicación de la pena corporal, en el ánimo del maestro ha de mancharse fácilmente la justa indignación con las salpicaduras de la ira, que en primer lugar puede ser un pecado, y en segundo término coloca al maestro en la meseta del desprestigio ante sus discípulos. Un hombre tocado de la ira está evidentemente en ridículo.

Dije que era también una exigencia de la caridad. El amor es el nervio de la enseñanza. Con amor se consigue todo, hasta lo imposible. Nosotros en la escuela hemos conseguido muchas veces lo imposible.

Hay muchos padres que educan a sus hijos sin pegarles nunca, y estos hijos son los mejor educados.

Hay padres que pegan. Le pregunto a uno:

—¿Por qué pega usted al chico?

—Señor, porque es incorregible; no hay quien pueda con él.

--¿Cuántas veces tiene usted necesidad de pegarle?

—Todos los días.

—¿Y eso es todo lo que adelanta el niño pegándole...? Vamos, hombre, vamos.

—¿Y qué quiere usted que haga? ¿Me voy a cruzar de brazos?

Este padre no ha pensado que, estudiando todos los días cinco minutos a su hijo, le daría al fin en el flaco, y, descubierto éste, unas veces con amor, con cariño, con besos; otras, con gravedad, con disciplina, y con habilidad siempre, concluiría por hacer un hijo perfecto, sin necesidad de los procedimientos brutales.

El palo podrá resolver un conflicto de momento; pero la causa productora de ese y de todos los conflictos, la causa constante de todos ellos, sigue en pie.

El disolvente enérgico y eficazísimo de

esta causa fatal es la caridad cristiana, el amor.

También digo que es una exigencia de Cristo. Es verdad. ¿No ha leído V. el Evangelio? ¿No ha visto V. las cosas que dice el Señor de los niños? ¿Se compadece eso con el imperio del *cate*, del puntapié, de la bofetada y del trancazo? Créame V., amigo, créame V: el maestro que deshonra la alteza de su sacerdocio pegando a los niños, es, sencillamente, porque no sabe hacer otra cosa.

Un Maestro

Todo eso está muy bien... Pero, ¿qué hace uno de los nervios, con la indignación y el calor de la sangre, cuando un niño se empeña en no corregirse, y molesta una, dos, tres y cien veces...? ¿Hay paciencia que lo sufra...?

Yo

Si no hay amor, muchísimo amor, no señor.

Un Maestro

Pero, ¿cómo se obtiene un amor tan grande, tan intenso, que sepa levantar la vista sobre todo, y conservar la serenidad hasta en los casos *imposibles* para hacer constantemente la aplicación de esa teoría de V.? ¿Cómo se obtiene eso? ¿Usted lo ha obtenido? Hable V., por Dios, y explíquese, si no es todo esto una broma.

Yo

No es broma. Lo he obtenido yo, y lo han obtenido casi todos los maestros que cristianamente se lo han propuesto... ¿Cómo...?

Un Maestro

Sí, hable, que quiero saberlo para aplicarlo; porque yo amo mucho, pero pego mucho, y cuando pego me descompongo de tal manera, que aquel día... se acabó la clase... se acabó el gusto... se...

Yo

Vamos, hombre, no sea V. así, no hay que afectarse tanto...

Un Maestro

Me afecto porque su doctrina es un fiscal que me acusa dentro del alma... ¡Si viera V. lo que yo amo a los niños...!

Yo

¿Y no obstante ese amor *natural* que usted les tiene, no puede usted conseguir *guardarse las manos*? ¿No es cierto?

Un Maestro

Dolorosamente cierto.

Yo

Pues una V. a ese amor *natural* otro amor que no está en la naturaleza, sino en la *gracia*.

Le voy a contar a V. mi historia del pegar y del no pegar.

Usted sabe muy bien que para enseñar hay que tener mucha sangre y mucho nervio. Todas las calorías del corazón son pocas. Usted sabe también que maestros que no tienen sangre no enseñan... Es decir, que todos los que tienen condiciones para enseñar, tienen inmejorables condiciones para pegar.

A mí me ocurre que soy muy nervioso; conque, excuso decir a V. cómo empezaría yo mis funciones del magisterio. *A cate limpio.*

Pero pensé: esto no puede ser, no debe ser. Puse por salvaguardia, para contener las indignaciones, el concepto de mi dignidad... ¡fracaso!

Me acuerdo de Jesús con los niños pobres... Me contengo un día, dos... ¡fracaso!

Me propongo por modelo a Cristo en la cruz. Me contengo diez, doce días... ¡fracaso!

Traen a clase un crucifijo y le digo a mis alumnos: Hijos míos, cuando vean ustedes que por cualquier motivo, aunque sea muy

fundado, empiezo a descomponerme, que me diga uno de vosotros: *Don Manuel, mire usted quién está allí*, y que me señale al Señor en la cruz.

Me contuve un mes, dos... Un día se me encrespaban los nervios y tuvo un alumno mío que decirme: *Don Manuel, mire usted quién está allí...*

¡No tiene cura, Dios mío, qué tristeza, no tiene cura...!

Tenía a Cristo crucificado a la vista y no me curaba... ¿Podía hacerse más? El demonio agujoneaba por boca de maestros experimentados que me decían: *¿Lo ve usted, D. Manuel, lo ve V...? ¡Eso es imposible!*

Pero un día comulgo y formo el propósito de no enfadarme... ¡y no me enfado! Al siguiente, Comunión y propósito... ¡lo mismo! Y así un mes, dos, tres, diez y siempre. La clase viene a ser para mí una especie de corolario de la Comunión... ¿Qué le parece a V...? Era natural. El Cristo vivo y presente en la Hostia tenía que hacer más que la imagen suya, respetabilísima y ado-

nable, en madera. El Cuerpo mismo de Cristo y la divina Sangre...

Un Maestro

Eso es admirable... y estoy conmovido...
Pero..

Yo

Pero... ¿qué?

Un Maestro

Pero yo no tengo tanta fe...

Yo

Pues si no tiene V. fe firme, y tiene usted nervio, energía y sangre, pegará usted mientras tenga niños delante...

Un Maestro

¿Cómo se agranda la fe?

Yo

¿Cómo se agranda un músculo?

Un Maestro

Moviéndolo.

Yo

Pues amigo mío, mueva V. su fe, ejerce V. su fe, alimente su fe con repetidos actos de amor cristiano, y, más que nada, comulgue mucho. Mire V.: Cristo es un árbol que está plantado en medio de nuestro corazón. ¿Sabe V. con lo único que se riega y con lo único que crece? Con comuniones.

Para un maestro verdaderamente cristiano, su cotidiana clase debe ser la acción de gracias de su Comunión diaria.

Un Maestro

Entonces los maestros laicos y los maestros poco cristianos, ¿cómo se las van a arreglar...?

Yo

Que ahonden en sus sentimientos *puramente naturales*, y si un día consiguen tener las manos listas para hacer el bien y mancas para pegar, que promulguen el procedimiento para que sus colegas lo usen. Me

permiso recomendar a sus colegas que esperen sentados, porque eso tarda *un poquito*.

Un Maestro

Entonces, ¿qué castigos emplea usted?

Yo

Pues, casi ninguno. Al mundo se gobierna con amor mejor que con palos. Los niños forman también su mundo. Yo castigo a cada niño según su temperamento, y procuro atacar en el castigo a su dignidad, a su amor propio y a su afición. Como en nuestras escuelas cada maestro tiene unos treinta y cinco alumnos, los llegan a conocer muy bien, y están en condiciones de dar a cada uno lo que le corresponde, según su especial modo de ser...

Un Maestro

Cuando entré le di a V. la mano. ¿Me permite V. que al irme ahora le dé a V. un abrazo?

El maestro se va preocupado. Es un hombre tan bueno, que debemos pedir a Dios que lo ilumine.

CAPITULO VIII

Los premios

Allá vamos ahora con una materia interesante, alma de nuestro sistema, y en la que nos vamos a permitir la libertad de exponer algunas cosas que creemos nuevas y que han de originar seguramente más de una discusión. He aquí el tema:

Los premios

Decíame un amigo mío metido en años, *metido en autoridad*, y metido en pedagogía: Venga usted mañana que vamos a hacer el reparto de premios de las escuelas públicas.

Fuí, efectivamente, y presencié aquel acto, oficial, ceremonioso, seco, sin una gota de alegría, con todos los espíritus tiesos, y con los cuerpos oprimidos y cansados. Mucha

aglomeración, poco aire y poca luz, y además la agravante de realizarse el acto, aprovechando la ocasión de encontrarse ausente la musa de la enseñanza, o sea, el sentido común.

Pues, señor, empezó aquello con un discurso, estupendo por lo elocuente, acerca de muchas cosas que no entendía casi nadie. ¡Cuánta ciencia destilaba aquel discurso de mi amigo (porque era él el que hablaba), y qué poquito tomaban de él los niños, casi ahogados en aquella marea de erudición...! Los niños recogieron diplomas, libros, medallas, estampitas y hasta zapatos y ropa.

Los niñitos subían al estrado, cohibidos, fuera de centro; ni una sonrisa, ni un rayo de luz, ni una muestra de que aquellos premios le tocaran en lo más mínimo al alma.

—*¿Qué le parece a usted eso...?*

—*¡Ah, excelente... magnífico!...* —dije yo.

—*¿Ha visto usted qué acto tan imponente acabamos de realizar?*

—*Sí, señor, imponente...*

Se retiraron los niños y al rato salí yo de aquel local, cuya atmósfera estaba bastante viciada.

Marchaba distraído por la calle y de pronto llamóme la atención un trozo de papel con colorines... ¿No sabéis qué era? Un pedazo del diploma que le habían dado a un niño.

Un poco más allá podían verse sobre el montón de arena de una obra, un libro y una cartilla cuidadosamente colocados. ¿Y su dueños? ¡Ah, sí! Jugando a las *bolas* dos pasos más allá. En las *bolas* tenían puestos alma, vida y corazón, en los premios un poco de cuidado, si acaso...

Luego, en mis escuelas, un año y otro año, le he dado vueltas al asunto y he venido corriendo siempre detrás de la observación a parar a este principio que reputo indiscutible. *Todo premio que no impresione fuertemente el alma del niño, no es premio. Y a este otro: Si el premio no es una afición del premiado y al mismo tiempo no tiene condiciones para que el maestro lo explote en sentido de la perfección del niño, no es premio.*

Una cartilla para ahorros, es muy buena. Unos zapatos nuevos, ¡buenísimos! Un diploma, ¡precioso! Un libro, ¡muy bien!

Sí, sí, todo eso es verdad, pero nada de eso es premio. Con nada de eso sueña el muchacho; ni la posesión de nada de eso lo estimula a algo mejor, ni el maestro encuentra en eso una fuerza en que apoyarse para avanzar en el camino espiritual del niño.

Decía yo, ¿dónde estará el premio que tenga dentro de sí un principio que agrade a todos los niños, dentro de la variedad indefinida de los gustos de cada uno?

Y un día observo que cuando viene el tiempo de los trompos, no hay uno solo que no juegue al trompo. Que cuando viene el de las *bolas* o *bolinches*, no queda uno solo que no tenga su pequeña bolsita con bolas de mármol o de cristal. Que cuando llega la de reunir *rompis* no queda caja de fósforos que no sea asaltada, y sobre todo que cuando se reúnen sellos de correo se llega hasta casi a una enfermedad, a la que yo he puesto este nombre: *la fiebre del sello*.

Y mientras dura la afición, se come y se piensa en ella; se bebe, y están allí en el fondo del vaso el sello, el trompo y la bola; y, si se duerme, se sueña que estamos cambiando un sello repetido, ordinario, por

uno que no tenemos y que va a enriquecer la colección.

¡Ah! pensé yo, esto es necesario explotarlo y me dió en los ojos la luz de que el premio no es ni debe ser más que el juego de los niños, la afición de los niños.

El maestro que tenga sobre su mesa los mejores trompos, los mejores *rompis*, los mejores sellos, las mejores bolas, etc., interesará ardientemente a sus alumnos y hará con ellos lo que le dé la gana. El problema consiste en ganarse el alma del niño y con esos premios hemos clavado sobre nuestra mesa el alma de los pequeños con los clavos de los cinco sentidos corporales.

Con este concepto del premio he conseguido sin esfuerzo alguno, verdaderos imposibles, calificados así por personas enteramente ajenas a nuestra obra y a nuestras ideas.

Con respecto a los sellos de correo, me ocuparé de ellos como elemento directo pedagógico para enseñar geografía, en el capítulo correspondiente.

Y ahora, para concluir, veamos cómo se dan estos premios. ¿Se espera una determi-

nada época? Nada más absurdo. Si tiene que ser el premio un estímulo, tengo que someterlo a la condición y circunstancia del tiempo más oportuno para producir el efecto útil.

¿Se espera para castigar a un tiempo determinado?

¿No sería estupendo decir a un niño: *En Junio serás castigado?* Pues si el premio es correlativo e inverso del castigo, estará sometido a la misma consideración.

CAPITULO IX

La alegría

Si hay alguien que se alarme al recordar más de una taberna o colmado con este título, yo le voy a decir que se tranquilice, porque es esta sana y santa alegría de que me ocupo aquí la musa, el nervio y la vida de los procedimientos para enseñar al que no sabe.

La alegría se extiende a estos tres términos: maestro, enseñanza y local. Los tres juntos producen este admirable producto pedagógico: *la alegría del niño*.

Veamos a ese maestro grave, de gesto geométrico, a quien la bilis en algún caso, y en casi todos la lepra incurable de lo cursi, le han regalado una cara de línea tan fina y simpática que bien pudiera servir para asustar a los pequeñuelos en concepto de *coco*.

En las caras de las *verdaderas madrastras* he visto yo muchas veces esa línea...

Entra este maestro en clase y... ¡*Cara feroche al enemigo...*! Los niños, que precisamente por serlo, traen de la calle un ambiente que a trueque de pasar por mal poeta, he de decir que parece formado por rayos del sol de la mañana, por ruidos de pájaros en el aire y por frescuras de ingénita libertad, suspiran a la puerta de clase y se dejan allá fuera la espontaneidad de sus almas, porque en frente, grave como magistrado que preside un juicio, como fiscal que se dispone a lanzar una acusación o como autoridad que se siente ofendida, está el *enemigo, la parte contraria*.

La voz es campanuda; la mirada arde en luces de una superioridad que aterra. Pasa lista: *Fulano de tal y tal... ¡falta! Fulano de tal y tal... ¡falta! Fulano de tal y tal... Servidor de V.*

Diremos nosotros. Hombre, la proporción de asistencia es alarmante. El maestro dirá: *Es que hacen rabona esos bellacos*. Y nosotros diremos que con maestros que tienen ese estilo, la *rabona* es de derecho natural.

Adelante: ¡Clase de aritmética!

Fulano: *¿Qué es el metro?... El metro... el metro...* En la clase no se oye una mosca, no por ministerio de la atención y la curiosidad, sino porque impera el miedo. Los cuerpos están presentes, las almas ausentes navegando distraídas en un mar de luz... allá fuera.

El metro... el metro es...

A ver, otro, V.: *¿Qué es el metro? El metro es la cien mil—digo no—la diez, digo... la...*

¡Bestia, bestia y bestia! ¡Tan malo es Enero, como Febrero! ¡Salgo de Herodes y voy a Pilatos! ¡A cuantos no atiendan los voy a coger y los voy a reventar! ¡Imbéciles...!

Por encima de todas las cabecitas flota una ola de tristeza...

¡A ver, oigan bien... Fernández, quieto!

El metro es la diezmillonésima, oidlo bien, diezmillonésima parte del cuadrante del meridiano que pasa por París. Atención, del meridiano que pasa por París.

Un chiquillo que acusa a otro: D. José: *este niño dice quién es ese Don Mariano.* Una sonrisa se desflora en los alumnos, y

el maestro se encarga de ahuyentarla, gritando: *¡A la calle, vaya V. a la calle, so tal, so cual!*

Y así por el estilo.

¿Han visto Vdes. nada más irracional, ni más estúpido? ¡Pobres niños! Metidos en ese ambiente duro y triste, la escuela es para ellos un martirio, una prisión, una cosa desagradable, y el maestro, con su tono agrio de eterna superioridad y su palabra seca e insultante ha saturado de tal manera los oídos de los pequeños, que éstos oyen, pero no escuchan, miran, pero no ven, porque la palabra del dómine los ha puesto, si me permitís la frase, *alcoholizados de la injuria*.

Comparad esto con el maestro que ríe y juega con los niños, y que sabe ganarse la atención, porque es siempre ésta el fruto que produce la siembra de la simpatía. Comparad aquello con el maestro amigo que precisamente porque es así. riñe muy poco, se enfada menos, y gobierna su clase por una mezcla de cariño y de respeto. A nadie respetan los niños más que al amigo que es mayor. Pues bien, el maestro entonces es eso, un amigo mayor.

Dije al empezar este capítulo que había de ser también alegre la enseñanza y esto se prueba claramente con mucha facilidad.

La inteligencia de los niños es como un campo que está sin roturar. Cuando entra el arado por primera vez en la tierra, si ésta pudiera quejarse se quejaría. El surco que la enseñanza del maestro va ahondando en la mente del niño es como una especie de lesión que produce dolor y fatiga.

De modo que podemos afirmar que en los niños la recepción de las ideas es una función fatigosa.

Pues bien, acompañad esas ideas con la forma seca y académica del maestro del cuento y con la que suelen emplear mil maestros más, que no son los del cuento, y entonces podréis estar seguros de que habréis aumentado la fatiga o presión que por su *propio peso* producen las ideas.

Por el contrario, acompañad a esa enseñanza con el gráfico que ahorra trabajo, con la anécdota que hace reír, con la caricia que refresca la frente, con la alegría de la franca amistad, y también podréis estar seguros de que casi sin sentirlo el niño, ha to-

mado posesión de su alma el huesped nuevo de la idea que hará fecunda su vida.

En una palabra; o la enseñanza deleita y en ese caso se la apropian todos, listos y torpes o no deleita, y entonces el estudio no produce efecto útil más que en algún que otro privilegiado de la mentalidad.

Haced la comparación de veinte niños, estudiando en sus libros de texto, por ejemplo, el aparato de la digestión, con las manos en las frentes, el sonsonete en el oído y la memoria fonética en funciones, en una palabra, martirizando con un esfuerzo inútil sus tiernos cerebros, con aquellos otros veinte niños, que en pleno campo construyen con sus cuerpos, jugando y riendo, el aparato de la digestión, y lo hacen de tan buena gana, que lo saben admirablemente, y sólo les ha costado divertirse un poco. En el primer caso, el niño aborrece la idea: en el segundo, el niño toma un gran afecto a lo que ha aprendido.

Pero no solamente ha de ser alegre el maestro y alegre la enseñanza, sino que ha de ser también alegre la escuela.

Un cuarto oscuro, una pocilga (he visto

muchas escuelas así), con paredes sudorosas por causa de una humedad depositaria de mil enfermedades; con techos bajos que ahogan; con aire lleno de miseria y una luz cobarde, a la que parece que han sobornado para que no alumbre la suciedad general, es capaz de hacerle perder el gusto de enseñar al mismo Sócrates y al Peripatético en persona. En este medio no hubieran surgido ni Manjón, ni los grandes educadores del día. Esto en cuanto a los maestros, que en cuanto a los discípulos, es lógico que profesen a esa escuela un santo horror; no sólo a la escuela, sino a todo lo que con ella se relaciona.

En aquella oscuridad no se puede enseñar la luz; en aquella porquería no se puede enseñar la higiene; en aquella amalgama es una irrisión pensar en el orden y en la disciplina, y en aquella abyección es casi una blasfemia hablar de la moral y hablar de Cristo.

Maestro alegre, enseñanza alegre y luz, aire y alegría en la escuela, producen la ale-

gría del niño, sin la que toda enseñanza es incompleta y mala.

Pensad si no en aquellas palabras de un sabio: "Alegraos, hijos míos, que la alegría es cristiana. No estéis tristes, porque no parezcáis desposeídos de la paz y de Dios."

CAPITULO X

La Maestra

Tenemos en las escuelas del Sagrado Corazón una maestra para los niños pequeños.

Esta maestra, que no es ya ninguna niña, ni muchísimo menos, mantiene con el producto de su trabajo a su madre ancianita. Es muy buena nuestra Doña Rosario.

Comulga y trabaja. Un ideal. No le preocupan los novios, ni las comidillas de comadres, porque no tiene tiempo para eso. Ella viene siempre la primera a su obligación, jamás deserta de sus deberes, tiene un buen agrado para todo, y por sencilla, la pobre, alrededor de cualquier buen pensamiento que se le ocurre del prójimo, pone siempre diez mil cumplidos.

Y lo más importante de todo es su pa-

ciencia. Es una paciencia sencillamente admirable. Cosa de los libros de santos.

—¡Pedrito, no seas malo, hijo mío! ¿Cuántos Dioses hay, vamos a ver? ¡Te he dicho que no seas malo! ¿Cuántos, vamos a ver?

—¿Cuántos qué?—dice Pedrito chupándose un dedo.

—¡Dioses, hijo mío, Dioses, Dioses!

—¿Dioses qué?

—¡Hijo mío, que ¿cuántos Dioses hay?

—Hay... ¡Doña Rosario, este niño me está haciendo burla!

—¿Quién, Rufete? No le hagas caso a Rufete... ¡Bueno está Rufete! ¡Ay! ¡Madrecita mía Milagrosa!

—¿Cuántos hay, Rufete?

—¡Si yo no le jecho na, Doña Rosario!

—¿Que no le has hecho, gran pícaro? ¿Y las burlas? El que se burla es un judío... pero muy rejudío. Judío de los malos, de los endemoniados, de aquellos que le hacen al Señor así... (Doña Rosario pone aquí un gesto que hay que reirse de una porción de cosas). Al ver el gesto de la maestra unos chiquillos se ríen y otros miran embobados

como si vieran realmente a un judío hembra, o bien que les importe un rábano lo del gesto, lo del judío y lo de las burlas.

—*Pero, Señor mío Jesucristo, ¿Cuándo va una a conseguir que estos niños atiendan? No sois niños... sois... ¡yo no sé lo que sois!...*

—*¿Cuántos Dioses hay, ea, de una vez, cuántooooos?*

—*¿A quién le dice usted, a Pedrito o a mí?*

—*A ti, grandísimo Rufete, Rufetón feo, más vale que te sonaras las narices...*

—*Po no ma cuerdo.*

—*¿Y lo dices así? ¿No te lo he dicho más de treinta veces...? ¿Tres... o uno? chiquillo, fíjate bien.*

—*¡Po no ma cuerdo!*

—*¿Y aquel rubio precioso que está al fin del banco? ¿A que lo sabes tú, verdad, encanto? ¿Tres o uno...? Anda, dilo, precioso...*

El rubio, con sus bracitos cruzados, sus ojos azules y su carita de ángel se pone en pie, Doña Rosario le anima con una sonrisa casi maternal y le dice:

—*¿Cuántos, dí?*

—Té y uno, cuato. Dice el rubio con su media lengua.

—*¡Cuatro demonios! ¡Ay Señor, que no sabe una lo que dice! ¡Dioses no hay más que uno, uno, uno y unoooo!*

—*Po eso e lo que yo he dicho, cuato, dice el de la media lengua.*

—*Venga V. acá. ¿Qué le parece a usted el gusanito rubio? Cuatro, ¿eh? Cuatro azotes que debían darte por TROCHO.*

A estas alturas el pollo de la media lengua, se echa a llorar, se lleva los puñitos a los ojos y suelta una sinfonía fantástica de gemidos lastimeros.

A Doña Rosario se le encoge el corazón, se le saltan las lágrimas y, haciendo pucheritos, coge al angelino en sus brazos y dándole un beso de puro cariño, dice:—*No, no llores tú, mi alma, no llores, que ya no te riño más. Así, así, hijito, no llores.. Así... Mira, no hay nada más que un Dios y tres personas distintas... ¿Sabes?*

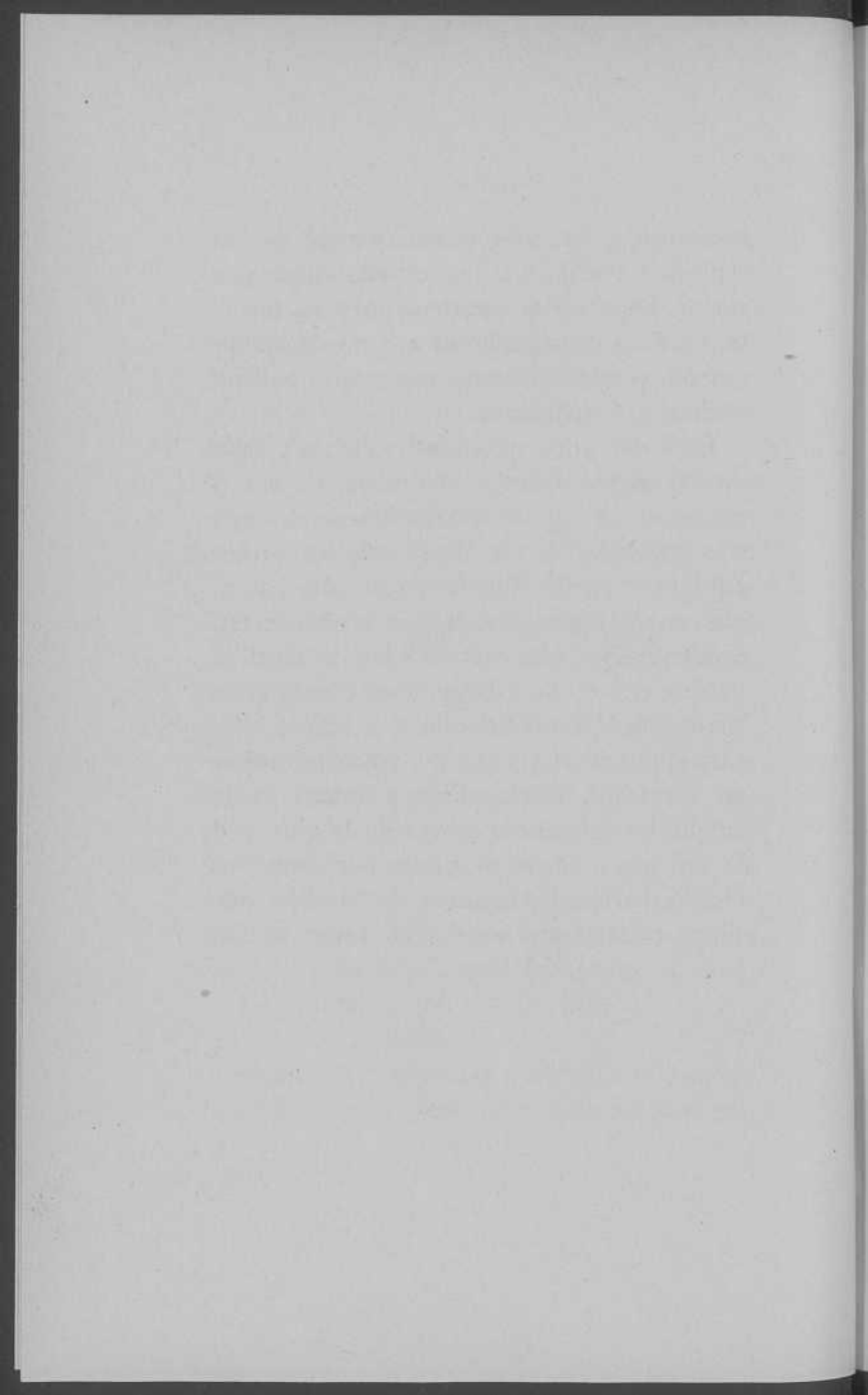
El chiquillo, sollozando, dice:

—*¡Sí... señoda!*

Bueno, pues esta mujer sencilla es la maestra ideal de los parvulitos. Ella se pone con

los niños a su nivel moral, porque es inocentona y buena, y al intelectual, porque gracias a Dios no le estorban para su misión de enseñarlos, la pedantería cursi de los que quieren emplear en estos menesteres a Kant, a Platón y a Spencer.

Para dar a los niños las lecciones propias de los cuatro, cinco y seis años, en vez de Spencer, hay que acordarse mucho de nuestras madres, en vez de ciencia es preciso amor; en vez de altísima erudición, paciencia; en vez de azotes, besos; en vez de estimamientos y golos, flexibilidad y sencillez, porque está el *quid divinum* en que la maestra se haga como los niños, y baje a ellos, para que aprovechando sus bobadas, inocentes caprichos, distracciones y faltas, les inculque las primeras noticias de la vida y de la fe, que si no se siembran con amor, como lo harían las madres, la cosecha será luego mala y sus frutos casi todos nocivos para la causa del bien.



CAPITULO XI

El libro de texto

Un Curioso

.....
Entonces, ¿qué libros de texto tienen ustedes en las Escuelas del Sagrado Corazón?

Yo

Casi ninguno. Ninguno.

Curioso

¡Ninguno!... (Hay que advertir que esta frase se pronuncia dibujándose en la cara del *Curioso* una leve sonrisa que quiere decir: *¡Si estará esta gente atrasada y serán reaccionarios, que le declaran la guerra al libro!*)

Y o

Sí, señor, ninguno; porque el libro de texto es en la primera enseñanza la corrupción de todo buen sistema pedagógico.

Curioso

¡Qué atrocidad! Eso es volver a la vieja Escuela del Dómine desacreditado. Me va usted a permitir que le diga que es absolutamente imposible que un niño aprenda Geografía, Historia, Aritmética, Geometría, Gramática y en general las nociones elementales del gran árbol de la ciencia humana, sin tener un libro que lo guíe y que sea como un despertador de sus facultades cognitivas.

Y o

Y usted me va a permitir que le diga que ha hecho un parrafito muy redondo, y que, seguramente, arrancaría un aplauso en el Parlamento, discutiendo el presupuesto de Instrucción pública, o en el Ateneo, donde

dicen que los sabios se expresen el cerebro para arreglar a este pícaro y desarreglado mundo, pero que aquí en confianza le diré que el tal párrafo indica que usted no conoce ni el alma de los niños, ni el alma de los maestros.

Curioso

¿Pero por el alma se saca esa consecuencia que, en mi entender, es completamente antiprogresiva?... ¿Qué tiene que ver el alma con el libro?

Yo

Señor mío, por el alma se saca no sólo eso, sino todo lo que es, ha sido y será mientras el cuerpo nos haga sombra.

Curioso

¡Tiene gracia! ¿Quiere usted explicarse?

Yo

Con mucho gusto; si es que usted abre los oídos para oír, y no para tomar materia de inútiles disputas.

Curioso

Le prometo a usted que oiré para oír.

Yo

Pues al grano. El alma del niño no presenta desde el principio todas sus potencias con la misma actividad. Así se observa que en ella, la memoria tiene un gran desarrollo, mientras que otras facultades casi no existen en los primeros tiempos. La misma memoria se manifiesta de una manera que pudiera llamarse inferior. Casi toda la memoria de los pequeños se reduce más bien que a recordar estados pasados, a recordar palabras, que no son portadoras de ideas, sino puro fonetismo. Hay que enseñar al niño de modo que su palabra sea la conducción de su pensamiento, y crea usted que con el libro, en vez de niños inteligentes, se crean papagayos. El niño fonógrafo desaparecerá cuando los maestros enseñen como Dios manda.

Curioso

Hasta la fecha no explica usted...

Yo

¡A oír, para oír!

Curioso

¡Es que!...

Yo

¿Qué?

Curioso

Nada, luego objetaré.

Yo

¿Quién hace al fonógrafo? El libro. El maestro explica la materia una o dos veces y señala en el libro de texto aquello mismo que explicó, como lección que los niños han de repetir el día siguiente. Es decir, el maestro busca su colaborador en el libro. El niño, por regla general, no ha entendido al

maestro, y entiende mucho menos el texto, y cuando ve, que no ve claro, sale del paso haciendo uso de la facultad que le es más fácil o sea *la memoria fonética*, y ya tiene usted el fonógrafo en función. Como el chico dice al día siguiente su lección *admirablemente*, y por otra parte el maestro no puede disponer del tiempo necesario para convencerse en cada alumno y materia, de que ésta ha sido digerida por la inteligencia, confía en la repetición literal que el niño hace, y ya tiene usted tiempo perdido, inteligencia echada a perder y esfuerzo completamente nulo.

Curioso

No sé cómo se las arreglan ustedes, que siempre resulta que tiene razón. No, como presentar las cuestiones para quedar bien, le doy a usted mi palabra de honor de que lo hacéis admirablemente. ¡Bueno! concedido que el libro sea malo... concedido. Pero, entonces, ¿cómo demonios enseñan Vds.? ¡Vengan soluciones prácticas! ¿Cómo enseñáis en las escuelas del Sagrado Corazón? ¿Cómo?

Yo

Pues señor, vayan razones, y de propina el hecho, esto es, la experiencia. Yo explico, por ejemplo, un asunto de Astronomía, y empleo para ello el lenguaje que mis alumnos entienden, es decir, su lenguaje. Si no obtengo resultado, doy a la materia mil vueltas en la imaginación, hasta que le encuentro su *manera* fácil, su posición, que pudiera llamarse estratégica. Viene inmediatamente un *gráfico* que sensibilice la idea. A ser posible, este *gráfico* lo pintan, lo hacen, o lo dibujan con sus cuerpos mismos los discípulos. Conviene advertir que me propongo siempre como objetivo pedagógico, que me llegue a entender el grupo más torpe de la clase, y luego que he conseguido echar el ancla de la idea, amplío el punto, deducimos consecuencias y procuro discusiones entre los niños. Resumen: es imposible que el niño me engañe, sin querer, con las palabras del autor del libro. Es la propia palabra del pequeño balbuciente y difícil la que me da la evidencia, de que en aquella cabecita ha

hecho su nido una idea. Cuando pasa algún tiempo la palabra difícil se hace fácil. Es la santa fecundidad del pensamiento que agranda por sí sola el alma. El maestro que hace esto, es, si a usted no le molestan las comparaciones, como un artista que hace esculturas en el espíritu de los niños. Lo otro, lo que V. defiende es obra de incapacidad, es reaccionario y antiprogresivo en el sentido propio de estas palabras.

Curioso

Y ¿no hace V. alguna excepción?

Yo

Sí. Es claro que para la clase de lectura hacen falta libros, folletos, hojas, periódicos, etc. Libro para leer parece una vulgaridad que tenga que exceptuarlo. Se exceptúa sólo.

Lo mismo ocurre con la Doctrina porque hay que aprender de memoria las oraciones, y con alguna que otra atención de la enseñanza.

Curioso

Muy bien, pero...

Yo

Sí, ya sé lo que me va V. a decir... Nada, tranquilícese. Enseñaré desde luego a los niños a manejar los libros buscando por sus índices, etc. Así cuando vayan al Instituto, si van, ya saben eso.

Porque ha de saber V., mi querido amigo, que el libro está en razón inversa de la cantidad de maestro. En la escuela hace falta todo el maestro, y de libros lo menos posible. En el Instituto menos maestro que en la escuela y más libro. En la Universidad menos maestro que en el Instituto y mucho más libro, esto es, que a medida que crece la enseñanza debe decrecer el maestro y crecer el libro.

Por cierto que se sacan de aquí sabrosos comentarios acerca de la importancia social y condición económica que concede el Estado a maestros, catedráticos de Institutos y de Universidad.

Curioso

Hable V., hable V. de eso.

Yo

Todo se andará. Ese asunto tiene su asiento propio en un libro sobre estas materias que tengo ya en el magín, pero que vaya V. a saber cuándo querrá Dios...

(El curioso visita nuestras escuelas encantado de las cosas que ha visto hacer a los niños.)

Curioso

¡Admirable...! (para sí) ¡Qué lástima que los míos no hagan esto! Diga V., D. Manuel: ¿Quién les da a Vdes. fuerza para esta labor extraordinaria?

Yo

(Señalando a la estatua del Sagrado Corazón que está en la puerta del colegio con los brazos abiertos).

¡Ese!

CAPITULO XII

Su Majestad el Gráfico

He aquí un término del que puede decirse, sin temor a equivocaciones, que es la expresión más precisa que pudiéramos emplear, porque efectivamente, el gráfico es el rey del procedimiento pedagógico.

Todo en la vida tiene su expresión gráfica más o menos exacta. La ira tiene su gráfico en unos dientes que se aprietan, en una frente que se arruga y en unos ojos que quieren salirse de sus círculos. El amor se grafica en un beso. El culto, en un altar; por eso ha dicho un santo que los altares son los libros de los que no saben leer. La riqueza, en el oro. La inocencia, en un niño. La infinitud de Dios, en una circunferencia, y la redención de la humanidad, en una cruz.

No es el gráfico la metáfora, ni la comparación, ni el símil; sin embargo, muchas veces el gráfico tiene de todo eso, de metáfora, de símil y de comparación.

Mas cuando cumple su misión propia, es cuando por medio de una figura material retrata una operación cualquiera del entendimiento.

Una idea está oscura; su luz no hiere bien a la facultad de conocer, y un velo de dudas oculta su manifestación exacta. Damos la carga con la palabra, en la pretensión de que nos entiendan nuestros semejantes, y nuestros semejantes aún no nos han comprendido. Apelamos a la imaginación del oyente y los términos *figúrate esto, figúrate lo otro, supón esto, supón lo otro* salen a la plaza. A pesar de todos nuestros esfuerzos la idea sigue oscura. Llega un momento en que desesperamos de que nos entiendan, y entonces, en un arranque didáctico superior, tiramos del lápiz... Esa figura, ese muñeco, esa línea, ese... lo que sea, ese es el gráfico.

En la vida es una cosa corriente, usual y necesaria muchas veces. En la enseñanza

es más que en la vida. Por lo menos, yo me valgo de él para todo, absolutamente para todo.

Cuando a una idea no se le encuentra su gráfico, es inútil que tratemos de enseñarla a los niños. Por eso se puede decir que si en las relaciones con los hombres, el gráfico es una necesidad demostrativa, en las relaciones con los niños el gráfico es, a la par, sustancia y procedimiento, la idea que se conduce y la conducción misma de las ideas, agua y cauce todo junto.

Ante él inclínense los maestros llenos de gratitud, porque se lo deben todo.

Estamos, pues, en el deber de declarar que en enseñanza primaria no hay inconveniente en proclamar rey absoluto, sin constitución y sin ministros responsables, a Su Majestad el Gráfico.

Un maestro de escuela de un pueblo de la provincia de Sevilla, retirado de las *fieras* luchas pedagógicas, con una carga de años que le dan por sí solo títulos para que yo le quiera y le respete, si de siempre no le hubiese querido y respetado por la bondad hermosa de su corazón, un buen hom-

bre que alcanzó los tiempos pluscuamperfectos del gorro puntiagudo, de la caña, del rapé como materia *explosiva* y del enorme pañuelo colorado como sujeto recipiente de la *explosión*; un hombre que cuando llegó su tiempo, allá por la Revolución, tiempo que él llama modernista, tuvo que ponerse en bien con los tribunales examinadores y con el alcalde de su pueblo para entrar oficialmente en la etapa de su última evolución pedagógica; un bendito de Dios, en una palabra, después de haberme oído hablar un rato sobre la importancia del gráfico y sobre su absoluta necesidad para los niños, no obstante haber asentido durante mi conversación con la fórmula: "Sí, hijo; sí, hijo", se dejó caer al final con la siguiente proposición: "Mira, Manolito, en mi tiempo no se gastaba ese instrumento. Eso será caro, ¿verdad?"

Dos maestros modernos que estaban presentes le hicieron al viejo la gran *ovación*. Mirábame el pobrecillo como pidiendo socorro contra aquella acometida, y la Providencia, que vela siempre por los inocentes,

puso estas palabras en boca de un inteligente amigo que estaba allí.

“A ver, señores de la burla, alto allá; el señor, *pregunta por el precio del instrumento*; al menos hace eso; pero muchos no se preocupan ni del *instrumento* ni de su *precio*.”

Mi amigo decía una triste verdad.

Veamos ahora la razón, que podemos llamar científica, de la necesidad imperiosa que tienen los niños del gráfico.

La psicología de los niños es una difícil materia de estudio. El alma de un niño es *sustancialmente* lo mismo que el alma de un hombre, pero *actualmente* varía de modo notable.

El niño lleva en su alma la potencia de todo lo que en el alma adulta y formada tiene actuación. En el extremo del diámetro de Miguel Angel hay un niño que hace pelotitas de barro; y en el de Bramante uno que hace casitas en un montón de arena mojada; en el de Beethoven un *virtuoso* de tres años que escandaliza a la vecindad con un pito de feria, y a Napoleón lo hemos visto cien veces arreando a un caballo de

cartón, y riñendo Jenas y Marengos en el espacio de cuatro losas de la calle.

Todo lo de los hombres está en el niño, pero ¿cómo...?

Si nos fijamos en la imaginación, se observa, a poco que se trate a los pequeños, que esta facultad en ellos es casi embrionaria. A la mayor parte de los miles de niños menores de once años que yo he conocido, les ha sido imposible *suponer* y *hacer hipótesis*.

Crean, sí, imágenes caprichosas sugeridas torpemente por alguna idea de miedo, pero la imagen de algo determinado y *supuesto* para ayudar al entendimiento, no la tienen ni hay forma de hacérsela tener.

Hay, sin embargo, que declarar que ese estado embrionario de la imaginación, que no es capaz de hacer una hipótesis, es sustituido, apenas el niño se inicia en la adolescencia, por una fuerza tan grande en la imaginación creadora, que ésta subyuga durante algún tiempo a las demás facultades. Todos los peligros de la juventud proceden de esa pleamar de lo imaginativo.

Pero volvamos a nuestro niño. Sentado,

pues, que la imaginación sirve para colocar al objeto en una posición más luminosa y verlo más claro; y, sentado por una prolongada experiencia, que los niños no pueden ayudarse con ella por la sencilla razón de que la tienen sólo potencialmente o acaso para actos de insignificante trascendencia, y, agravada la situación por causa de que el entendimiento de los niños es demasiado joven y no abstrae ni generaliza bien, se viene a la consecuencia lógica de sustituir la imaginación con el gráfico, porque ya que no podemos colocar a nuestro gusto el objeto en la mente del niño, se lo pintaremos o se lo fabricaremos fuera en el punto de vista que nos convenga más.

El gráfico es, pues, si se permite la frase, el *sustituto de la imaginación*.

Maestro que no grafica sus lecciones, no enseña. Si se obstina en enseñar sin gráficos y es constante en su empeño, llenará el aparato de la audición del niño de palabras, palabras y palabras, pero entre el alma infantil y el objeto presupuesto, la incomunicación será completa.

El gráfico se hace con la pluma en el

papel, con la tiza en la pizarra, con los colores en la pared, con ladrillos y piedras en el suelo, con letreros oportunos donde convenga, con objetos de madera, cartón u otra materia, y los más interesantes de todos, con los mismos cuerpos de los alumnos, como veremos en el desarrollo de este libro.

CAPITULO XIII

Cómo debe ser la Escuela, materialmente considerada

Yo no sé cómo debe ser la Escuela en Alemania o en Inglaterra. Pretendo saber cómo debe ser la escuela en casi toda España, y muy especialmente en Andalucía, país en donde el sol nos tiene a todos con las quillas al aire.

Este sol africano afloja la voluntad y afloja la vida. La temperatura del Norte, creo yo que debe producir ese formidable espíritu de asociación que se observa allá por la parte fría de Europa. Es natural; si estamos en algún sitio y hace frío, insensiblemente nos aproximamos, nos unimos; si hace calor, nos separamos, nos repelemos. ¿Tendrá este pícaro sol andaluz la culpa de nuestro incurable, rabioso e inhumano individualismo?

Si todavía nosotros, los sevillanos, los onubenses, los gaditanos, los malagueños, etcétera, etc., tomáramos serias medidas y prevenciones contra el sol, los males que nos produce estarían aminorados, pero vaya usted a pedirle peras al olmo.

Lejos de nosotros *la fatal manía de pensar*, pretendemos vivir como se vive en Berlín y en París. Y aquí, donde desde Marzo hasta Noviembre es casi todo el tiempo un verano tropical, gastamos cuellos que aprietan la yugular, chaquetas que oprimen el encuentro del brazo con el busto, pantalones que sofocan y molestan siempre a toda la región baja abdominal, y a sus vecinas las demás regiones, y zapatos, inhumanos zapatos, en que el cuerpo muerto de una bestia hace guerra cruda al cuero vivo de un hombre, produciendo en los pies todas esas porquerías contra las cuales están llenas de específicos *maravillosos* las esquinas de las Plazas de Abastos.

Cuando considero todo esto, pienso con envidia en todas las batallas que le ganaríamos al sol si entre nosotros hubiera una docena de personas con sentido común, que

preconizaran el uso de los zaragüelles, de las sandalias, de los cuellos al aire, y de los bustos honesta y regaladamente vestidos.

Queda, pues, sentado que somos unos malísimos cultivadores de nuestra propia persona.

Pero hay más. Peor que cultivamos la persona cultivamos la casa. Nuestra casa es el tubo de la flauta con más o menos agujeros. El demonio, enemigo de la familia, se ha metido en la mollera de los propietarios de casas. ¿Quién vive en estas mazmorras sofocantes? ¿Quién resiste esto? A la calle, al café, al casino, al paseo, y a la vida de la familia que la parta un rayo...

Educados en esta escuela, acostumbrados a esta intelectualidad del medio, con las cabezas muy iluminadas por fuera, del sol, y muy oscuras por dentro, ¿tiene algo de particular que nuestros municipales, que nuestros prohombres, que nuestros pedagogos hayan confundido con frecuencia las escuelas con los almacenes, con las fábricas, con los depósitos de granos, etc., etc., y que hayan construído los edificios donde van a

educarse y a criarse los niños con el criterio de cualquiera de esas *etcéteras*?

Cuándo querrá Dios que acaben de enterarse los directores, y que para nuestros países del sol bárbaro tengan en sus inteligencias esta idea: en los jardines las flores se crían al aire libre. La escuela es un jardín donde cada niño es una flor que se está criando.

Aire, luz, vida. Los niños pobres, por causa de nuestra pobreza nacional, apenas si comen. Al pedazo de pan, a la patata cocida, hay que agregar para poder vivir mucha luz y mucho oxígeno. ¿Le vamos a robar también la luz y el oxígeno? ¿Somos tan necios que, siendo ambas cosas gratuitas, vamos a poner para obtenerlas más inconvenientes que si hubiéramos de comprarlas a peso de oro?

Me decía una vez D. Andrés Manjón:

“Que respiren, que respiren, porque esa es la cocina de esos pobres.”

He aquí, pues, mi receta para la construcción de escuelas en nuestra región: *noventa* partes de aire libre y *diez* de edificación. Noventa para que vivan todo el tiem-

po a la sombra de los árboles unas veces y otras a plena luz. Diez partes, la edificación, para que se resguarden las seis o siete veces que llueve aquí en el año, y los quince días extremos de calor y frío.

Baña V. a un pequeño ciudadano de las escuelas gratuitas y a las dos horas ya huele. Tome V. una clase amplia, como una que yo tengo, donde para cada niño hay más de veinte metros cúbicos de aire y comunicaciones directas a prima luz, y, si se está dos horas funcionando, no andaré nuestra nariz muy allá, si no descubre que no es la ambrosía el producto de la clase.

Van a gastarse cien mil pesetas en unas escuelas. Criterio corriente es el de dedicar tres o cuatro mil duros a solares y el resto a edificaciones. Pues bien, no alteréis vuestro presupuesto: alterad, sí, las ideas que sobre esta materia andan en vuestras cabezas. Invertid los términos y Dios y vuestros conciudadanos os lo premiarán, señores directores; gastad cuatro mil duros en edificación y diez y seis mil en solar.

Así haremos niños fuertes que estarán en condiciones de ser mañana obreros fuer-

tes, soldados fuertes y ciudadanos saludables que pongan un obstáculo serio a esta estrepitosa ruina a que la raza va, si no purificamos la sangre de los niños pobres, que son más del noventa por ciento de los niños de todas las ciudades.

CAPITULO XIV

Cuestión nueva que no es cuestión

Asistí una vez a un grandioso mitin celebrado en una ciudad andaluza contra las escuelas laicas. A mi lado, en la butaca próxima, se sienta un buen señor, delgado, nervioso, discutidor y acérrimo partidario de la escuela laica. Nos conocemos.

Habla en el escenario del teatro un orador que trae un martillo en la palabra. Forja razonamientos y los lanza a los espectadores, que, sometidos a aquella presión intelectual, piensan también. Hacer que piensen dos mil personas en un teatro, parece un sueño de otra edad o de otro planeta, pero era verdad, ¡vaya si era verdad...!

—*¡Este hombre es un sofista extraordinario!*—me ha dicho por lo bajo el amigo laico.

Yo le digo: *Oiga, calle, y olvide, siquiera*

por cinco minutos, esa ciencia que le ha hecho a usted laico. ¡Oiga usted, oiga usted!

El Orador

“O se enseña moral en la escuela, o no. Si lo primero, la escuela será una escuela; si lo segundo, la escuela será una cuadra. Conste que al hacer la comparación ofendo a las cuabras.

Yo no quiero ni suponer siquiera que en la escuela laica no se enseñe moral. Sería una injuria la suposición.”

El Laico

(Siempre por lo bajo.) *Eso está muy bien dicho.*

El Orador

“Pues bien, voy a demostrar que en las escuelas laicas se enseña una moral defectuosa, insuficiente, falta de fundamento.”

El Laico

¡Eso está muy mal dicho!

El Orador

“Lo moral que se enseñe en una escuela verdaderamente laica no puede estar más que en el oído de los niños, tal vez en la inteligencia de algún que otro alumno muy despierto, pero moral en la voluntad, en la acción, en la vida, como norma de conducta, eso no puede ser. ¿No sabéis por qué?...”

El Laico

Veamos el sofisma...

El Orador

“Pues porque, al explicar el fundamento de la moralidad un maestro laico, no puede hablar de Dios, y no pudiendo hablar de Dios, tiene que fundar la moral sobre bases humanas. Y se dice entonces al niño: tú no puedes injuriar, ni calumniar, ni hacer mal al prójimo, porque la *solidaridad* humana se resentiría, porque la *cooperación* de todos en la vida común se trastornaría, por-

que la sustancia del derecho, del deber y del estado se perturbaría.

Y el niño que no entiende una sílaba de nada en que tengan que intervenir conceptos complicados intelectuales, no puede aprender eso de modo que le sirva de piedra de toque; no puede eficazmente comprender la relación entre cada acto que realiza en la vida y aquellos conceptos que van a quebrarse o resentirse cuando él obre mal. No se me diga que el argumento es especioso; porque si no son esos los fundamentos de la moral laica y hay entre vosotros alguien que sepa alguna base distinta, que se levante y lo diga, que con mucho gusto le escucharé yo."

Yo le toco con el codo al Laico y le digo:
Ande usted.

El Laico

(Mirándome casi resentido). *Yo no discutí con hombres de convicciones estrechas...*

El Orador

"Es decir, que para un niño no puede ser objeto de relación de responsabilidad un con-

cepto que no entiende, un rector que no le rige y un principio que no le ata; y, por tanto, la moralidad que es freno, y es conducta, y es disciplina y, en último resultado, fuente de inagotables satisfacciones, tal como se la enseñan a los niños en la escuela sin Dios, no les obliga absolutamente a nada.

Cuando el niño sea hombre, si tiene ilustración y buen entendimiento, entenderá eso que quiere dársele como base y fundamento de la moralidad. Esto es, que los términos están invertidos. Quieren que piense con lo que tiene que ser el término de su pensamiento.

En cambio, qué admirablemente se compadece la idea de Dios con la capacidad de los pequeños. Dios es acogido hasta por las inteligencias que duermen en las cunas. Dios es un padre muy grande que se entera de todo y premia lo bueno y castiga lo malo. No hay niño que no tenga perfectamente connaturalizada con su alma la idea de padre. Y entonces se le dice, y lo entiende, y a ello ajusta su conducta, que Dios le va a premiar, si hace algo bueno, y le va a castigar si hace lo contrario, y sin darse cuen-

ta el niño tiene siempre delante ese eterno principio de la responsabilidad moral.

¡Pobres niños laicos!

Esta moral incompleta, ineficaz, es la de la escuela laica pura. En España, al menos en nuestra región, no conozco ninguna laica, porque lo que conocemos todos son escuelas anticristianas, donde se predica constantemente contra la Iglesia de Jesucristo, las cuales escuelas tienen en la puerta un letrero que dice: *Escuela Laica*, No os fiéis. el nombre no hace a la cosa."

En la sala se produce un movimiento de agrado hacia el Orador. La multitud ha pensado un poco. Un ambiente de dignidad nos envuelve a todos.

El Orador

"Y vamos a meditar un poco sobre la escuela neutra."

El Laico

Aquí le espero yo, porque ha de saber usted que yo no soy laico, yo soy neutro. (Me

parece haber dicho antes que todas estas interrupciones van dirigidas a mí).

El Orador

“La escuela laica es un error científico procedente de haber metido a la política en la enseñanza. Pero la escuela neutra no es un error.”

El Laico

Este empieza a ponerse en orden.

El Orador

“Es el conjunto de todos los errores, y yo hago solemne protestación de que no he venido a molestar a nadie, pero después de haber estado algunos años con los niños, y de haber hecho observaciones en el campo experimental pedagógico, que eso es el alma de los alumnos, pienso en la escuela neutra tal como la han defendido algunos políticos y pedagogos, y, sin querer, pongo sobre sus pretendidas reformas, esta palabra escrita con tinta azul, para que destaque sobre el rojo del fondo: “*Ridículo*”.

El Laico

Este hombre me va a echar a mí a la calle.

El Orador

“Para que la escuela sea neutra, lo primero que ha de ser neutro es el maestro. ¿Conocéis vosotros algún maestro neutro...? Señores: para enseñar es necesario abrir todas las puertas del espíritu. Es una función esa de enseñar, que si no se realiza poniendo mucho calor del alma, queda reducida a nada. ¿Conocéis, por ventura, a un maestro que no sea racionalista, o católico, o protestante, o librepensador, o clerical, o anticlerical, o blanco, o negro? ¿Dónde está ese fenómeno, que no es nada en el orden de las ideas y de los sentimientos? Pues si esto es imposible, porque forzosamente el maestro por ser hombre, ha de ser algo, yo os digo que una de dos: o no pone calor en la enseñanza, en cuyo caso no enseña nada, o lo pone y ese maestro ya no es neutro, porque al poner el alma en movimiento, ésta

se manifestará como es, o católica, o anticlerical, o protestante, o budista o racionalista, o atea.

Luego el maestro neutro, o es una mentira, o es una inutilidad."

El Laico

¡Yo me voy...!

Yo

No, hombre, quédese.

El Laico

¡Si es que soy maestro neutro!

Yo

Cállese usted, hombre, y no lo diga.

El Laico

¿Por qué?

Yo

Porque usted no es ni una mentira ni una inutilidad...

El Orador

“Además del maestro, para que la escuela sea neutra, ha de ser neutra la enseñanza. Y he aquí, señores, que volvemos a las andadas. O se enseña moral con principio divino, o con principio humano. Si se enseña con principio divino hay que hablar de Dios, y en cuanto se nombre siquiera lo sobrenatural religioso, la neutralidad está rota. Si se enseña con principio humano hay que poner como base ese principio; y como el niño lleva a la escuela la idea de Dios metida en la cabeza, porque la ha aprendido, o de labios de sus padres, o porque entró en la iglesia, o porque se la reveló la campana que toca a misa, o un acto del culto, o la blasfemia de un carretero, resultará que el maestro, al querer poner en la inteligencia infantil el fundamento humano de la moralidad, se va a encontrar allí a Dios, y como un dualismo de fundamentos es un absurdo, tiene que quitar a Dios de aquella cabeza y cuando intente quitarlo, ya está atacando lo sobrenatural religioso y ya está también hecha pedazos la neutralidad.”

El Laico

(Levantándose nervioso, sale sin hacer ruido y me dice al pasar): ¡Éstupendo, mareante, pero yo soy neutro, quiera o no quiera ese orador, y lo soy por todos los cuatro costados.

Yo pienso, cuando aquel buen señor se va, que a pesar de todas sus protestas no es neutro. ¡Ni siquiera neutro...!

El Orador

“Luego, señores, si la escuela laica y la neutra son dos absurdos científicos, hay necesariamente que aceptar las escuelas confesionales. Así si un musulmán pone una escuela en España para enseñar a musulmanes, yo no he de ofenderme porque sea la ley de Mahoma la que rija aquella enseñanza. Pero en España no hay musulmanes, no hay más que cristianos, no hay más religión que la Católica. Luego la moral de la Religión cristiana es la única posición posible, si es que en el mundo hay lógica.”

El orador ha concluído y el calor de las ovaciones con que le han obsequiado han puesto en la sala una tonalidad caliente y pensativa. Fuera hay un cielo de tarde andaluza, y mucha gente que nos mira y dibuja una sonrisa que quiere decir:

¡Y que no habrán dicho tonterías estos oscurantistas...!

CAPITULO XV

Doctrina y moral

Amar a Dios y al prójimo es una vocación de todo hombre que no pueda pasar indiferente al lado del concepto de la Eternidad y de las necesidades de nuestros semejantes. El ateo y el egoísta son dos ejemplares a quienes hay que dejar a un lado en el camino de la vida. No sirven.

Dios tiene su gráfico en todas las cosas y en todos los órdenes del conocimiento. La aritmética me da la *unidad* de donde todo procede, gráfico exacto de Dios. La Geometría me da la *circunferencia*, línea que no tiene principio ni fin, y si no fuera bastante, me muestra al *triángulo equilátero*, representación exacta de las tres personas de la Trinidad. La Astronomía me presta como gráfico de Dios al *sol*, que lo alum-

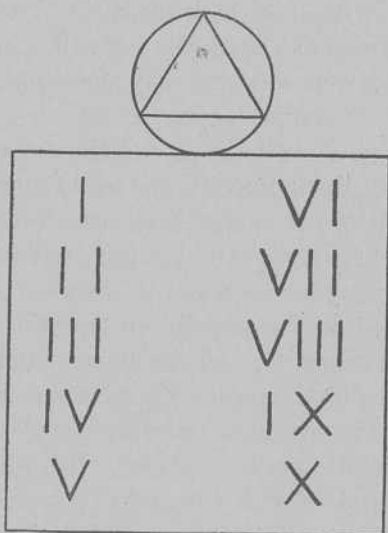
bra y lo anima todo, y hasta las industrias colaboran a la demostración del Ser Divino, porque la panadería, v. gr., me proporciona el pan, con el que se toman bien todas las cosas; exactamente igual que ocurre con Dios, que ninguna cosa se toma bien sin Él.

Los maestros pueden y deben en todas las materias de la enseñanza señalar las analogías de las cosas con Dios y con la Iglesia, procedimiento manjoniano, que da por resultado que los niños fijen mejor las ideas de Dios y de su Iglesia y las de los seres que han servido para formar la comparación.

Adjunto un gráfico que hemos copiado de la escuela del maestro ilustre que oficiaba en Granada. Dije en uno de los capítulos anteriores que no había estudiado a ningún pedagogo, y no es absolutamente exacto, porque he visto, en la ocasión referida al empezar este libro, la escuela de D. Andrés, y algo naturalmente había de pegárseme. Y no digo esto con el sentimiento propio del que cree haber afirmado una regla y tiene que reconocer luego la excepción, porque si tengo alguna pena es la de que la

excepción no haya sido más extensa en este caso.

He aquí el gráfico, fabricado con ladrillos colocados de canto en el suelo para asegurar su solidez.



La circunferencia representa a Dios, dentro de cuya totalidad está la Trinidad, graficada por el triángulo equilátero.

Los diez números pueden expresar los

Mandamientos de la Ley de Dios. Así, pues, el gráfico abarca a Dios y a su Ley.

Veamos su funcionamiento: Diez niños se colocan cada uno en su número. Tú eres, se le dice al primero, *Amar a Dios sobre todas las cosas*. Al segundo, tú eres *No jurar su santo nombre en vano*, etc.

Se les obliga a cambiar y se les hace repetir lo que son. No hay *carretilla*, como se dice en jerga escolar.

Después que los chicos saben los mandamientos, distinguiendo los tres primeros de los demás, por referirse al servicio de Dios, se empieza a realizar una preciosísima práctica, que yo considero de un gran alcance pedagógico. Todos están en su sitio. Yo digo: que cada uno piense en su mandamiento. Hay un momento de silencio y un momento de breve meditación. Luego cuento una historia de la que resulte atropellado algún mandamiento. Pregunto: *¿Contra quién se ha ido en lo que he contado?* Y dice uno de los niños: *Contra mí*. El niño ha acertado...

¿Qué significa esto...? ¡Casi nada...! El niño ha puesto en práctica la función supe-

rior de la inteligencia. Ha oído el caso concreto y lo ha aplicado a la ley general representada por él. ¿Qué otra cosa hacen los abogados con las leyes, los médicos con sus reglas y los ingenieros con sus fórmulas...?

El mismo gráfico puede servir para los Mandamientos de la Iglesia, para las Obras de Misericordia, explicando primero las corporales y luego las espirituales; para las Bienaventuranzas y para todo.

Como la Doctrina es materia árida para los niños, conviene excitarles la voluntad para que se aficionen al estudio de ella. En nuestras escuelas ha producido un resultado admirable la ocurrencia feliz del señor Arcipreste de celebrar concursos semanales de doctrina de clase contra clase. Hay tres campeones en cada una con la misión de hacer preguntas a cualquiera de los 30 o 35 niños de otra. Las faltas se van apuntando por el Director y al final se adjudica el premio a la clase vencedora.

La materia está de antemano señalada y el premio fué siempre acogido con entusiasmo: Un día de campo y marienda.

Hay que ver a los niños preguntando unos

a otros con grandísimo interés, y el *cuidado comunal* de la clase que sufre las preguntas, por que el alumno preguntado conteste. No hay nada más a propósito para meterse en el *quid divinum* de la enseñanza, que no es otro sino despertar el interés y la afición de los niños. Voy a probar estos concursos en las demás materias, y, si dan resultado, lo avisaré para provecho de los que quieran ocuparse de estas *nimiedades*.

Hasta ahora se ha señalado un procedimiento para enseñar doctrina; veamos un modo de enseñar su práctica.

¿Qué es la moral cristiana? La moral cristiana es la doctrina cristiana puesta en práctica.

Señores maestros cristianos: Manos a la obra, a practicar todo lo que manden la Ley de Dios y la Santa Iglesia, es decir, a practicar con vuestros niños lo que enseñáis a vuestros niños, porque no se me alcanza que la Aritmética, por ejemplo, se aprenda para practicarla y la moral para olvidarla.

¿Qué importa que los niños amen la ciencia si no aman al prójimo?

Por Dios, que no perdáis de vista que

la instrucción debe requerir todos nuestros cuidados, pero no olvidéis un instante que si la instrucción es un *procedimiento*, una *herramienta* para trabajar en la vida, la educación es más que procedimiento, es *sustancia*, es la vida misma.

A socorrer las desgracias, con los niños; a visitar a los compañeritos enfermos de males no contagiosos, con los niños; a odiar la falta y compadecer al culpable, con los niños; a enseñarles prácticamente lo que vale la honra y lo pronto que la mancha la calumnias; a mostrarles positivamente sobre el terreno, todos los esfuerzos que hace un hortelano para conseguir que los perales den peras, los fresales fresas y los almendros almendras, y toda la brutal perturbación que supone el hecho de destrozarles sus fresales o sus almendros; infundirles un santo horror a las palabrotas, estableciendo premios especiales para los que se distingan por su decir limpio y honesto; ir con ellos a misa y a los actos del culto; y sobre todo comulgar con ellos, porque en esa práctica divina está el secreto que hace olvidar amarguras del magisterio, ofensa de los demás,

acritudes de la vida, polvo irrespirable del camino, desgarraduras del alma y miserias del corazón. Sobre esto de la comunión diaria o frecuente, me vais a permitir luego capítulo aparte.

Y derivad lógicamente las consecuencias de la moral cristiana viniendo a actos de moralidad pública, o sea el *culto externo de la moralidad*, y fijaos:

1.º Que las paredes de las casas están pintadas de indecencias y arañadas.

2.º Que los perros están apedreados.

3.º Que los oídos están martirizados por ese gritar intolerable que forma el medio acústico de nuestras calles.

4.º Que los árboles son nuestros bienhechores, pues nos dan sombra, agua, leña, frutos; y, sobre todo, que quizás serán los únicos grandes productores de oxígeno en la naturaleza y cuya producción repone el consumo que del mismo se hace, y a pesar de todo se les destroza.

5.º Que la taberna es la ruina y la muerte, y el vino la enfermedad y el oprobio.

6.º Que la navaja y el revólver son el símbolo de la cobardía.

7.º Que el valor consiste en ser amable, condescendiente, atento con todos, pase lo que pase y ocurra lo que ocurra. Que es más valiente el que tiene pecho para aguantar sereno una tribulación, que el que sale victorioso en una contienda. Que es más valiente el que domina sus malas pasiones, que el que mata a un toro de una estocada o a un hombre de un tiro en una reyerta. Que un santo es un hombre más valiente que todos los matones juntos, porque como lo tiene dominado todo no le teme a nadie ni a nada; es más libre que la luz y que el aire.

8.º Que un torero no es un semidiós, a quien hay que imitar, y con el cual se sueña. Que es una criatura como todos los demás, muchas veces, menos que los demás, y en algunas ocasiones, muchísimo menos que los demás.

En este orden de consideraciones, el ideal fuera la supresión de las corridas. Conste que, educado en mi medio, no me disgusta la fiesta de toros; al considerar, pues, co-

mo ideal, la desaparición de las luchas del circo, empiezo, como es natural, sacrificando un gusto mío que pugna con mi razón.

9.º Que los maestros se fijen en este cartel escrito en la pared de mi clase:

**“Nos hacen reír los que creen y se preocupan
de lo siguiente:**

Del número 13.

De los Martes.

De los tuertos.

De los jorobados.

De los cojos.

De la echadora de suertes.

De las culebras.

De los lagartos.

Del mal de ojo.

Y de otras paparruchas por el estilo.

Creemos

En el santo temor de Dios y en la santa libertad.

Tememos

El pecado mortal.”

Y para concluir este capítulo, avisemos a los padres y a los maestros de los perniciosos resultados que se siguen de asustar a los niños, ya se haga como una gracia o como un procedimiento para corregirles o castigarles.

¡El coco... el coco...! ¡La bruja! ¡El tío del unto! ¡Los cuartos oscuros...!, etc.

¡Ah! señores papás y señores maestros: estáis cometiendo una obra criminal; estáis preparando la infelicidad del niño. Lo estáis haciendo cobarde.

Un hombre es más feliz mientras es más valiente, en el sentido moral de la palabra. Más preocupaciones, menos felicidad. El valor es materia educable.

A lo mejor, a un cazador de leones le da miedo de los difuntos. Lo enseñaron a no tener miedo de los leones y le enseñaron seguramente a asustarse de las apariciones de las *almas del otro mundo*.

A mí mismo me enseñó, sin querer, un

maestro mío, a tener mucho miedo a la tormenta. Apenas empezaban los truenos ya estaba aquel hombre acobardado, temblón, nervioso. A mi comprensión de niño de seis años, habló aquello un lenguaje fortísimo. Concluí por ponerme como mi maestro...

Ahora comparo los desastres del rayo con los que produce cualquiera de los fenómenos naturales, a los cuales veo con indiferencia, v. gr., la marea, los vientos, la lluvia, etc., etc., y saco el convencimiento de que *estadísticamente* puede decirse que el rayo no mata.

Sin embargo, cuando hay tormenta, yo no respiro, yo no vivo, yo no soy feliz.

Sirva este experimento sobre mí mismo, *in anima vili*, como quien dice, para enseñanza de los demás.

La vida tiene preparados cien mil horrores; ¿no es sencillamente una increíble barbaridad que nosotros mismos nos empeñemos en agrandarlos, en hacer mayor su número, entregando a los niños en brazos de los *cocos* y los *miedos*, trunciéndoles la hermosa virilidad natural?

.....

Para concluir el capítulo, bueno será advertir que en el estudio de la historia de la religión no debe seguirse el procedimiento de atiborrar al niño con datos y sucesos del Antiguo Testamento. Esto produce una confusión en el alumno y le quita tiempo y gusto para aprender lo que verdaderamente le interesa.

Hágase un brevísimo resumen de la Biblia vieja, y extiéndase todo lo que sea posible en la vida de Cristo y de su Iglesia. Sobre todo, que los niños conozcan admirablemente la historia de los Sacramentos benditos y los pasos principales de la vida y muerte del Señor.



CAPITULO XVI

Asistencia a la misa

Estoy un día y otro pendiente de que los niños de nuestras escuelas estén atentos durante los 30 minutos que dura la santa Misa: ¡No hay forma! Atienden un cuarto de hora, y después entran las distracciones tan propias, tan características de los primeros años de la niñez.

He llegado a conseguir que estén perfectamente en silencio durante toda la Misa, pero estar en silencio no es atender. Estar en silencio es guardar una forma exterior perfectamente compatible con una algarabía de juegos y embobamientos interiores. Y eso es lo que pasa: que media Misa la oyen bien y a la otra media le hacen la ofrenda de un recogimiento de fachada, pero por dentro va toda la procesión de las intermi-

nables y dislocadas imaginaciones de los chiquillos.

Ahora se me ha ocurrido una idea y la he puesto en práctica. Vamos a ver si consigo la atención completa a la Misa.

Les he dicho:

—¿Vosotros sois ricos?

—No señó...

—Vuestros padres y vuestras madres, ¿están todos buenos?

—No señó. Argunos no están bueno.

—¿Vuestros padres ganan el jornal todos los días del año?

—No señó...

—¿Vamos, que hay alguna madre que llora porque el marido se emborracha por las tardes?

—Sí señó.

—¿Vamos, que algunos días no hay para hacer la compra en la plaza?

—Sí señó, no hay...

—¿A que algunos meses no se le puede pagar al casero?

—Sí señó, no se le puede pagá

—¿A que algunas veces hay enfermos en vuestras casas?

—Los hay.

¡Pobrecitas madres, lo que lloran, lo que luchan, lo que sufren... Pobres padres, lo que pasan en sus trabajos para dar a ustedes de comer.

Pues yo digo: después de alzar a Dios (que es cuando empiezan los embobamientos) ¿hay algo más natural que pedirle al Señor y a la Virgen por todas esas tristezas que tenemos en casa... Por todo lo que nos hace falta...

Los chiquillos todavía no están interesados... Pero les digo:

Yo creo que aquí, en la iglesia, la mitad de la Misa perdéis el tiempo porque estáis pensando en pamplinas.

Vamos a ver. Si a uno de ustedes... a ti, Rubio, te dijera un señorito en la confitería de la calle Concepción: ANDA, RUBIO, CÓMETE TODOS LOS DULCES QUE TE DÉ LA GANA, QUE YO TE LOS PAGO...

Y tú, Rubio, vieras allí, merengues retostaitos con lágrimas de miel, bizcochos borrachos, peras en dulce, pasteles como longuerones, que enseñan la crema por los dos lados, yemas de coco y de huevo...

Los chiquillos ponen una cara de atención extra y se rechupan el confite imaginativo.

Bueno, pues figurarse que el Rubio se entretuviera en contar los palos del techo y las losetas de la puerta de la calle en vez de meterle mano a los dulces... ¿Como dirían ustedes que era el Rubio?

¡Tonto perdío! gritan con rara unanimidad los chiquillos.

Pues claro, hombre, ¡TONTO PERDÍO!

Y yo digo que allí, en el Sagrario, hay un Señor que les convida a ustedes a salud para todos, a gloria para los abuelos, a pan para el año, a alegrías para las madres, a jornal para los padres, y a todo lo bueno que ustedes quieran...

¿Qué vale más, un dulce o que el padre no se emborrache? ¿Qué vale más, un merengue o que la madre no tenga tristeza? ¿Un pastel, o que el hermano se ponga bueno?

Los muchachos contestan lo que es de suponer.

¿Pues entonces, si después de alzar a Dios, que es cuando Dios ha venido al altar, no le piden ustedes por vuestras necesidades, por

las de la familia y por los bienhechores del colegio a quienes tantas cosas debéis, diré yo que sois vosotros... fijarse bien.

¡TONTOS... PERDÍOS!

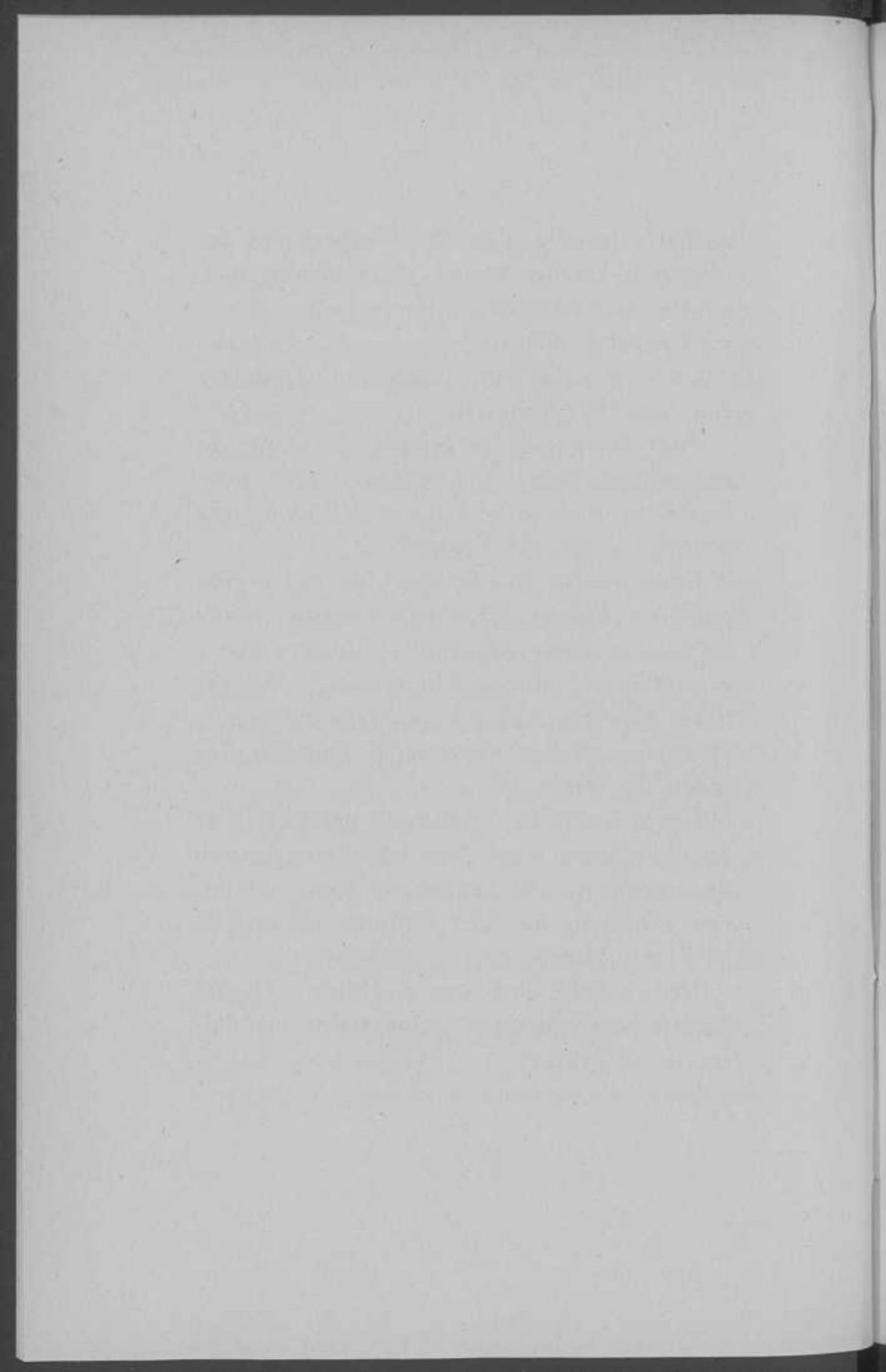
Un chico, con mucho interés: *¿Qué hay que rezá, D. Manuel?*

Pues piden ustedes primero las cosas de sus madres, padres y familias y rezáis muy bajito, de manera que no se les oiga, tres credos al Niño del Sagrario.

Luego piden ustedes por las cosas propias: ser buenos, tener ropa, abrigo, comida y salud y le rezan muy bajito tres salves a la Virgen Santísima Milagrosa. Y, por último, piden ustedes por nuestros colegios y rezan tres padres nuestros al Sagrado Corazón de Jesús.

Los niños lo han puesto en práctica, y se ha oído después de alzar un ligero susurro de oración que ha llenado de corazones puros y blancos los diez últimos minutos de la Santa Misa.

No me cabe duda que el Dulcero Divino dejará comer a estos niños todos los dulces de su gracia.



CAPITULO XVII

Comunión diaria o muy frecuente

Jesucristo es la luz, el amor, la libertad, la vida. Plena democracia, plena justicia, plena satisfacción de los deseos del espíritu. Consuelo de los pobres, de los afligidos, de los que están atribulados, cansados. Reparador eterno, ofrece al natural deseo que tiene el alma de eternidad, jardines inmortales de contemplación infinita. Los crepúsculos esplendentes, el mar, el cielo con todas las lámparas de la noche encendidas, las fiestas todas de la naturaleza, no dicen nada. El amor, las ideas, el sacrificio, las grandes cordilleras de la moralidad humana, las iluminaciones que produjeron las obras seculares en la ciencia, en las letras, en las artes, no dicen nada. Todo es pálido si queremos compararlo con la penetración

inefable de la esencia de Dios, que transporta, abrasa y diviniza al alma en un imperio de amor.

Tomad y comed, que este es mi cuerpo. El que come mi carne y bebe mi sangre, no morirá eternamente. Yo soy el buen pastor... Bienaventurado los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Los que lloran serán consolados; los que han hambre y sed de justicia serán hartos; los misericordiosos alcanzarán misericordia. ¡Que coman los hambrientos, que vistan los desnudos, que sepan los que ignoran; y vosotros, mis discípulos, ejercitaos en esos ministerios...!

Maestro, dulcísimo Maestro, quiero ser tuyo, estar contigo, vivir en tus viviendas, sentarme a tu mesa, reposar en tu pecho. Quiero besar tus pies para perfumar mis labios, quiero tocar tus vestiduras para divinizar mi tacto, quiero oírte para purificar mis oídos, quiero pensar contigo para que ardan mis ideas, quiero confundirme con tu propia esencia, quiero ser como Tú, quiero

que Tú seas parte de mi pobreza, de mi enfermedad, de mi flaqueza, de mi cuerpo miserable, de mi alma llena de cicatrices de pecados mortales... ¡quiero comulgar...!

¿Cuándo? ¡Siempre...!

Hermanos míos: ¡Siempre...!

¡Ah! Vosotros, maestros, que amáis a Cristo y no comulgáis siempre... ¿Qué razones tenéis? ¡Hablad...! Yo hablaré por vosotros, yo diré vuestras supuestas objeciones; yo diré las vuestras y diré las mías en contra. Yo entraré en vuestras escondidas, regalonas y cobardes indiferencias.

¡Las conozco muy bien! Son las mismas mías.

Yo no comulgo todos los días porque voy a perder el respeto debido al Sacramento por causa de familiaridad.

Esta proposición, que Jansenio no hubiera formulado mejor, es de muy mala índole, porque trata de separar a Cristo del alma, poniendo entre los dos una cuestión de etiqueta.

Decir eso es lo mismo que afirmar que,

porque yo bese la frente de mi madre todos los días, le voy a perder el respeto.

Decir eso es casi afirmar que los sacerdotes y las personas piadosas que comulgan todos los días lo hacen sin respeto.

¿Se entiende por respeto estar encogido, asustado, cohibido ante el Augusto Tabernáculo? Pues entonces bendita comunión diaria que va a hacer desaparecer ese menguado respeto. ¿Es respeto estar tranquilo, sumiso, afectuoso y enamorado? Pues bendita comunión diaria que quita rigidez y da dulzura, quita etiqueta y da confianza, quita cumplidos y da cumplimientos de tierno y afectuoso homenaje.

Además, comulgar es amar, y la facultad de amar, como todas las facultades, mientras más se mueve, más se agranda.

Estoy muy ocupado y por eso no comulgo más que dos veces en la semana.

¡Cuántas veces me han dicho esto católicos buenísimos!

Yo les pregunto: ¿A qué hora se levanta usted todos los días, poco más o menos?

¿A qué hora se levanta usted los días que comulga?

Y es una de estas dos cosas: O se levanta siempre a la misma hora, en cuyo caso no se comprende la objeción, o se levanta esos días un poquito más temprano, y entonces no se comprende por qué no hace todos los días lo mismo.

En este caso, entre Cristo y el alma anda el demonio de la pereza.

No comulgo todos los días porque necesitaría confesar todos los días.

¡Mejor, con eso ganará usted las gracias de la confesión!

¿Tiene usted tan arraigada la costumbre de pecar gravemente que necesita confesar todos los días?

En primer lugar, que quizás no sean tan graves esos pecados cotidianos de que tiene usted que acusarse, y en otra consideración, que aunque fueran graves, tenga presente que mientras más distante está usted de la confesión, más lejos de la gracia y de la limpieza de alma ha de encontrarse, y

que, por el contrario, mientras más confiese en ese estado, más se acobardará el enemigo, y más se irá usted desprendiendo de la fragilidad del pecar grave cotidiano.

Al principio confesará usted todos los días; luego un día sí y otro no; luego dos veces en semana, y últimamente, ¿quién sabe?

La confesión desde este punto de vista, es como la marea que crece: que las olas suben y bajan a cada momento, pero la totalidad de la marea, crece.

Últimamente. ¿Para qué se lava la cara todos los días? ¿Para qué limpia el maquinista las piezas de su maquinaria todos los días? ¿Para qué muda V. sus cuellos, sus camisas, etc.?

Pues no sé entonces por qué no ha de limpiar V. su alma cuando esté sucia, aunque sea preciso hacerlo todos los días.

En este caso entre Cristo y el alma anda el demonio de la suciedad.

Yo no comulgo todos los días porque me faltan la paz y la tranquilidad necesarias para hacerlo bien y hasta que no las tenga, no lo haré.

Los hombres sesudos que viven de hecho en la penumbra de la fe, porque tienen la mitad del cuerpo en la luz de Cristo, y la otra mitad en la oscuridad de la vida pagana, asienten gustosos a esta objeción.

No hay nada sin embargo más falso. Yo les digo: Habéis equivocado los caminos. No queréis ir a comulgar todos los días porque os faltan la paz y la tranquilidad necesarias. ¿Dónde esperáis encontrarlas? ¿En el mundo? ¿En los negocios? ¿En las discusiones de la vida? ¿En sus falsos placeres? ¿En sus verdaderos dolores? ¡Ah! pobres ignorantes...! ¿No sabéis que tiene el Sagrario el monopolio de la paz y la tranquilidad? ¿Cómo es que esperáis tener la paz venida de afuera para comulgar todos los días, si sólo comulgando todos los días es como encontraréis la paz?

Es lo mismo que el enfermo que espera ponerse bueno para tomar las medicinas.

Habéis de saber que Cristo en el Sacramento no es manjar para ángeles sino para hombres, es decir, para enfermos, a quienes falta la salud de la paz y la tranquili-

dad: es la sagrada comunión medicina, medicina y medicina.

En la objeción que hemos refutado está interpuesto, entre Cristo y el alma, el demonio de la confusión.

Yo no comulgo todos los días porque no hace falta comulgar tanto; eso son exageraciones.

Yo les pregunto a éstos: ¿Dónde está el aparato regulador de la necesidad de comer? En uno mismo, porque el hambre avisa. Perfectamente.

¿Dónde está el aparato regulador de la necesidad de comulgar? ¿No lo sabe usted? Pues oiga. Está en uno mismo porque el alma avisa. Avisa que el demonio, el mundo y la carne no dejan un solo día, una sola hora, un solo momento de atacarla, de asediarla, de oprimirla. ¿Es esto cierto? Cierto. Pues sigamos. ¿Cuál es el arma fuerte, poderosa, imprescindible, de que ha de valerse el alma para combatir contra sus enemigos mortales? Cristo y únicamente Cristo. ¿Y la Eucaristía qué es? Cristo y úni-

camente Cristo. Luego si el enemigo nos combate siempre, nosotros para defendernos hemos de comulgar todos los días.

Decid al mundo, al demonio y a la carne que me dejen tranquilo, y entonces dejaré de comulgar todos los días a Cristo como medicina, a Cristo como arma de defensa; pero si no lo comulgara entonces así, lo comulgaría siempre, todos los días, como al objeto de mis más puros amores, como al objeto de las ansias de mi corazón.

Luego, si a V. le parece exagerado comulgar todos los días, me permitirá que deduzca de su proposición estas dos consecuencias.

1.^a Su alma se queda sin defensa.

2.^a Su alma no siente ardientes ansias de poseer a Jesús en el Sacramento.

En ese caso que acabamos de ver, se ha interpuesto entre Cristo y el alma el demonio del abandono y del desamor.

Yo no comulgo todos los días porque tendría que cambiar algo mis costumbres.

Contestación al canto: Si las costumbres de V. son buenas, no tiene necesidad de

cambiarlas, y si son malas, V. no vive en ley de Dios. Comulgue V., pues, todos los días para arreglar sus costumbres a la ley de Dios.

Al través de esa proposición, se ve claramente que anda metido el demonio de la sensualidad entre el alma y Cristo.

Yo no comulgo todos los días porque conozco a muchos que lo hacen y no mejoran.

¡Y no mejoran! ¿Qué sabe V. de eso? ¿Quién es capaz de medir lo que progresa un alma? ¿Quién se mete en el misterio de las almas para ver lo que éstas progresan en el misterio de Dios? ¿Quién está dentro de nadie? ¿Quién es tan loco que hable de eso?

Mire V., yo tenía muchos niños en una escuela de pobres, y esos niños injuriaban, maldecían, hurtaban, eran crueles, y, horro-
rícese V., blasfemaban; es verdad, que sin saber lo que decían.

Pues un día y otro día, un mes y otro mes, se les instruye en Cristo y se les mete

el Sagrado Corazón poquito a poco en el alma. Una dichosa mañanita hacen su primera comunión. Estos niños han empezado a cambiar. Vienen luego las comuniones quincenales, luego las semanales, y últimamente las diarias. ¡Hijos míos, *que no mejoráis...*! ¡Que venga ese señor del argumento para que vea el milagro que ha hecho el Sacramento del Amor con vosotros en la comunión diaria...! ¿No erais golfos? ¿No sois ángeles?

¡Ah! ¡Entre el alma y Cristo se ha puesto ahora el demonio de la desconfianza...!

Yo no comulgo todos los días porque la Iglesia manda comulgar por Pascua Florida.

Que la Iglesia mande comulgar por Pascua Florida no significa que no quiera que se comulgue todos los días. La Iglesia ha puesto un límite a la negligencia de los católicos, exigiendo sólo la comunión pascual, como el máximo de su condescendencia en este punto, pero alegrándose de todo corazón que los fieles comulguen con frecuencia, como lo ha expresado siempre, y

muy especialmente con las disposiciones del Pontífice de la Eucaristía Pío X.

Y véase cómo la historia ha comprobado las verdades formuladas por nosotros en alguno de los argumentos anteriores. Hemos dicho: a más ataques de los enemigos, más necesidad de la defensa, más necesidad de comulgar.

En efecto: en los siglos primeros de la Iglesia, siempre martirizada, y casi siempre oculta, los fieles comulgaban todos los días. Llega el momento de la dominación de las ideas cristianas en la vida social, y teniendo los católicos entonces menos enemigos, menos luchas, menos necesidad del valor, descuidan el uso de los sacramentos y la Iglesia pone un límite a sus descuidos, exigiendo el cumplimiento Pascual. Vienen los días nuevos: la revolución triunfa, el satanismo impera, el paganismo desenfrenado corre por todos los caminos de la vida, y en pleno régimen de persecución, la Iglesia habla una palabra de aliento, y conociendo la fuerza y la obstinación demoníaca de nuestros enemigos dice por boca de Pío X: Hijos míos, comulgad para resistir,

para vencer, para amar mientras más mejor; y no sólo los hombres, sino también los niños, que ya que hay tanto niño laico que blasfema de Cristo, comulguen los niños de Cristo para exaltar la gloria de Dios.

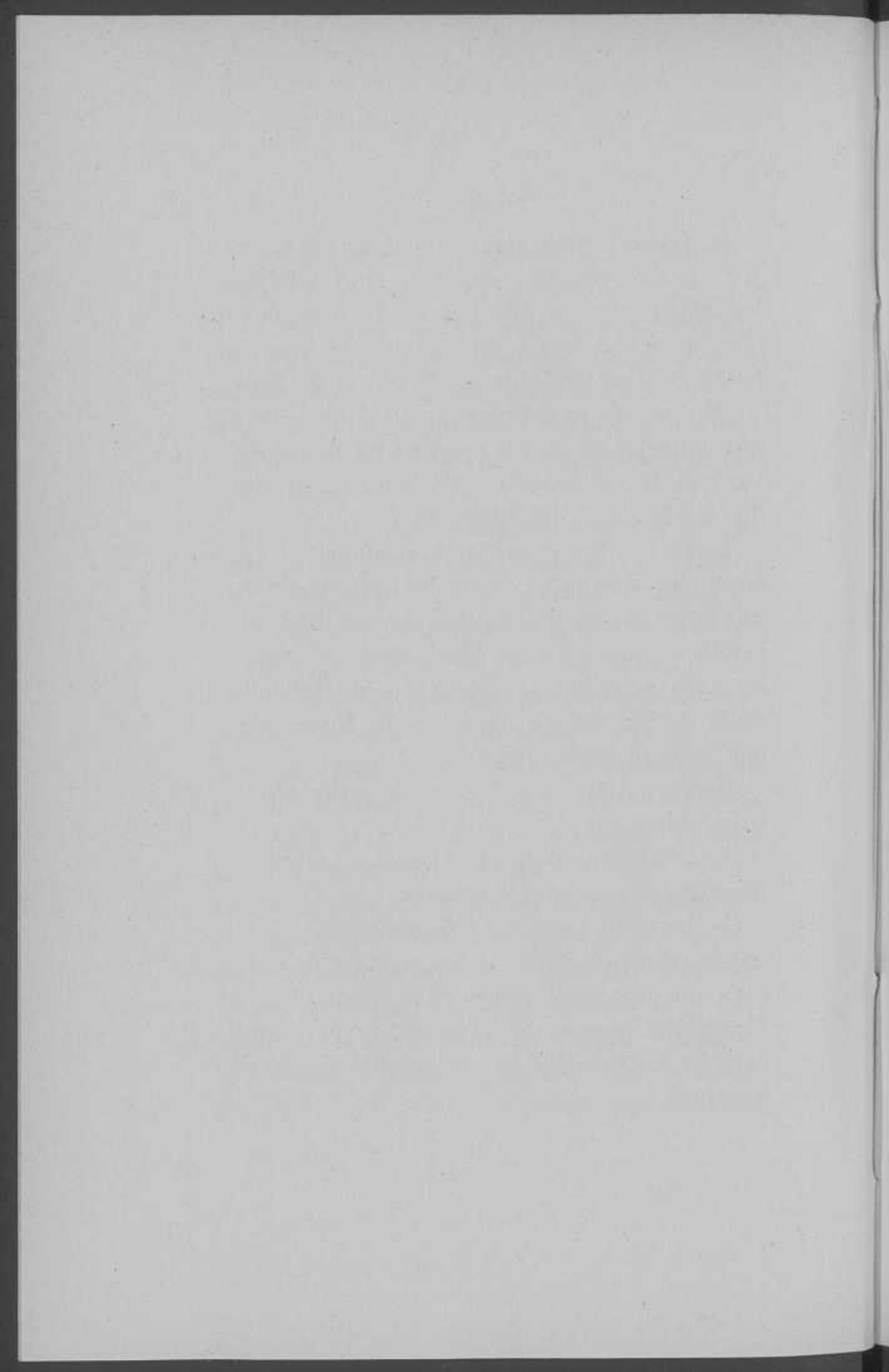
Claramente se observa en ese último caso, que entre el alma y Cristo se ha interpuesto, con la proposición que hemos combatido, el demonio del fariseísmo.

Tales son los principales argumentos que contra la comunión diaria he encontrado en mi propaganda por la misma, en boca de católicos que parecen obstinados en cerrar los ojos a la luz y el corazón al franco y dulce cariño del de Jesús en la Eucaristía, que está diciendo siempre:

Venid y comed que Yo soy la resurrección y la vida.

A mis hermanos los maestros católicos ofrezco estas consideraciones.

Se hicieron para el Congreso Eucarístico de Madrid; pero no importa: ahí están para que meditéis sobre ellas, para que os familiaricéis con sus especies, y para que pongáis en práctica lo que se deduce de su lectura.



CAPITULO XVIII

Meditación patria

El dulce nombre de España llegó por primera vez a mis oídos cuando los brazos y los besos de mi madre eran mi cuna y mi calor. Yo amaba a España cuando niño por que amarla era tener pegada la vida a los amores primarios del corazón: hogar de los padres, dulzura de los hermanos, juegos de los amiguitos, caballo de cartón para cabalgar por mi calle, tamboril de feria para llenar mi casa de ruidosa alegría, campana de la torre que repica a gloria, mi campiña, mis paisanos y mi pueblo, fueron para mí como el embrión de la gran idea, como el principio de la España que vivía en mi pensamiento de niño.

Pero fué creciendo en el alma la idea de la patria, porque me llevaron a la escuela y

un anciano maestro hombre de corazón, me enseñó que no sólo había en el mundo mi pueblo, sino que había otras muchas ciudades hermanas nacidas en el mismo solar; y sobre un mapa que tenía la hechura de una piel de toro extendida dejó caer el maestro sus manos pálidas y dijo emocionado: Esta es España, hijos míos. Y los niños marchamos con los ojos y con la mente hasta el mar de Cantabria, al mar del Levante, al mar del Sur y al formidable Atlántico.

Más tarde siguió creciendo España en mi corazón cuando los libros del Instituto y las investigaciones de la Universidad me mostraron el tesoro ideólogo de nuestros grandes reyes, de nuestros guerreros, artistas, escritores, poetas, pensadores y santos.

Pero todavía no estaba la patria completa en mí; había que hacerla florecer en la ventana de mi novia, en la fecundidad de mi hogar, y en la noble ambición de los negocios.

¿Faltaba algo? ¡Ah!, sí; faltaba mucho. Faltaba poner las ideas, las manos y el corazón en asuntos que no fueran el propio interés, ni los santos egoísmos de la vida.

Faltaba saltar la barrera de mis conveniencias y sacrificarse de algún modo por el prógimo... Dios quiso que se debatiera mi vida en la lucha por las escuelas de los niños pobres y en la creación de maestros cultos, dignos patriotas y cristianos para ayudar a la regeneración del pueblo, y fué entonces cuando sentí como nunca y en toda su integridad el amor bendito de España.

La patria se parece a Dios, en que devuelve con fineza todos los amores que se le ofrecen; pero sólo paga con el máximun de sus emociones a los que se sacrificaron por los demás. Sólo entonces convida ella con el río de miel de sus amores encendidos...

Veintitrés años tienen mis andanzas por las escuelas.

Gracias a Dios, porque los niños pobres me comunicaron sus dos cualidades: me han hecho más pobre pero me han hecho más niño. ¡Modesto sacrificio, qué bien pagado estás! ¡Qué recompensa tan grande! Porque es verdad que no he reunido bienes materiales, pero en cambio no me faltan nunca en mi corazón y en mi hogar unas gotas de

miel rica y perfumada de las colmenas de mi patria...

Esta integración sucesiva del amor de España en nuestros corazones y este culminar de la idea sólo cuando nos ponemos en el plan de las sinceras abnegaciones, fué un fenómeno que se operó también en la misma España con respecto a su significación en el mundo.

Este fenómeno de España lo he visto yo con mis propios ojos, porque en plena madurez de mi juventud pasé el mar, fuí al nuevo continente y vi que aquellos hombres hablaban como yo, rezaban como yo rezo, se llamaban con nuestros nombres y la anatomía de sus cuerpos y de sus almas era la nuestra también.

¡Ah!, estábamos allí; no hay duda de que éramos nosotros mismos injertados en la tierra nueva! ¡Dios mío, que lejos había ido el águila real de la raza a poner su nido y a criar sus polluelos!

Pude ver prácticamente que el límite de la habitación de aquellos hombres era un mar, el Pacífico; me acordé de mi viejo maestro y le rectifiqué con cariño: no, España no li-

mita al poniente con el Atlántico, el Atlántico es un mar nuestro que nosotros domesticamos y civilizamos rompiendo sobre las crestas de sus olas la leyenda milenaria de su impenetrabilidad, y las tierras que estaban más allá del Atlántico eran nuestras también, con señorío espiritual y eterno; por eso el límite de España por poniente no es el Atlántico, es el Pacífico.

Es decir, que cuando España era la piel de toro de la lección de mi maestro, cuando la patria era el viejo solar y puso todas sus facultades en una dirección constructiva para formarse, para ser, para vivir, tuvo la grandeza corriente de todos los pueblos; pero cuando se siente llena de la vida de la raza y palpitan en su vientre barruntos de la fecundidad de América, para multiplicarse y reproducirse se lanza a la formidable empresa descubridora y luego a la más formidable de redimir la carne y el espíritu de aquellas razas inferiores. Esto es, cuando dejó de trabajar para los santos egoísmos de la conservación, y se volcó entera en el mar y en el mundo descubierto por ella, Dios se hizo socio con España en

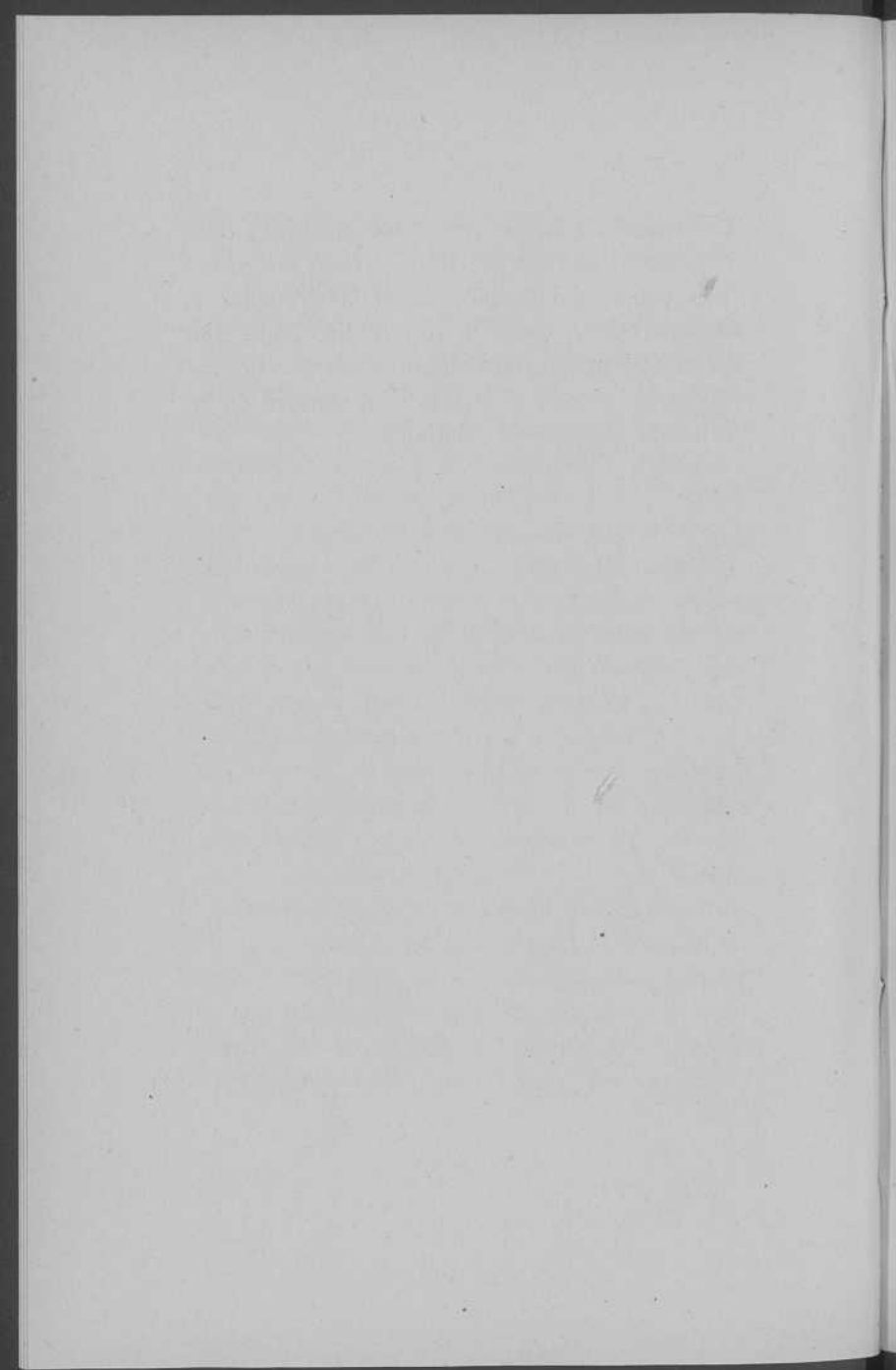
la obra de dilatar sus dominios y acumuló en su corazón el tesoro de amores propios de la maternidad de un mundo.

Por eso, porque España es tan buena, tan abnegada, tan civilizadora, porque es invariablemente generosa con los que le aman, debemos nosotros en el retiro santo del pensamiento ofrecerle nuestra vida y esta sangre que golpea en las arterias y en el corazón. Después de todo no hacemos más que ofrecerle lo suyo porque mis huesos se formaron con la arcilla y con la cal de la tierra de España; mi sangre es agua de sus ríos y sus fuentes, y mi alma es como una nave que va hacia Dios cargada con la mercancía del pensamiento de la patria.

Por eso, si España exige que yo me hunda con mi nave en el mar de su sacrificio, me hundiré, porque muriendo así no me espera el abismo tenebroso del mar, sino el trono resplandeciente del sol de los honores.

Eso debemos ofrecer a nuestra España en la muerte; pero en la vida debemos formar el propósito firmísimo de que nuestra conducta sea un reflejo del escudo de la patria y así hemos de procurar ser bravos, como

los leones; fuertes, como los castillos; rectos, como las barras; libres, como las cadenas rotas; del pueblo, como la granada, y aristocráticos, como la flor de lis. Todo ello presidido por la corona de nuestras convicciones, y corona y escudo a la sombra de la cruz de nuestra fe cristiana.



CAPITULO XIX

Amar la patria

Vamos a ver, hijo: ¿Tú quieres a tu padre y a tu madre?

¡Figúrese usted...!

¿Y a tus parientes?

Sí, señó.

También querrás tu casa y tu calle y tu barrio. ¿No?

¡Ya lo creo!

¿A qué pueblo quieres tú más que a ninguno?

A Huelva.

Yo te traigo ahora mismo a un hombre que habla inglés y a otro que habla español.

¿Cuál te gusta más, a quién quieres más?

¡Pues, mire usted que la pregunta...! Al que habla español D. Manuel, al español!

¿Y si yo te digo: aquí tienes un hombre que no cree en Nuestro Señor Jesucristo, sino que cree en Mahoma, o en otra cosa cualquiera, o no cree en nada... ¿A quién le tendrás tú más querer?

Pues bien claro está, que tengo que querer más que a ninguno al que cree lo mismo que yo. Al que, como yo, cree en el Señor.

¿Por quién sientes tú más inclinación, por los abuelos de un niño inglés o por los tuyos...?

¡Don Manuel!, ¿usté está de broma?

¿Qué te gustan más, las cosas que hicieron en el mundo los franceses o los españoles?

Los españoles, los españoles y los españoles.

Y para el porvenir, ¿cuál te gustaría a ti que fuera mejor, Alemania o España?

España, España y España.

¿Tú sabes cómo se llaman todos esos cariños juntos?

¡Lo sé, pero no caigo...!

Eso se llama Patria.

Entonse, D. Manuel, ¿queré toas las cosas de Huelva es queré a la Patria?

Exacto.

¿Y querer al huerto del Colegio?

¡Claro! Y a la plaza de las Monjas, y al Muelle, y a la Concepción, y a San Pedro...

Entonces, yo quiero a la Patria una barbaridá.

Pues hijo, hay mucha gente que ha dado ahora en decir que eso de la Patria es una antigualla, una cosa inferior.

Escuche usted, D. Manuel, ¿y por qué no los meten en la carse...?

Ven acá, dame un abrazo, otro y otro. ¿Me prometes que siempre, toda tu vida, harás esa misma pregunta?

¡Sí, señor!

Don Manuel, ¿y los sordaos?

Verás, hijo: pero no, tú no, el gran Paquito; veamos lo que el gran Paquito me dice de los soldados...

(Paquito tiene ocho años. Sonriente y moviendo acompasadamente los brazos): Los soldados son unos hombres vestidos de... soldados.

(Uno de diez años. Riéndose): Esa es una verdad de Pero-Grullo.

Pues vamos a ver tú...

Los sordaos son... son...

¡Ay, que no lo sabe!

Sí, Don Manuel, lo sé. Tienen bayoneta, y botones de metá y una gorra de hule, y un fusí y el que manda más que túos va a caballo, y pelean con los moro...

(Y ahora digo yo que vengan esos maestros que dicen: *El ejército es una institución armada cuya misión es la salvaguardia del honor y de la integridad de la Patria*. Y si hay un solo alumno que entienda eso, que lo declaren inmediatamente *niño prodigio*.)

Vamos a oír con atención: Un padre ya anciano tiene muchos hijos. Viven todos juntos en una hacienda. Allí niños, allí mujeres, allí ganados, dinero, una iglesia y todo lo que hace falta en la vida. Una noche el viejo se levanta y va dando con su báculo en las puertas de las distintas casas de la hacienda donde viven sus hijos y dice: *Hijo mío, arriba, que el guarda me ha dicho que estamos rodeados de gentes extrañas que vienen a apoderarse de la tierra y de nosotros*.

Los hijos se levantan todos con armas en las manos y van a pelear. El padre, como es tan viejecito, no puede ir, pero les di-

ce al marchar: *Tomad esta tela de colores, que la heredé de los abuelos. Esa, representa no solamente a ustedes, sino a todos los que no podemos ir con vosotros... ¡Honradla, hijos míos!*

Los hijos pelean valerosamente y los enemigos son derrotados... La hacienda, el padre, los niños, las mujeres, los bienes, la familia y la iglesia se han salvado.

A ver, el de los moros: ¿Quiénes son los soldados?

Los sordaos son los hijos.

¿Y la tela de colores qué es, Paquito?

La tela de colores es la bandera. La de España es amariya y colorá.

¡Muy bien!

Otro, tú... ¿Quién es la Patria?

La patria es la iglesia, el padre, la madre, los hijos, la finca y tó...

¿Pues a que no saben ustedes lo que se estila ahora? ¿No caen? Pues hay mucha gente pidiendo por ahí que no haya soldados.

(El sentido común habla por boca de un niño de nueve años y dice): *¡Qué bárbaros...!*

(Otro): *Entonces, ¿cómo se va a defender la Patria?*

(Once años): *Para que no haya soldaos es menesté que no haya gente extraña y mala.*

Consecuencia que yo saco de esta última proposición de un niño: *Luego la lógica manda que se suprima la gente mala y luego los soldados.*

Razonando con los niños, se pega la frescura agradable de ellos, y concluye uno por ver claro, que se ha producido tanto alcohol en el mundo, que no sólo se han emborrachado los cuerpos, sino que es muchísimo mayor la borrachera de las ideas. *¡Dios proteja a nuestra España! ¡Maestros de escuelas, en vosotros está la ruina o la prosperidad de la Patria! ¡Podéis ser unos grandes patricios, podéis ser unos grandes criminales! Elegid.*

Sensibilizada la idea de la patria, hay que cultivar en los niños ese hermoso sentimiento.

1.º Pintando en la clase, en la pared, la bandera de la patria y saludándola con respeto.

2.º Leyendo, en vez de las pamplinas que suelen verse en los *libros de lectura*, victorias de nuestro ejército, sacrificios de nuestros santos, bondades de nuestros reyes y gobernantes que hayan sido buenos, descubrimientos de nuestros hombres de ciencia, sabiduría de nuestros pensadores, bellezas literarias de nuestros grandes escritores y bellezas plásticas de nuestros grandes pintores, escultores y arquitectos.

3.º Celebrando los días de fiestas patrióticas.

4.º Asistiendo a las conmemoraciones dignas.

5.º Inculcándoles el amor a la lengua española.

6.º Aficionándoles al culto del ejército.

7.º Cultivando en sus almas el gusto del progreso sano y el gusto de las tradiciones.

8.º Guiándoles para que cumplan sus obligaciones de cristianos. La patria española, sin Cristo, es una concepción modernista, de tal carácter que, si una vez se realizara, ¡tendríamos que oír! ¡tendríamos que ver!

.....
.....

La historia de España debe ser la demostración de la Patria vivida en el pasado. Los niños deben conocer algo la historia, pero ese algo debe ser conocido no sólo en un aspecto, sino en la vida integral de la Patria. Todavía corren por ahí libros de historia de España que son una vergüenza para la mentalidad de los centros que los permiten.

En el suelo de un gran patio tengo yo un contorno de mapa de la península ibérica, de grandes dimensiones. Caben dentro de ese mapa 50 ó 60 muchachos moviéndose desahogadamente.

Diez, doce, catorce muchachos van a hacer de Iberos.

¿Quiénes sois?

Los Iberos.

¿De donde vienen?

Del Asia.

¿Qué color tienen?

Blanco.

¿Qué religión?

Adoramos los astros y los animales.

(Se les hace entrar por el sitio de la península que corresponde a la entrada de los

Iberos y se les coloca en los sitios de la península que ellos ocuparon).

A los demás niños presentes se advierte que los nombres *Iberia* y *Ebro* vienen de aquí.

Diez o doce muchachos van a hacer de Celtas.

¿Quiénes sois?

Los Celtas.

¿De dónde vienen?

Del Asia.

¿Qué color?

Blanco.

¿Religión?

Adoramos los astros y los animales.

Se les hace entrar en el mapa y colocar en los sitios de los Celtas.

Dirigiéndome a Iberos y Celtas: *¿Os conocéis?*

Sí, señor.

¿Cómo sois?

Iguales.

Entonces, ¿por qué no se mezclan ustedes...?

(Iberos y Celtas se abrazan y se confunden.)

Yo digo: ¡Que se vayan los Celtas...!

Los Celtas.—No podemos.

Yo.—¿Por qué?

Celtas.—Porque estamos unidos.

Yo.—¿Entonces sois un pueblo nuevo?

Iberos y Celtas.—Sí, señor. Somos el pueblo Celtíbero.

Yo.—Quiero ver qué ciudades principales han fundado.

Un chico.—Gerona (se pone en el sitio que corresponde en el mapa a Gerona).

Otro.—Tarragona... (íd., íd.)

Luego se hace notar a toda la clase que por el hecho de ser españoles, debemos tener alguna sangre celtíbera.

OTRA LECCION

Allá por el siglo X antes de Jesucristo, llegaron a nuestras playas andaluzas unos hombres muy feos, ni blancos ni amarillos, es decir, oscuros de piel; antipáticos y de una raza distinta de la celtíbera. Los fenicios.

Estos hombres sabían mucho, pero eran muy embusteros.

Vió un día uno de aquellos fenicios a una abuela nuestra, blanca, guapísima, y dijo: “¡Valiente mujer...!” Empezó a pretenderla, y, por fin, se declaró a ella, porque ya sabía algo el idioma de los españoles. Nuestra abuela le dió unas calabazas estrepitosas.

(Los niños ríen y están encantados. La atención ha llegado al máximun.)

El fenicio empezó entonces a regalarle cositas, a ver si la podía enamorar. Le regaló un cántaro con *aceite*, un cesto con *carne salada*, unas *monedas*, un *libro* y... ¡calabazas!

El hombre de otro color, para congraciarse con un hermano de su pretendida, le enseñó a *navegar* y a sacar los *minerales* de las minas; y, creyendo que todo se iba a arreglar según su deseo, le presentó un día a nuestra abuela un preciosísimo traje de *púrpura*, que él había teñido con sus propias manos.

La abuela se aprovechó de todas estas cosas, pero no se enamoró de él, y le dijo que la dejara tranquila, porque ella no lo quería. Esto mismo contestaron todas las mu-

jeros celtíberas a los fenicios que las pretendieron.

Vamos a ver. ¿Sabe alguno de vosotros a quién representan esas abuelas?

—Sí, *señó*—dice uno—. Esas abuelas son España.

—¡Muy bien! Y esos regalitos que le hizo el fenicio son los principales elementos de civilización que nos dejaron aquellos hombres...

Ahora veamos si tú me contestas:

—¿Tienes sangre fenicia?

—No, *señó*, D. Manué.

—¿Por qué?

—Pues, porque las abuelas no quisieron casarse con ellos...

* * *

—Pues, señor; que un día del siglo VII empezaron a desembarcar por Levante unos hombres blancos, que venían de las islas de Grecia. Eran fuertes, guapos, elegantes. Eran muy simpaticones los griegos.

Cuando estuvieron aquí algunos años y ya hablaban alguna cosa de lo nuestro, y nos

otros algo de lo suyo, un capitán vió a una celtíbera preciosísima, y se enamoró de ella.

Va, ¿y qué hace? Pues le da una serenata con una *lira*. A nuestra abuela le encantó aquello.

Luego se trataron mucho, y el griego le hizo un *retrato*; después, una *estatua* de mármol muy bonita, y unos *versos*, que eran una preciosidad.

La abuela estaba deseando que él le dijera *algo*, y va el griego y *se lo dijo*... Se casaron. Cuando ya estaban casados, le hizo un *palacio*. Tuvieron la mar de chiquillos...

¿Quién es capaz de explicar lo que quiere decir esto?

—Pues, mire *usté*, *D. Manué*; eso quiere *decí* que los griegos dejaron aquí las artes.

—Exacto, porque la serenata quiere decir música; el retrato, pintura; la estatua, escultura; los versos, poesía, y el palacio, arquitectura.

Vamos a ver, tú mismo: ¿Tendrás tú sangre griega?

—Sí, *señó*.

—¿Por qué?

—Porque nuestras abuelas se casaron con los griegos.

—¡Perfectamente!

* * *

Vamos a otro pueblo.

Vinieron los cartagineses en el siglo V, antes de Jesucristo. Eran fenicios recriados en Africa. Nuestras abuelas les dieron las mismas calabazas. La diferencia entre unos y otros está en que los fenicios se valían de la dulzura y el engaño para vendernos sus mercancías, y a los cartagineses se les puede representar con mercancías que vender en una mano, y en la otra una espada para imponer la venta. ¡Muy antipáticos! Gracias a Dios, no tenemos ni gota de sangre de ellos...

* * *

Corría el siglo III, antes de la Era Cristiana, cuando vinieron aquí los romanos. Blancos, fuertes, ágiles y buenos mozos; fueron repugnantes al principio a las abue-

las celtíberas, porque, aunque traían mucha cultura y civilización, la imponían a la fuerza, y para eso de las imposiciones fueron siempre los españoles muy duros de pelar.

Las abuelas les dieron, al principio, calabazas; pero cuando se convencieron de que las espadas puestas al servicio del progreso no son malas, sino muy buenas, consintieron la amistad de estos hombres, y se casaron con ellos, formando un solo pueblo: el hispanorromano. No tenía más remedio que suceder así, porque sabían conquistar los corazones: vestían con brillantez y elegancia, jugaban en el circo como nadie, peleaban como ellos solos, y, aunque eran dominadores, las leyes que ellos dieron a España eran buenas. Municipios, colonias, caminos, puentes, aguas, baños, artes, circos, iban dejando por todas partes. Nuestras abuelas llegaron a quererlos de veras. Todos nosotros tenemos una cantidad grande de sangre romana.

Con la lengua que estos hombres trajeron a España se formó luego más de la mitad del idioma castellano y en aquella lengua,

que era el latín, nos enseñaron, en el siglo I de la Era Cristiana, las primeras lecciones del Evangelio de Jesucristo.

Y fué, mis queridos alumnos, tan grande la fusión del alma de España con el alma de Roma, que nos unimos con los romanos más que los otros pueblos que hoy forman la raza latina: más que Francia, más que Grecia, y os vais a asombrar cuando os diga que más que la misma Italia; porque si hubo parte de aquella Península en que la fusión con Roma fué absoluta, en cambio en muchas otras regiones italianas el enlace fué inferior al tipo medio de la identificación hispanorromana.

En el siglo III de Jesucristo, los españoles se quejaban en latín, pelaban la pava con las novias en latín, hacían sus contratos en latín y rezaban en latín. Eran latinos hasta la medula de los huesos...

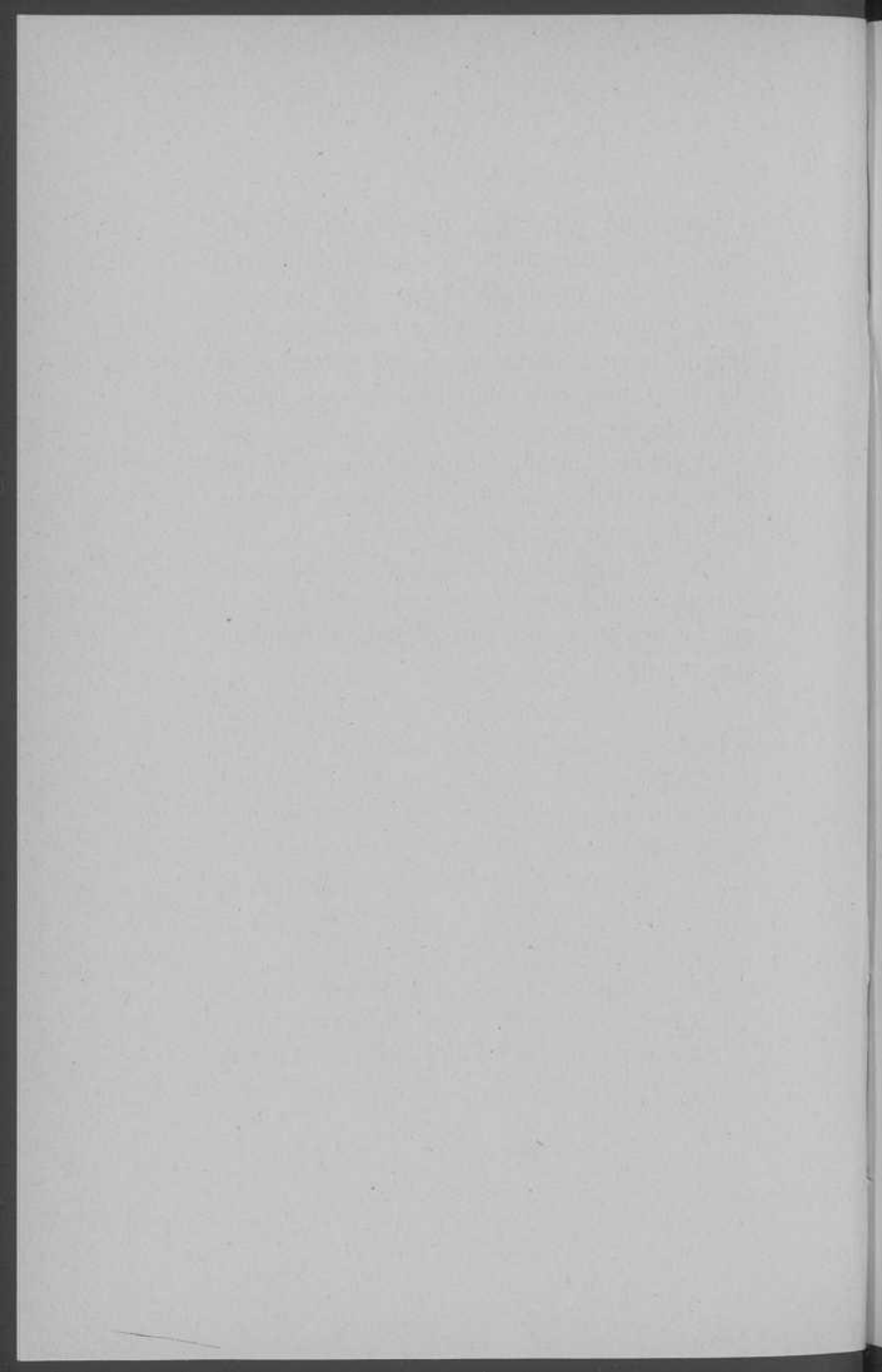
* * *

Los chicos han oído estas lecciones con tal interés, que conmovieron al ilustre pedagogo Sr. Villa Tejederas, asistente a la clase.

Para que los niños puedan digerir las ciencias de los hombres hay que infantilizar éstas. ¿No se puede hacer eso? Pues son inútiles entonces todos los esfuerzos. ¿Aniñáis la lección? Pues los niños entrarán en ella sin fatiga, con una sonrisa en los labios y la alegría en el alma.

El simple sentido común es tan rico, que posee los elementos necesarios para resolver hasta los más graves problemas.

Con un poco de sentido común, una dosis adecuada de buena fe y una ración de la gracia de Dios, no hay dificultad humana que resista.



CAPITULO XX

Otra lección de Historia

Los niños han hecho un gráfico de la Reconquista española, y después de moverse en círculos representativos de León, Castilla, Navarra, Aragón, Cataluña, Portugal y los arabes, se han ido mezclando en sencillas evoluciones hasta formar el gran círculo de la patria española.

Dios quería la unidad de España. Los hombres y la política estorbaron muchas veces, durante la Reconquista, los designios de Dios; pero, al fin y al cabo, la unidad venció. No tenía más remedio que ser así. Cada hombre es libre individualmente de hacer lo que le da la gana. Yo hago todos los días lo que quiero. En los días mandamos los hombres. En los siglos manda únicamente Dios. Por eso puede decirse que Dios

es el timonel de los siglos. Cada siglo es como un gran barco. Todos los individuos que van dentro hacen libremente lo que quieren. En la dirección del barco sólo rige el timonel. El timonel de los siglos es Dios.

Dios tenía el designio de formar con España una patria sin igual, para hacer con ella cosas que las gentes nunca vieron ni soñaron; y la gran patria quedó virtualmente formada el año jubiloso de la conquista de Granada. Y como si la Historia tuviera prisa, en aquel mismo año se lanza España a los mares, lucha con ellos, se hunde en el misterio tenebroso de lo desconocido, y en la madrugada del 12 de octubre, día príncipe en la historia universal, los españoles, con los ojos aún adormilados, sorprenden la prodigiosa tierra y completan la unidad geográfica del globo. No cabe duda, le digo a los niños, que hemos sido los españoles escultores de mundos...

Pero con ser tan grande el Descubrimiento, aún es más grande y sublime la conquista y civilización de América. América pudo ser descubierta por cualquier pueblo navegante que hubiera vivido el sacrificio in-

menso que dura desde el 3 de agosto al 12 de octubre. En cambio, no pudo ser colonizada ni civilizada, como lo fué, más que por un solo pueblo de la tierra: por España.

Dios había preparado admirablemente esta herramienta española para su trabajo americano. La tuvo ocho siglos en la fragua de la Reconquista, acerada y endurecida, en la lucha inacabable con los moros. La tuvo ocho siglos en la fragua de la fe, ardiendo en sacrificios y generosidades hasta convertirla en la austera y formidable raza creadora.

Para esto preparaba Dios esta gran patria: para realizar con ella un prodigio nunca visto en el mundo, que es el siguiente: las mujeres americanas, cobrizas, mal olientes, de pelo ensortijado, frente estrecha, ojos torcidos y nariz ganchosa, eran feas y repugnantes. ¿Quién había de realizar el sacrificio de unirse a esas mujeres? Porque los griegos no se mezclaron con los pueblos inferiores; y los romanos, si se casaron con las galas y las españolas, fué sencillamente porque eran tan guapas o más guapas que las romanas mismas. De los imperios mo-

ernos, ¿para qué vamos a hablar? Que alcen el dedo los anglo-indios, los anglo-africanos, los anglo-americanos. ¿Dónde están? No existen. La gran nación inglesa admirable en otros aspectos de la vida, en éste punto tiene que callar.

Se me dirá que los anglo-americanos pueblan toda la zona templada de la América del Norte. Esos no son anglo-americanos: éstos son ingleses que viven allí desde hace siglos. Yo no me refiero a éstos: yo pido que se presenten los ingleses cruzados con indígenas... ¿dónde están?

¿Y los españoles...? ¡Ah!, los españoles que fueron a América se unían, no en uniones ilícitas, sino en lazos matrimoniales con aquellas mujeres del continente nuevo. Sus hijos eran ya menos cobrizos y más blancos; los hijos de sus hijos se iban acercando al tipo hispano, hasta que, al través de las generaciones, España ha podido presentar un mundo entero, que estaba deprimido por una anatomía inferior, levantado por ella a la superioridad de la raza española.

No existe una más alta pedagogía. Todas las naciones han mejorado material y

moralmente sus colonias. España ha hecho más que nadie: ha metido su sangre en las toscas venas de razas inferiores, y a un mundo cobrizo lo ha hecho blanco...

Hijos míos: me vais a permitir que os diga que, además de escultores, hemos sido los españoles blanqueadores de mundos, o, como dijo un amigo mío: la obra estupenda de España consiste en haberle agrandado el ángulo facial a todos los habitantes de medio planeta.

Grande es enseñar la cultura a los ignorantes y remediar los males al prójimo; benemérita obra fué siempre llevar mejoras políticas y sociales a los pueblos dominados. En este concepto, la gran nación inglesa, competidora histórica de España en la colonización del mundo, ha realizado, por méritos y virtudes que le son característicos, una amplia y humanitaria labor que todos reconocen; pero hacer de una cara cobriza una cara blanca, de un mundo inferior un mundo hispano, no es obra que puede realizarse si no se echa en el laboratorio de la vida un reactivo que sólo se produce cuando se

han peleado ocho siglos seguidos por la Patria y por la Fe.

Y éste era el designio de Dios sobre nosotros: prepararnos para blanquear a América.

Como esta lección la he dado a los estudiantes del magisterio y a los alumnos más sobresalientes del grado último, todos me la han entendido muy bien; y los chiquillos, entusiasmados, han gritado muchas veces: ¡ Viva España! ¡ Viva España!

Y yo les digo:

—¿Sabéis cómo España vivirá?

—¿Cómo, D. Manué?

—Pues teniendo muchos hijos que sepan sacrificarse por ella. Cuando un hombre sabe sacrificarse es invencible e inmortal.

Cada vez que un español, en el comercio, en la vida, en las artes, en la ciencia, en la fe, se sacrifica por los demás, se ensanchan los límites morales de la patria. Después de los ensanches morales vienen los otros...

Un estudiante que tiene mucho talento, pero que es perezoso y se levanta algo tarde, me dice:

—Don Manué, yo quiero sacrificarme por España. ¿Qué hago?

—¿Quieres de veras sacrificarte por la Patria, hijo mío?

—Sí, señor; con toda mi alma.

—Pues, mira, oye bien lo que voy a decirte: es una cosa realmente grave la que te voy a pedir...

—¿Eh?

—Lo que tienes que hacer para sacrificarte por España es levantarte un poquito más temprano...

Los compañeros se ríen, pero el perezoso se preocupa y se pone muy serio...

Yo pienso que esa seriedad puede ser síntoma de que le ha agarrado *la vacuna*... Y si esto fuera así, habríamos ensanchado los límites morales de la Patria... Me figuro que lo he conseguido, y entonces, en el fondo de mi corazón, sin que nadie me oiga, grito: ¡Viva España!, y veo a la Patria estremecerse de emoción al iluminar a la Historia con la luz de sus cumbres.



CAPITULO XXI

Lectura y escritura

Saber leer y escribir es todavía una especie de título de honor en muchas partes de España. Aquí mismo, en mi provincia, que tanto comercia, que tanto se relaciona y que tanto batalla en la vida de las industrias, hay un número tal de analfabetos que constituye una verdadera vergüenza. Nosotros, los que leemos y escribimos, los que podemos disponer de un poco de tiempo y algunas veces de algún dinero, estamos incapacitados para todo, mientras permitamos que más de la mitad de las personas de nuestra provincia, vivan la misma vida mental que un ecuatoriano del Congo, que un senegalés o un rifeño.

¿Sabe leer el niño? No señor. He aquí un ejemplar de bosque virgen, de isla inexplor-

rada. No podemos llegar ahora a él con nuestras ideas; lleguemos con las letras.

En el suelo hay letras grandes de cemento. Están todas. Cuando llegue la clase de lectura, cada niño pisará una de estas letras y dirá como se llama, B, C, T, A, etc. Yo digo: que cambien la R y la E, y los dos chicos corren a realizar el cambio con una especie de ejercicio muy parecido al conocido juego de *roba pilares*.

Debe haber letras manuscritas y letras de imprenta, de gran tamaño, hechas de zinc. A cada muchacho se le cuelga del cuello la letra en que flaquea más. En aquella clase, ese día, el niño no se llama Rodríguez ni Pérez, se llama Z o S; lo que sea.

No se deben pronunciar muchas letras como ordinariamente se nombran: la *f*, la *l*, la *ll*, la *m*, la *n*, la *ñ*, la *r*, la *rr*, la *s*, la *v*, y la *z*, deben ser nombradas por el niño así: la *fe*, la *le*, la *lle*, la *me*, etc., etc., procurando que apenas suene la *e* final en cada una.

De este modo el niño no tropieza con la irracional combinación que hace que la *eme* y la *a* suena *ma*, porque lo que debe sonar es *emea*. Llamando, pues, a la *m me*, sin so-

nar apenas la *e* final, formará perfectamente *m* y *a ma*, *m* y *e me*, etc. Así en todo lo demás.

Agradecemos esta lección a un buen señor que visitó un día nuestras escuelas y nos enseñó esta manera, fácil y bonita.

Por nuestra parte, estamos esperando el día en que un soplo de buen sentido borre de los abecedarios europeos a la *h* y a la *q*, que son un semillero de dificultades innecesarias.

De la combinación de las sílabas, pasamos al libro inmediatamente y, por Dios, haced lo posible porque los niños lean en tono natural y no con ese sonsonete sin finalidad y estúpido con que suelen amenizar la lectura los chicos de algunas escuelas.

¿Para qué sirven los carteles? Para nada. Cada alumno debe leer en su libro y el maestro en la pizarra, con su tiza en la mano, oye la lectura y corrige para todos al mismo tiempo, escribiendo la sílaba o palabra objeto de la corrección, con el mismo carácter que tengan en el libro.

El cartel es de una *comunidad* plagada

de defectos. El libro en la forma dicha, es un término medio de *individualidad* y *comunidad*. Es lo mejor, a mi entender.

¿Qué deben leer los niños? Que lean cosas que les interesen y les instruyan. Que no lean esa serie de paparruchas que suelen propinarles en los llamados *libros de lectura*, la mayor parte de los cuales están tan ayunos de sustancias, que entontecen que es una bendición.

¿Cómo deben leer los niños? Enterándose. Leer es recibir las ideas que otro escribió en alguna parte. Si leemos y no nos enteramos, está de más la lectura. Por tanto, cuando en la escuela se lea algo, debe pedirse explicación de lo leído; y de ese modo, el niño llegará insensiblemente a acostumbrarse a ir clavando el entendimiento en lo que va leyendo, de tal manera que sean casi simultáneas la expresión de las palabras y la recepción en el cerebro de las ideas que vienen montadas en ellas.

* * *

Estamos en la escritura. Como es hermana gemela de la lectura, nacerá al mismo

tiempo que ella. El niño escribirá las letras, sílabas y palabras que va aprendiendo a leer. No hay en ello dificultad mayor, y se produce en cambio el inmenso beneficio de *racionalizar* la escritura. Escribir lo que no se entiende debe ser una cosa por el estilo del primer premio de cachaza, que se lo ganó uno que copió la Biblia en caracteres griegos, sin saber griego. La escritura así es un suplicio. Simultánea con la lectura constituye una distracción.

Escribir es una de las cosas más difíciles que puede un hombre acometer. Escribir es dibujar, pero el dibujo que resulta de la escritura es peculiar de ella, y además tan característico de la persona, que cada una tiene su propia escritura o letra.

Es este de escribir un arte que sólo porque lo aprendimos de niño, y porque lo repetimos tanto todos los días, es por lo que nos parece fácil y corriente, pero repito que son pocas las actividades del hombre de más complicada factura que ésta de que me ocupo.

Yo tengo en mis escuelas resueltas casi todas las dificultades inherentes al apren-

dizaje de la escritura. ¿Cómo se ha corregido esto? Vamos a verlo.

Acordándome perfectamente de las fatigas que pasé cuando niño, con los *palotes* y *perfiles*, decidí enseñar la escritura saliéndome del carril y echándome por unos caminos completamente distintos de aquellos por los que me llevaron a mí en los felices tiempos de mi niñez primera.

Había que verme, con mis cinco años, con mi pluma de 1.^a, mi papel Iturzaeta con rayas oblicuas, haciendo unos *palotes* estupegados, con la mano izquierda sujetando el papel, en la derecha cogido el palillero y la muñeca dura e inflexible como barra de hierro, procurando que la pluma no pinchara, que el papel no se moviera, que la tinta no emborronase, y mientras tanto preocupadísimo del dibujo de los *perfiles*, y por añadidura sudando la gota gorda, pues con tantas dificultades juntas, mi agarrotamiento se resolvía siempre en mocos y en sudor. Un encanto.

Ahora, acordándome de mis apuros infantiles, puesto ya en funciones de maestro he ido pensando siempre lo contrario de

aquel sistema que emplearon conmigo, y he ido suprimiendo una a una todas las dificultades para encontrar una fórmula sencilla que resuelva burla burlando el problema.

Los niños aprenden a escribir en mis escuelas en el suelo, que está preparado para eso. Es de cemento, y limpiísimo, y además, la loseta rayada de tal modo que cada una está dividida en cuatro pedazos en forma parecida a onzas de chocolate. El chico está en el suelo encantado. Es su gusto. ¿Por qué no hemos de aprovechar su gusto? El maestro escribe en las pizarras del patio las letras y el muchacho solo, sin que nadie le moleste, ni grite ni asuste, juega a dibujar lo que el maestro pintó.

¿Con qué pinta en el suelo? Con tiza.

¿Escribe palotes y perfiles? No. Empieza directamente con las letras.

¿Cómo las hace al principio? Muy mal, pero como está a gusto y se fija extraordinariamente, concluye por hacerlas muy bien y muy pronto.

Explicación del caso. El papel es el suelo que no se mueve, la tinta y la pluma son la tiza, que ni emborrona ni pincha. No tiene

pues que preocuparse el alumno más que de la forma de la letra, la cual aprende bien pronto. Luego se le pasa a papel con un lápiz, e inmediatamente a escribir con pluma.

¿Qué se ha hecho en realidad? Pues resolver unas tras otras las dificultades y no ponerlas todas juntas.

Además han actuado dos principios fecundísimos. Uno ya está dicho, el gusto del niño. El suelo es para los niños como el agua para los peces, el medio. En el suelo juegan, en el suelo descansan, en el suelo hacen todas las diabluras y cosas angelicales que en conjunción contradictoria se dan en ellos. Sólo con que los pongamos en el suelo ya tenemos adelantado más de la mitad del camino.

El otro principio que concurre es la libertad. Una libertad vigilada es el gran secreto. Como la libertad es de derecho natural, y es tan precisa que sin ella no podemos ni salvarnos ni condenarnos, porque no siendo libres no tenemos responsabilidad, resulta que cuando estamos en un ambiente donde la libertad racional nos acaricia, todas las facultades nuestras se alegran y entran en

producción tranquila y fecunda. La libertad, pues, es una fuente de producción admirable.

Claro que libertad de potro suelto, no. Libertad vigilada, libertad inspeccionada de cierto modo por el maestro; libertad en que el niño se divierte con su tiza en la mano y a gusto, y en la que el maestro, sin oprimir, reñir, ni coaccionar en modo alguno al muchacho, está siempre dispuesto, así como al descuido, a ayudar al pequeño en todo lo que pueda hacerle falta.

Es verdaderamente notable lo que ocurre en esta clase de escritura. No hablan (que es casi un imposible metafísico), no se distraen, están clavados en su tarea y hay veces en que escriben en el patio cien muchachos y sin que el maestro imponga el silencio, no se oye una mosca. Da gusto.

Y esto que cuento no son teorías bonitas, ni bellas lucubraciones de imaginación, sino que son experiencias realizadas en la práctica de la escuela, años y años, y cuyos beneficiosos resultados están tan a la vista que resultaría completamente necio no dar al asunto la importancia verdadera que tiene.

Ya sé que pueden decirme que en los países fríos no van a poner a los niños en el cemento del suelo. En primer lugar, que el cemento no es tan frío como otros materiales de construcción (azulejo, ladrillo, hierro, etc.), y después que donde no sea posible el cemento, los suelos de madera resolverán el asunto a plena satisfacción.

Ha habido caso en que un niño aprendió a escribir perfectamente una plana en poco más de un mes.

A mí esta clase de escritura al aire libre, al sol, sin amonestaciones magistrales, con libre ejercicio del muchacho, con afición cierta demostrada en que nadie levanta la vista de su trabajo, y con los frutos que sensiblemente produce, me entusiasma tanto, que cuando estoy un poco desazonado de los disgustos que trae consigo la labor en donde Dios ha querido que modestamente le sirvamos, estoy cinco minutos con los chiquetines de la escritura y me entra otra vez el equilibrio, sin el que es completamente imposible dar un solo paso en el interior de la escuela.

CAPITULO XXII

Algo de cuentas

Son muy raras las personas que no saben contar y más raras todavía las que se hacen cargo del valor real de los números. Hay quien sabe contar quince mil, veinte mil, y, sin embargo, no *cubica la realidad* en su relación con el número.

Esa falta de penetración en la cantidad viene de la ausencia de un buen procedimiento en el aprendizaje de la numeración.

Ejemplo. *¿Cuántos tiros cree V. que sonaron? Mil o dos mil, lo menos.* Esta contestación es frecuente. No obstante, nadie dirá *quince o treinta*, a pesar de que entre *quince* y *treinta* hay la misma proporción que entre *mil* y *dos mil*. Lo que ocurre es que de *quince* y *treinta* se está perfectamente penetrado y de *mil* y *dos mil* no se está tanto.

Coger a una clase de niños pequeños y empezar a cantar números: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7... 99 y 100, con la musiquita de costumbre, y luego 100, 101, 102... 199 y 200, y así hasta mil; y luego otra vez y otrá y otra; hasta un sin fin de veces, es conseguir que el oído funcione y la cabeza se duerma o se atrofie.

Un burro va desde la ciudad al molino, que dista una hora. La primera vez, muchas veces, no sabía y lo guiaba el molinero. Cuando aprendió el burro el camino, iba solo. Es verdad que lo ha aprendido a fuerza de pasar por él, pero llega un día en que puede decirse que va al molino *inteligentemente*, si me permitís la expresión subrayada y todo.

Por eso cuando el niño se mete en la cantinela: 1, 2, 3, y se *duerme* del todo, y no despierta hasta que no llega a ciento, que es una especie de estación o apartadero fonético, para coger desde ahí otra taravilla, me pide la justicia a voces reivindicar al burro de la comparación, porque el pobre niño va metido en el canuto de la contabilidad con menos inteligencia que la que em-

plea el paciente solípedo en despreciar, ya a la derecha, ya a la izquierda, ya al frente, los requerimientos de otras veredas, que parece que tienen empeño en que el burro no llegue al molino.

Pongo a disposición de cada niño un puñado de trigo, o de garbanzos, o de chinitas. Vamos a contar: 1, 2, 3, hasta 10. A ver, que traigan todos diez garbanzos. Y los traen. Ponedlos aparte. Vedlos bien, y saber que eso es una decena. Y hago lo mismo hasta ciento con la centena, y hasta mil con el millar, y así, en un trabajo progresivo, racional, agradable, voy materializando al número, esto es, casando a la idea número con el hecho garbanzos. A este casamiento ha asistido el niño, primero con los ojos y con las manos, y, finalmente, con el cerebro, y es resultado fecundo de esta manera sencilla de enseñar la penetración inteligente del contenido de la cantidad. Ya saben los niños lo que son, lo que abultan, lo que cogen, diez, cien, mil, en proporción con los objetos que se cuentan. Ya no tienen en la cabeza una sombra, tienen una relación.

Yo he visto cientos y cientos de niños que multiplican y dividen y no tienen concepto práctico de la relación entre el número y la cantidad. Multiplican y dividen como multiplicaría un loro, o como multiplica un fonógrafo. ¡Ah, maestros, maestros...! ¿Hace falta también para esto dotación extraordinaria de material científico?

Dicen los niños que saben las cuatro reglas. Les pregunto, y ¡Dios mío!, no entienden ni una palabra, así, ni una palabra. ¿Qué es esto? ¿Dónde os han enseñado? Trato de explicarles. Me esfuerzo. Que si las unidades, que si las decenas, que si productos... Tiro la sonda... y nada. Me hace falta *infantilizar* la ciencia de las cuatro operaciones. ¿Cómo?

Veamos: *¿Ustedes no han oído un refrán que dice: Cada oveja con su pareja?*

Sí señor.

¿Lo entienden?

Sí señor.

¿Con quién deben ir los lobos?

Con los lobos.

¿Y los corderos?

Con los corderos.

¿Y los leones?

Con los leones.

¿Y las unidades?

Las unidades... pues, con las unidades.

¿Y las decenas?

(Los muchachos sonríen.) Con las decenas.

¿Y las centenas?

Con las centenas.

Es decir, cada oveja con su pareja.

Así, en

$$\begin{array}{r} 9.686 \\ + 324 \\ \hline 10.010 \end{array}$$

el 6 va con su pareja el 4, el 8 con su pareja el 2... Unidades con unidades, decenas con decenas...

Vamos a ver: si los lobos anduvieran juntos con los corderos y con los leones, todos mezclados... ¡qué lío!, ¿verdad? Pues ese mismo lío resultaría de mezclar unidades con decenas. Por ejemplo:

$$\begin{array}{r} 9786 \\ 324 \\ \hline \end{array}$$

¿Va cada oveja con su pareja?

Todos los chicos gritando: ¡No señor, no señor!

Hay que apretar en la materia hasta que esté absolutamente clara para todos los alumnos. Enseñada la base, lo demás...

Parece mentira, pero nos ha servido de gráfico un refrán.

Expongamos otro fundamento de aclaración. No es un refrán, pero es un principio que los niños entienden: *toda cosa produce su semejante.*

Aclaremos.

¿Qué paren las vacas?

Vacas.

¿Qué paren las ovejas?

Ovejas.

¿Qué paren las ratas?

Ratas.

¿Qué paren las unidades en la suma, resta, multiplicación y división?

Unidades

¿Y las decenas?

Decenas.

¿Y las centenas?

Centenas.

$$\begin{array}{r} 317 \\ + 521 \\ \hline 838 \end{array}$$

Veamos. Unidades 7 y unidades 1, dan unidades 8. Decenas 1 y decenas 2, dan decenas 3. Centenas 3 y centenas 5, dan centenas 8.

Restando

$$\begin{array}{r} 325 \\ - 113 \\ \hline 212 \end{array}$$

Exactamente lo mismo multiplicando

$$\begin{array}{r} 5.258 \\ \times 324 \\ \hline 21.032 \end{array}$$

4 que son unidades, 5.258 veces repetidas, dan unidades.

$$\begin{array}{r} 5.258 \\ \times 324 \\ \hline 21.032 \\ 10.516 \end{array}$$

2 que son decenas, repetidas 5.258 veces dan decenas, porque *cada cosa produce su semejante*; y además colocamos el 6 debajo del 3 para que *cada oveja vaya con su pareja*. Del mismo modo las centenas y todo lo demás que haya.

Yo digo a los alumnos: *Si reparto casta-*

ñas entre todos ustedes, ¿qué es lo que recibirá cada uno? ¿recibirá pasteles?

No, señor.

¿Recibirá pelotas?

No, señor.

¿Qué recibe, pues?

Castañas.

Si en el dividendo hay castañas, el cociente serán castañas; si en el dividendo hay ciruelas, el cociente serán ciruelas. Porque el cociente es lo que recibe cada uno. ¿No es esto?

Sí, señor.

Luego si yo reparto las centenas del dividendo, el cociente dará centenas; si reparto decenas, decenas; y si unidades, unidades; cada cosa produce su semejante.

$$\begin{array}{r} 842 \overline{) 2} \\ 0 \quad 4 \end{array}$$

8 centenas, repartidas entre 2, caben a cuatro centenas.

$$\begin{array}{r} 842 \overline{) 2} \\ 04 \quad 42 \\ 0 \end{array}$$

4 decenas entre 2 caben a 2 decenas.

$$\begin{array}{r} 842 \overline{) 2} \\ 04 \quad 421 \\ 02 \\ 0 \end{array}$$

2 unidades entre 2, caben a 1 unidad.

Chascarrillo de la División

Burla burlando chascarrilleo un poco, porque me conviene que las ideas fundamentales vayan mojadas de alegría. Mis alumnos ríen un rato sobre la materia misma de la división, y aunque esto produzca el torcimiento de gesto de algún señor pedagogo inflado y de libro ilegible, o de cátedra intolerable y sosa, a mí todo eso me tiene sin cuidado, porque lo único que tengo que apreciar es el maravilloso efecto que todo el sistema ha producido en mis alumnos.

$$\begin{array}{r} 5243 \overline{) 2} \\ 1 \quad 2 \end{array}$$

Las unidades de mil, o sea el 5, se han repartido entre los que están en el divisor,

que bien pudiera llamarse *repartidor* y sería más claro. Han dado dos unidades de mil para el cociente y ha sobrado sin repartir una unidad de mil. El 1 le dice al 2 que tiene la coma encima: *Baje V., compadre.*

¿Que baje...? (Los niños ríen de firme.)

Sí señor, baje V, que tenemos que ir juntos a ver al Sr. Divisor. (Risa y diversión general.)

¿Y para qué...?

Para nada, compadre, para partirnos; no hay más remedio, estamos condenados.

¿De veras que no hay más remedio?

¡De veras!

Pues entonces allá voy...

¡Compadre, compadre, que no puedo bajar...! ¡Qué bien, a mí no me parten!

¿Por qué no puede V. bajar? (El interés de los alumnos llega hasta el extremo.)

Porque ahora caigo en que usted es una persona muy importante que vale DIEZ VECES más que yo, y yo no puedo andar nada más que con los de mi pareja.

¡Es verdad, compadre, yo soy unidad de mil, y usted es centena simple... yo soy diez

veces mayor...! (El 1 se pone preocupado y se rasca la frente.): Por fin, dando gritos, le dice al 2):

¡Se ha fastidiado usted, compadre, porque ya he encontrado pareja para usted!

¿A ver, a ver...?

Pues muy fácil: yo que soy unidad de mil me hago centenas. Ya lo sabe usted, yo no me llamo ya una unidad de mil, me llamo diez centenas simples... Conque abajo, compadre... (El compadre, convencido y bajando):

¡No hay más remedio...! Entre los dos valemos doce centenas simples.

$$\begin{array}{r|l} 5243 & 2 \\ 12 & 2 \end{array}$$

.....

Hay que ver, la clarividencia que tienen mis niños de la división y de las operaciones fundamentales. Luego se meten en decimales, en quebrados, en sistema métrico decimal, en proporciones y en todo, y marchan por estas materias con una facilidad que asombra.

Únicamente me queda que hacer una observación. Las operaciones son como el instrumento, el azadón, por ejemplo; los negocios de la vida son como la tierra. Tenemos azadón y tenemos tierra. ¿Qué hace falta ahora? Cavar. Esto es, hincar el instrumento, o sean las cuatro reglas, en la tierra de los negocios, porque si los niños no saben aplicar las reglas, entonces...

Por eso nunca me cansaré de decir: casos prácticos, casos prácticos y casos prácticos, para que como dije antes las ideas se casen con los hechos.

CAPITULO XXIII

Amar la lengua española y conocer algo su Gramática

Un viejo catedrático* de aquellos que se creían obligados a vestir con un lenguaje de rigurosa etiqueta sus explicaciones de cátedra, y que consideraba poco menos que pecado mortal la omisión de cualquiera de los inacabables términos con que rellenaba las definiciones, me hubiera retirado el saludo si hubiera leído ésta que se me ocurre del lenguaje: *Es un puente tendido entre dos abismos: el abismo del alma del que habla y el abismo del alma del que escucha.*

O esta otra: *Es una fotografía imperfectísima de las ideas y todavía más imperfecta de los sentimientos.*

Aun mayor fuera su disgusto por ésta: *Es un gráfico deficiente del contenido del espíritu humano.*

Y verdaderamente es así. Puede decirse que no conocemos más que el lenguaje de lo exterior: banco, pelota, mesa, andar, bonito, comer, etc.; pero cuando tratamos de reflejar algo del interior, de lo vago e inconcreto del alma, sentimientos, emociones, simpatías, somnolencias espirituales, iluminaciones misteriosas, amores, odios, impresiones de lo bello, etc., etc., el lenguaje es un pobrísimo instrumento que no cumple ni medianamente su papel. Después de todo, un poeta no es más que un hombre que avanza un poco más que los demás en el trabajo de poner nombres a las cosas in-nominadas del alma.

El Diccionario de lo espiritual no se ha hecho todavía. No se concluirá nunca.

Pero si nos hemos atrevido a dar definiciones en cuanto al aspecto dicho, nuestro atrevimiento va a seguir adelante, dando una nueva definición relativa a otro punto de vista del lenguaje. Decimos que el lenguaje *es una función natural, y tan característica de cada pueblo, como son característicos del individuo el color de los ojos, las*

dimensiones de la nariz, o la estatura del cuerpo.

Suponed por unos instantes que hablen una misma lengua trescientos individuos. Mandamos a cien a una isla desierta de los mares del norte. Otros cien serán conducidos a una isla mediterránea. Los últimos serán enviados a la región tropical. Suponed también que no van a comunicarse con nadie.

Pasará una generación y otra y cien y los tres pueblos, formados originariamente por las trescientas personas que hablaban una misma lengua, hablarán tres idiomas distintos.

Han influido poderosamente en el cambio operado en cada grupo, el clima, los alimentos, la naturaleza del suelo y la clase de vida a que se hayan dedicado.

Fijémonos en el clima por ejemplo.

Hace un frío horroroso y hay que llevar ordinariamente la boca defendida y cerrada. Las palabras del idioma que sabían primitivamente los trescientos fundadores irán poco a poco perdiendo vocales. La vocal necesita la apertura de la boca y eso no con-

viene bajo cero. Además, la consonante es de pronunciación más trabajosa. El trabajo es un requerimiento natural cuando hace frío.

Ved si no las consonantes de los rusos, de los alemanes, de los escandinavos y de los moradores de las islas de la región polar. No se acaban nunca.

En cambio, pensad en los cien que fueron a la zona tropical. Hace un calor horrible, todo está distendido, flojo, lacio. La consonante es un trabajo y hay que ahorrar consonantes. La boca, por otra parte, está abierta por necesidad de ambiente. Fijaos: Guayaba, Paraguay, Guanahaní, Guayana, etc., etc.

Venid al Mediterráneo. Sus aires templados, su tono medio, serán una explicación satisfactoria de la composición compleja de sus lenguas en su constitución fonética.

Y de la misma manera que influyen el calor y el frío, influyen todos los demás elementos del medio en que se vive.

Estas transformaciones del idioma corresponden exactamente a la que sufriría con el tiempo la descendencia de una pareja euro-

pea que viviera siglos y siglos en el ecuador. Los rubios de dulces ojos azules, frente ancha, bello lenguaje y sentimientos humanitarios, estarán representados cuando pasen dos mil años por hombres de pelo negro ensortijado, de frente deprimida, de ojos que dan miedo, de sentimientos salvajes y de lengua floja y casi inarticulada.

En el idioma, pues, es donde se reúnen y compendian las energías, debilidades, carácter y modo especial de ser del pueblo. El idioma es un producto de la vida. Por eso nos es tan propio, que no amarlo es lo mismo que no amar la patria.

Los grandes hombres del idioma son de los más grandes hombres de la patria. Perabat en el *Poema del Cid*, Rodrigo de Cota en la *Celestina*, Cervantes en *El Quijote*, Fray Luis de León en sus *poesías* y Fray Luis de Granada en su *Guía de Pecadores*, han construído más de la mitad de la complicada trabazón del alma de España.

En las escuelas debe, pues, rendirse culto de admiración y respeto a los grandes obremos del habla castellana... ¿Cómo?

1.º Leyendo sus obras.

2.º Celebrando sus aniversarios.

3.º Escribiendo con grandes letras en los patios y en las paredes de las clases los nombres ilustres de los hablistas.

4.º Estableciendo el premio *Cervantes*, para quien mejor lea la prosa novelesca; el Premio *Fray Luis de León*, para quien lea mejor las poesías; el premio *Fray Luis de Granada*, para quien sepa leer con más perfección la prosa didáctica, y así por el estilo.

5.º Acogiendo con satisfacción cualquier palabra nueva que no tenga expresión castellana.

6.º Rechazando con energía cualquier término, o frase extranjera importada por los *elegantes* sin más razón que un ataque más o menos pronunciado de *snobismo* literario.

Negarse al contenido del núm. 5, sería cerrar el idioma a las manifestaciones del progreso; y negarse a lo que manda el número siguiente, es lo mismo que entregar en manos de cuatro locos el caudal adquirido a costa de todos los sacrificios de la historia.

7.º Hacer que los niños se acostumbren a mirar como hijos de la misma patria espa-

ñola a los pueblos que se extienden desde Méjico hasta la Patagonia, con inclusión de Cuba y Puerto Rico, y a los pueblos filipinos enclavados en las inmensas soledades del Pacífico, entre otras razones, porque hablan la hermosa lengua en que nos enseñaron a rezar nuestras madres.

.....
Y llegamos a la gramática. ¿Debe marearse a los niños enseñándoles una infinidad de reglas, cada una de ellas con sus respectivas excepciones, para que, haciendo la debida aplicación, tengan una más fina práctica del idioma?

Desde luego nos negaremos a aceptar esa conducta. La gramática es absolutamente necesaria para el extranjero que quiere conocer el español.

Es también necesaria a los estudiantes españoles de carreras literarias, porque conociendo las reglas gramaticales extensamente, afinarán sus discursos y sus escritos.

Es bastante menos necesaria a los niños y sobre todo a los niños que no han de estudiar carreras, entre otras consideraciones, porque ya es un triunfo conseguir que los

pequeños lleguen a comprender de veras lo fundamental de la gramática castellana.

Es en vano que los carguéis de reglas y excepciones, porque no harán la digestión mental de las mismas.

Que lean mucho y que escriban mucho.

Simultanear con la lectura y escritura el conocimiento de los principios cardinales de la gramática, y después el uso discreto, inteligente y culto harán lo demás.

Señores oradores y escritores: ¿Digo la verdad...?

He aquí un gráfico manjoniano que fija mucho la atención de los niños, y que, por consiguiente, es digno de toda clase de estima, por referirse a una materia tan poco a propósito, y a la que tan poca simpatía suelen mostrar los pequeños, esto es, la gramática.

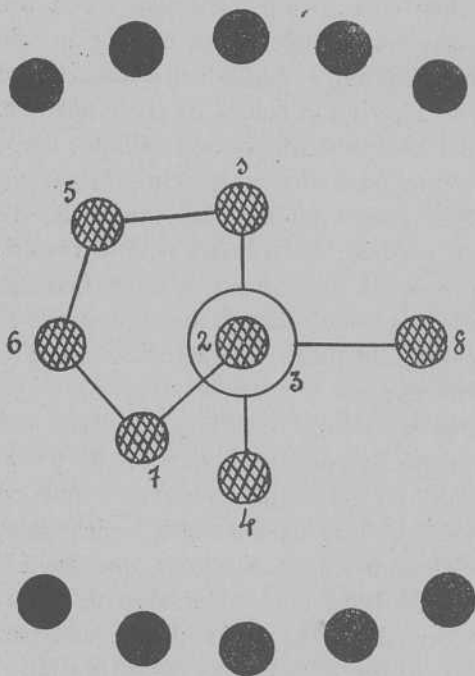
En los diez círculos de arriba y de abajo se colocan los niños que han de hacer de partes de la oración.

¿Tú qué eres? Yo el artículo. ¿Y tú? Yo el nombre, etc., etc.

¿Para qué sirves tú, adverbio? Yo sirvo

para esto y lo otro... ¿Y tú, adjetivo?... Así los demás.

Deben colocarse en cada uno de esos diez



círculos dos o tres muchachos lo menos, para que haya número suficiente al formar las oraciones.

Dice el maestro: *Juan está malo*.

El niño que hace de *nombre* sale corriendo y se coloca en el círculo marcado con el 1, que corresponde al sujeto de la oración. El que hace de verbo, corre y se coloca en el círculo 2, lugar del verbo. El que hace de adjetivo se coloca en el círculo 4, lugar del complemento o del atributo.

De este modo los muchachos construyen con sus cuerpos las oraciones. Esto les distrae y les hace tener afición a la materia, aunque no sea más que por el gráfico.

Si la oración es de relativo: *Juan que come peras está malo*, los chicos se colocarán de este modo: 1, 5, 6, 7, 2 y 4,

Si la oración es de infinitivo: *Juan debe estar malo*, la colocación será: 1, 8, 3 y 4.

Y así en todas las cuestiones, que con un poco de imaginación puede y debe adaptar el maestro al gráfico, sin que sea obstáculo que haya que variar algo de su trazado o no hacer uso más que de una parte de él, porque a todo ello debe presidir la idea de que un gráfico no es un dogma, sino un ayudante que podemos hacer variar según las exigencias de la materia.

Los maestros deben ejercitar en el gráfico de referencia las tres oraciones tipos de todas ellas, las oraciones por antonomasia; que así como hemos dicho que todas las artes y las ciencias nos hablan de Dios y de su Iglesia, la gramática también nos presta esa luz.

Dios, sujeto por excelencia, *creó*, verbo que envuelve el concepto más completo de la acción, *al mundo*, complemento directo, al lado del cual todos resultan pálidos, inextensos y pequeños.

Jesucristo, sujeto de la plenitud del amor, *redimió*, verbo todavía más simpático que el de la creación, *al mundo*, que redimido puede llegar a componente ultraterreno de la gloria de Dios.

El *Espíritu Santo*, sujeto de la consolución, *iluminó*, verbo admirable, sin cuya acción el mundo estaría sumergido en las tinieblas de la inmoralidad más espantosa, *al mundo*, complemento directo que, ya alumbrado, puede marchar por los caminos de Dios hasta la posesión de los derechos de la gloria divina.

Alegra mucho ver funcionar una clase tan

árida como la de gramática, entre carreras, risas y alegrías de los niños. Esa alegría a la que ya nos hemos referido, salsa exquisita de la enseñanza, y de la que puede decirse que tiene la fragancia de todos los perfumes, el nervio de todo lo que vuela y la vida de todo lo que florece.

CAPITULO XXIV

Un poco de Geometría

¡Qué bien aprenden los muchachos la geometría! Es que la geometría es más gráfica que la aritmética. Como su estudio se refiere a las formas, puede esquematizarlo todo.

Lo que hace la lógica con las verdades formales del entendimiento, hace la geometría con las formas de las líneas, superficies y volúmenes.

Yo tengo que pensar siempre que mis alumnos van a parar, la mayor parte, a los talleres de herrería, carpintería y albañilería, y me propongo, como ideal, que los muchachos sepan cubicar una caldera, medir los metros cuadrados de madera que pueden gastarse en las puertas de una casa, determinar los metros cúbicos de aire que caben en una habitación y el área del polígono re-

gular o irregular sobre que se construye el edificio.

Se grafica aquí todo. El punto, poniendo la tiza en contacto con la pizarra. Las distintas líneas, con los niños puestos en fila. La superficie, repartiendo un pedazo de la clase entre varios muchachos y obligando a cada uno a que me diga cuántos ladrillos le tocan, y el volumen, obligándoles a que repartan los garbanzos contenidos en una medida.

Se dividen los niños en tres grupos por líneas iguales y se construyen todos los triángulos de este modo: Un grupo se está quieto y los otros dos construyen sobre él la figura. *Equilátero*, con las propias dimensiones de cada grupo. *Isósceles*, encogiéndose un poco los muchachos del lado quieto y entrando los otros dos naturalmente. *Escaleno*, encogiéndose más el lado quieto y entrando los otros dos en dimensiones distintas. Más fácil es todavía la construcción de los triángulos por razón de sus ángulos.

El maestro hace notar cómo la altura del triángulo es la perpendicular bajada de un

vértice al lado opuesto, que es la base. A un cuarto grupo de niños se les encomienda el trazado con sus cuerpos de la altura de los triángulos, y lo hacen tan admirablemente que rara vez se equivocan. Ya están preparados para las áreas.

Otro día digo: hoy vamos a jugar a los cuadriláteros. Cuatro grupos. Uno siempre está quieto, porque sobre él se van a construir las figuras cuadriláteras. Una perpendicular en el extremo, otra en el otro. La cuarta división entra en sentido paralelo a la primera. Las distancias iguales darán lados iguales, los lados perpendiculares darán ángulos rectos. He ahí el *cuadrado*.

Moved un poco a derecha o a izquierda, sobre el lado primero que permanece quieto, toda la figura, y tenemos lados iguales y ángulos no rectos: *el rombo*.

Haced ahora que se alarguen dos lados paralelos y que el otro, que no es el fijo, les acompañe en su alargamiento sin perder las direcciones: *el romboide*.

Que veñgan los dos lados alargados a caer perpendicularmente en los extremos del

lado fijo y que el otro cierre paralelamente al fijo: *el paralelogramo rectángulo*.

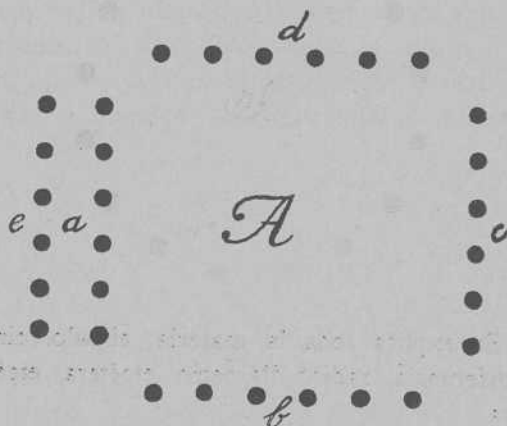
Y así en los demás, procurando que los niños se muevan siempre a compás, algo militarmente. El maestro, mientras va *pintando* con los cuerpos de los niños las figuras en medio del patio, pinta con tiza la correspondiente en la pizarra, al aire libre.

Es el momento ideal de la explicación de la materia. El muchacho está contento porque ha hecho una figura que resulta bonita. Todos a compás repiten el nombre de la figura. Ya saben el nombre, ya conocen su forma. El maestro tiene ahora cinco minutos, que son de oro, para dejar caer sobre el surco perfectamente abierto de la atención del niño la semilla de la enseñanza.

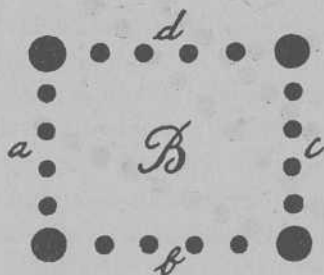
Otro día jugamos a la *circunferencia*. Son cinco grupos, que se colocan del modo que marca el gráfico *A*.

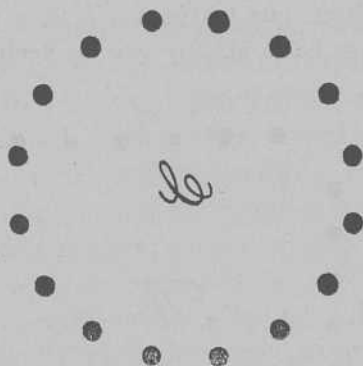
El grupo exterior *e* se está quieto. Los cuatro grupos *a*, *b*, *c* y *d* marchan hacia el centro acompasadamente hasta que sus extremos se tocan. Hemos formado el cuadrado. Figura *B*.

Yo digo: que los puntos a , b , c y d den dos pasos hacia atrás y que los vértices que-

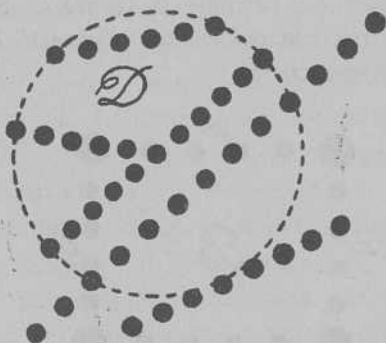


den quietos. Se formará la figura C. Se corrige un poco la colocación y ya está hecha la circunferencia:



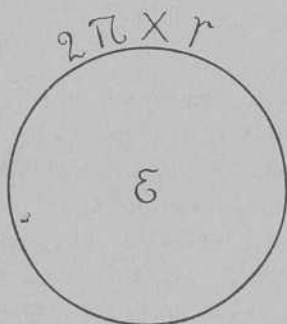


Se explica toda la materia, círculo, circunferencia, radio, diámetro, etcétera, etcétera.



El quinto grupo, que aún no ha entrado en función, marchando acompasadamente, traza radios, diámetros, tangentes, secantes, etcétera, del modo que marca la figura *D*.

Como se dijo en el caso de los cuadriláteros, el maestro va explicando al mismo



tiempo en la pizarra todo lo que sea conveniente explicar.

En el centro de mi amplia clase tengo yo trazadas con pintura de alquitrán y en grandes dimensiones, todo lo que yo creo necesario que mis alumnos tengan siempre a la vista. Un triángulo rectángulo y la fórmula pitagórica. Un metro lineal. Un

metro cuadrado. Un polígono regular y escrita dentro la fórmula de su área. Esta, como todas las fórmulas, ha sido perfectamente explicada con anterioridad a la factura del gráfico permanente.

Hay también una circunferencia en la forma que indica la figura *E*, y un círculo en la forma que a blanco y negro representamos.

Como los muchachos pisan sobre estas figuras, viéndolas constantemente se familiarizan con ellas y con sus fórmulas.

Cuido también de que practiquen, todo lo que sea posible, resolviendo problemas de todos los órdenes. Medir el área de esta clase y de la otra y de la otra. Medir el polígono de la granja escolar. Medir el área del patio y de la azotea, que son polígonos irregulares. Medir el área de la cara de una moneda de diez céntimos. Averiguar la longitud de la circunferencia de la Plaza de Toros, etc., etc.

En la geometría del espacio, que elementalmente conocen, se hacen figuras de barro tierno. Otras veces me valgo de patatas grue-

sas. Los chicos construyen en otras ocasiones las figuras en cartón. Son preferibles las que se construyen sobre materia tierna para poder darles cortes, haciéndoles pasar



planos, y explicar cortando por donde nos convenga, para ver primero con los ojos, y luego con la imaginación, el contenido de las fórmulas de las áreas y de los volúmenes.

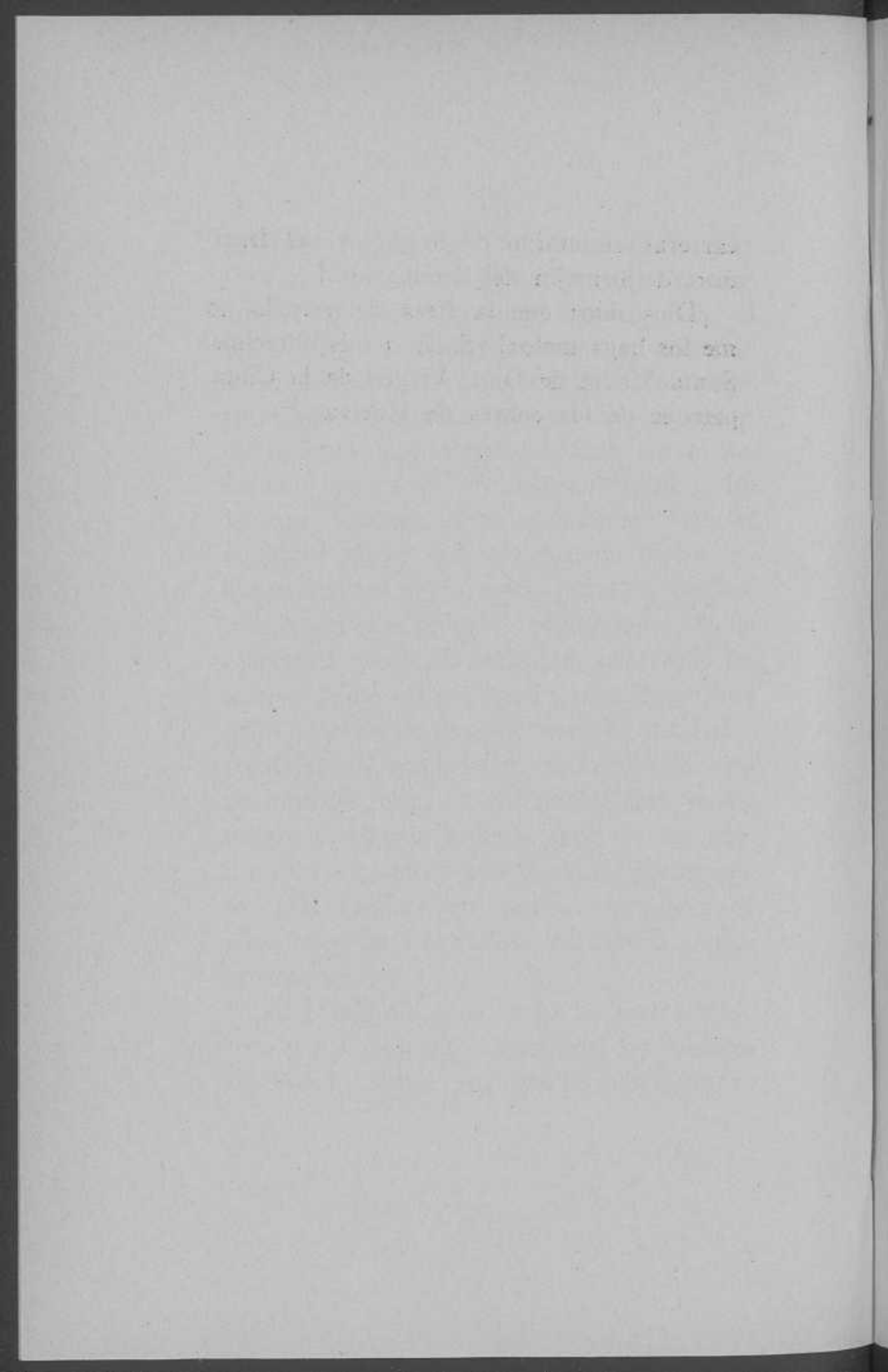
Un día estuvieron en clase varios cate-

dráticos e ingenieros, entre ellos el señor D. Luis Manzano y Mancebo, ingeniero industrial y celebrado autor cómico. Otro el señor del Campo, gobernador entonces de la provincia. En varias ocasiones el señor arzobispo de Sevilla, siempre con el acompañamiento que es natural. Una vez el venerable apóstol del catolicismo social padre Vicent. Muchas veces comisiones venidas de otras partes. En una ocasión varios señores diputados a Cortes, y no ha mucho, una visita de señoras, conocedoras de la enseñanza en los Estados Unidos, donde residen... ¡Qué sé yo, medio mundo...! Pues bien, a todos pongo por testigos y a todos recuerdo sus frases: *Esto es estupendo, esto es increíble*, etc., etc. Y conste que yo no traigo a colación el testimonio de los doctos para satisfacer una vanidad, porque esto sería realizar un hurto a la gloria de Dios, sino para testificar los resultados del procedimiento.

¡Ah!, mis alumnos serán los mejores herreros, los mejores carpinteros, los mejores albañiles! ¡Cuando algunos de ellos estudien

carreras resultarán de lo mejor del Instituto, de lo mejor del Seminario...!

¡Dios mío: que la fiera del mundo no me los haga malos! ¡Salva a mis obreritos, Santa Madre de Dios, Virgen de la Cinta, patrona de los pobres de Huelva...!



CAPITULO XXV

Algo del Mundo

Si hay entre vosotros, amadísimos lectores, quien piense que en cada uno de estos capítulos ha de ir la materia completamente tratada, he de decirle que entonces cada capítulo sería un libro, y yo soy un pobre pecador, bajo, terreno y groserote para resolver con prodigios conflictos imposibles. Yo no sé multiplicar los panes y los peces.

He, pues, en este capítulo, al ocuparme del Universo Mundo, de decir solamente aquellas cosas que a mí me han producido buenos resultados en la explicación de estas materias.

Los niños no entienden eso del sistema planetario...

El maestro, mayor que todos los niños, va a hacer el papel de *Sol*. Alrededor de él van a girar los *planetas*. Un niño muy grueso hará de *Júpiter*. Otro, grueso también,

pero menos, se va a llamar *Saturno*, etcétera, etc.

Yo, que estoy haciendo de *Sol*, digo: *que gire Mercurio alrededor de mí, de tal manera que vaya dando vueltas sobre sí mismo, mientras va adelantando en la vuelta grande.*

He aquí los movimientos de rotación y traslación:

Mando que gire otro y luego otro, y últimamente todos, recomendándoles que vayan despacio para que no se mareen con la combinación de los dos movimientos. Ahora se les muestra un aparatito de astronomía para que vean con los ojos que los planetas no están girando en un solo plano, sino que cada uno se mueve en plano distinto.

El sol está ardiendo. Los planetas están apagados. Las dos verdades están experimentalmente probadas para el niño. En estar apagados nos diferenciamos de las estrellas, que todas arden.

—Don Manuel, ¿el sol está quieto?

—Sí y no. Con relación al sistema, quieto. ¿No me ven ustedes...? ¿Cómo estoy yo que soy el Sol...?

—Pero con relación a otros sistemas, andando.

—Vamos a ver: hace falta un poquito de imaginación. Hay que suponer algo, para ahorrarnos un viaje por el río. Esto que estamos haciendo en este patio, en vez de hacerlo aquí, lo vamos a hacer en la cubierta de un vapor. Yo quieto y ustedes girando alrededor de mí, ¿no es esto?

—Sí, señor.

—Si ese barco da vueltas alrededor de otro que está parado..., ¿qué ocurrirá? Pues que ustedes dan vueltas alrededor de mí, pero yo con todos ustedes doy vueltas sin moverme alrededor del barco parado. ¿No es así?

—Sí, señor...

—Entonces el barco parado, ¿qué será para mí?

Un niño listo.—Pues será el Sol de V.

—Y yo, ¿qué seré? Usted será como un planeta del otro sol.

—Muy bien, hijos míos, y así, muchos soles y muchos sistemas, y todos ellos presididos por el Sol de todos los soles, que es

Cristo Jesús, a cuyo alrededor giran todos los sistemas del mundo moral.

Otro asunto que no entienden los muchachos:

¿Cómo es que la tierra anda y el sol está quieto? A mí me parece que el sol va andando por el cielo y que nosotros estamos parados.

Contestación pronta y efecto rápido:

—*Vamos a ver: cuando tú vas en el tren, ¿no parece que los árboles van corriendo y que tú estás quieto?*

—*¿Quién va corriendo?*

—*Yo.*

—*¿Y los árboles, cómo están?*

—*Parados.*

—*Tú eres la tierra y los árboles son el sol.*

Otra cuestión que no entienden bien, y sin embargo con un gráfico sencillísimo la han aprendido mis alumnos.

¿Por qué dan vueltas los planetas?

Porque una fuerza le tira para el sol y otra para fuera y lo dejan fijo en un punto, luego en otro, y así sucesivamente. Es inútil hablar de las infinitas resultantes de los

paralelogramos contruídos sobre sus intensidades; esto es chino para ellos. Pero se puede hablar del burro que saca agua en la noria.

—¿Por qué no va el burro para fuera?

—Porque le sujetan de dentro.

—¿Por qué no va hacia dentro?

—Porque el aparejo le sujeta hacia fuera.

—¿Entonces se está quieto?

—No, señor, porque lo arrea el hortelano.

—¿Y qué hace?

—Pues dar vueltas.

—¿Sabes tú quién es el burro?

—Pues un planeta.

—Y el camino que recorre, ¿sabes tú cómo se llama?

—No.

—Pues se llama órbita.

—Y el hortelano que arrea a los planetas, ¿sabes quién es?

—¡Como no sea Dios!

—Justamente. Las leyes eternas impuestas por Dios.

Veamos otra dificultad, que expongo últimamente, porque si no, ni se va a acabar el capítulo, ni se van a acabar las difícil-

tades. En fin, si se dice que para muestra basta un botón, ahí van unos cuantos y entre ellos éste, el último, que ya está bien en concepto de muestra.

—*Don Manuel: este niño dice que la luna es plana.*

—*Plana... ¿Por qué?*

—*Porque siempre se le ve la misma cara.*

La observación del niño se las trae.

Explico para arriba, para abajo, sobre la base de que en el movimiento de traslación de la luna alrededor de la tierra, echa la luna el mismo tiempo que en el de rotación sobre su eje, pero los alumnos no me entienden. Y la cosa es que la observación del muchacho es tan fina...

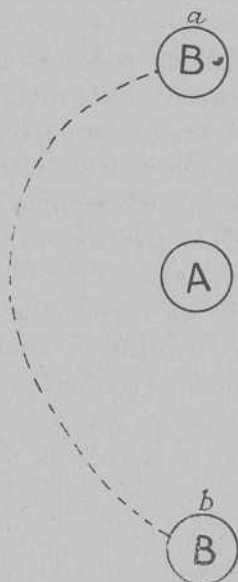
¡Al gráfico!

El niño *A* hace de tierra y el niño *B* de luna.

El niño *B* parte del sitio *a* girando alrededor de *A* (tierra), procurando darle siempre la cara a *A*, esto es, haciendo que *A* no le vea nunca la espalda.

Marchando así, cuando *B* llegue al punto *b*, habrá ejecutado media vuelta de traslación alrededor de *A*. Pero al mismo tiem-

po, obsérvese que *B* tiene la espalda en posición contraria a cuando salió. Luego ha dado al mismo tiempo que media de tras-



lación, media de rotación. Y así en la otra media.

Puede satisfacerse al muchacho que hizo la pregunta, después del clarísimo gráfico que él ha visto desenvolver, diciéndosele y entendiéndolo perfectamente, que a la luna

se le vé siempre la misma cara porque la igualdad del tiempo de los dos movimientos impide que le veamos la espalda. ¿Cómo la tendrá?

No debemos ni podemos concluir esta materia sin hablar de la simpatía universal. Es decir, sin recomendar a los maestros cristianos que toda la materia de que tratamos debe ser un perfecto gráfico que nos lleve a Dios para conocerle más claramente y amarle más.

Un pedacito de tierra, o un poquito de agua, siente irresistible atracción hacia otros y se juntan y confunden; pudiera decirse que se *aman*. Aman la piedra a la piedra, la gota a la gota, la montaña a la montaña, los ríos al mar, el mar a los mares.

La tierra entera ama a los demás astros, a los cuales ella conoce aunque no sea más que de vista, y ama más fuertemente que a ninguno a su hija la luna y a su padre el sol.

Esa simpatía se manifiesta según las masas y según las distancias, conformes a las investigaciones de Newton, un inglés que ju-

gaba a las bolas con los astros. Para ese amor de lo insensible, para esa eterna simpatía de lo natural a lo natural, ha creado el Creador lazos que no pueden romperse. Newton es el poeta del gran secreto, y su ley de la *atracción universal* una poesía, que da a conocer cómo se aman en el espacio las enormes piedras que ruedan en él, y cómo se aman en el interior de cada piedra los pobres seres que forman su macizo.

Un sentimiento ama a otro sentimiento, una idea a otra idea, y dentro de una misma alma las atracciones y las repulsiones de las especies simpáticas o antipáticas son evidentes.

Las almas buscan a las almas por el amor, y las repelen por el odio.

Juntas ya las almas, por ministerio de una perfecta simpatía, aspiran ciega, ardientemente, hacia ideales eternos, y tienen un centro que las atrae: el Corazón de Jesús. ¿Quién ha promulgado las leyes indefectibles del amor, que hacen a Cristo centro de la atracción universal de las almas buenas? La Iglesia Católica.

Las almas dispersas por el odio, por el

desamor, por los vicios, por los crímenes, tienen también su centro, hacia el que marchan con una terquedad irracional y estúpida. Satanás, en medio del lago del frío absoluto, según la visión de Dante, agita sus alas de quiróptero gigantesco, produciendo olas y olas del frío del no amar, en las que se precipitan las almas del odio. No son dos centros distintos de tal manera que el del odio en nada dependa de el del amor. Satanás no es independiente. Su reino no es más que un aspecto de la justicia de Dios. Dios premia en la gloria y castiga en el infierno, pero tanto uno como otro son suyos, son una posición de su omnipotencia. En la omnipotencia de Dios está, pues, el Centro de los centros, de las atracciones y repulsiones espirituales.

Bendigamos *divinamente* a Dios, Centro de las atracciones morales.

Bendigamos *divinamente* a la Iglesia, promulgadora de sus leyes.

Bendigamos *humanamente* a la atracción universal, madre del orden natural.

Bendigamos *humanamente* a Newton, descubridor y promulgador de sus misterios.

CAPITULO XXVI

La Tierra

Este valle de lágrimas; esta enorme roca automóvil, enamorada del sol, a quien ella sirve, y de la luna de quien es servida; esta proveedora constante de carne para nuestros huesos y de huesos para nuestra arquitectura humana; este gigante, que tiene nieve en los pies y en la cabeza, fuego en el vientre, y que se refresca en un baño perpetuo de agua salada que le cubre tres cuartas partes del cuerpo; esta belleza, esta fealdad, este premio, este castigo, esta vida, esta muerte, esta soledad, este bullicio, este gozar y este sufrir, es el viejo solar de la especie que tiene de común con el Sol y con Mercurio, con Sirio, con Neptuno y con Marte el haber sido formados por el Creador, pero que tiene sobre ellos y sobre todos los pájaros de piedra que vuelan en los espacios,

el haber recibido un día inconcebible, la sangre caliente de Dios a doscientos pasos de los muros de la Jerusalén terrena.

Yo tomo una naranja y mostrándola a mis niños, les digo: *He aquí, hijos míos, la hechura de esta tierra que vivimos. Todo el mundo atento, que vamos a trazar sobre ella el ecuador, los polos, los meridianos, los paralelos y los trópicos. Se trazan. Mañana todos traerán una naranja, porque necesito que todos señalemos sobre ella estas líneas. Se señalan. Se explica que no hay tales caminos en la esfera, porque esas líneas son caminos ideales que nos hacen falta para medir, orientar y precisar todo en el planeta.*

He aquí, se dice en otra ocasión, la esfera terrestre con sus mares, sus islas y sus continentes. El aparato se coloca en sitio donde pueda ser visto de todos. Se hace dar la vuelta a los niños alrededor de la esfera. Está ya bien vista.

Todos tienen su naranja. Se señala a cada uno un sitio de punto de vista. *Desde aquí copiarás tú.* Luego se le lleva al opuesto, desde donde ha de seguir copiando para tener toda la esfera.

En cada posición ocupará como es natural una mitad. Todos tienen ya una pequeña cuchillita, ya una pluma vieja, ya un cortaplumas; cualquier cosa que sirva para poder vaciar la cáscara de la naranja. Se arranca la cáscara de los mares, quedando por consiguiente dibujadas las tierras y la totalidad del planeta. La primera vez sale muy mal, la segunda mejor. A la media docena de veces no hay muchacho que no dibuje muy regularmente la tierra.

Cuando se obtiene un ejemplar bien dibujado, se habla de la necesidad de los mapas. Tomamos la naranja y con todo el cuidado posible le quitamos los cascotes, previa una incisión de polo a polo sólo por un lado. Extendemos entonces la cáscara toda sobre la mesa, y los niños comprenden práctica y racionalmente lo que es un planisferio.

Era yo mayorcito y bien mayorcito y no me había hecho cargo de eso. Esa gran ventaja me llevan mis alumnos...

Dibujan luego sobre papel, con lápices de colores, el planisferio terrestre muchas veces, y cuando se han familiarizado con él

se le pone un color distinto a cada parte del mundo. Europa blanco. Africa negro. América moreno. Asia amarillo. Oceanía verde-amarillo. Las razas humanas están así muy bien indicadas.

... ..
—Don Manuel: ¿por qué es salá el agua del mar?

Diez años de niño han hecho esa pregunta.

Otro niño.—Pues porque tiene sal.

—¿Y por qué tendrá sal?—pregunto yo—.
¿No lo sabe nadie?... Atención: El agua que bebemos los hombres, los animales y las plantas, viene del mar. ¿Cómo es el agua que bebemos?

Todos.—Dulce.

Yo.—Bueno. En el puchero que se guisa en vuestras casas, ¿se echa sal?

Todos.—Sí, señor.

Yo.—Pues prueben Vds. las gotitas de agua que están pegadas en la tapadera por abajo. ¿Cómo son?

Todos.—Dulces.

Yo.—El sol calienta el agua del mar y el vapor se va para arriba, se enfría y se hace

gotitas que caen en forma de lluvia. ¿No es verdad?

Todos.—Sí, señor.

Yo.—Luego, a pesar de que el agua del mar es salada, el agua que llueve es dulce. ¿No es cierto?

Todos.—Cierto.

Yo.—¿Qué ocurriría si toda el agua del mar fuera dulce? ¿No lo adivinan? Pues que se criarían en ella tantos microbios que sería imposible vivir en la tierra. Por otra parte, ¿qué ocurriría si Dios no hubiera inventado esa admirable combinación del sol y el mar? Pues que nos moriríamos de sed. Luego podemos decir que Dios le ha echado mucha sal al agua del mar para que no se pudra y poder conservar el admirable depósito, y que con el sol le quita la sal para que podamos beberla.

¡Y todavía hay muchos que se ríen de la providencia de Dios...! ¡Pobrecitos!

.....
.....

Un niño.—Don Manuel, en los polos está todo helado, ¿por qué será?

Yo.—¿No saben ustedes lo que son líneas perpendiculares?

Todos.—Sí, señor.

Yo.—Bueno; pues una fuerza es como una línea. Hay, por tanto, fuerza perpendiculares, oblicuas y paralelas. Cuando una fuerza cae sobre algo perpendicularmente, se aprovecha toda la fuerza de su fuerza. Si cae oblicuamente, menos. Si es paralela, nada. El sol cae perpendicular sobre el Ecuador; un poquito menos perpendicular sobre los trópicos; mucho menos sobre la zona templada, y completamente oblicuo sobre los polos.

Un rayo de sol es una fuerza: luego en el ecuador habrá mucho calor, en los trópicos un poquito menos, en la zona templada un buen clima y en los polos nieves eternas.

.. .. .

Los mapas de las distintas partes del mundo se pintan en mis clases sobre la pared con pinturas de colores hechas con cal blanca y polvos.

Todos los mapas son absolutamente mudos.

Los niños ayudan a pintarlos y a trazar

su dibujo sobre meridianos y paralelos. Cuando el mapa no me conviene, se blanquea y se pintan los que son oportunos. El mapa hecho y colgado en la clase es un acumulador de polvo enemigo de la salud y además como las cosas están hechas a gusto del autor del mapa y no de uno, resulta que no se acomodará el mapa al maestro, sino el maestro al mapa. No conviene.

De estas cinco partes del mundo no se da ahora a los niños más que una idea general. Luego que sepan admirablemente su patria y su provincia se volverá sobre aquellas partes y entonces se estudiarán preferentemente por este orden: Europa, América, Africa, Asia, Oceanía.

Ha sido siempre en mi clase un espectáculo curioso ver a los niños en los mapas mudos, corriendo por todas las regiones del mundo como si anduvieran por su propia casa.

Este último curso he llegado a tener una clase tal de Geografía, que en expresión de un catedrático de este Instituto, los chiquillos avergüenzan a las personas mayores.

Yo creo que al resultado admirable del

curso que pasó, ha contribuido poderosamente la afición a los sellos de correos que yo he ido encendiendo poco a poco en los alumnos de los últimos grados del Colegio.

Yo llevo a clase sellos de todas partes del mundo. No se alarmen los señores que no pueden pensar en enseñanza sin que hablen continuamente de extraordinarios gastos de material. Yo me he convencido de que el noventa por ciento del material está en los dedos y en la voluntad del maestro. Digo que no se alarmen por causa del gasto que esos sellos originen. Hay diez, quince, veinte amigos que hacen el favor de guardarle a uno los sellos. Se procura ser amigo de los señores cónsules. La voluntad diligente de un maestro que ama a sus niños no va a fracasar por obstáculo de tan poca monta.

Explico en clase una nación o algo relativo a una nación. Los sellos correspondientes están preparados. Los chicos tienen la fiebre filatélica. Quien aprende la lección, toma su sello. Mejor aprendida, mejor sello; peor aprendida, sello peor.

De tiempo en tiempo hago repasos por las mismas colecciones de los niños. ¿De

dónde es este sello...? Si el alumno lo sabe, y además me precisa en los mapas lo que le pregunto, cosa que ocurre casi siempre, el sello queda en su poder; si el alumno no lo sabe o lo ha olvidado, el sello se arranca y pasa a poder de quien lo sepa y no lo tenga. Raras veces ocurre esto porque los niños prefieren que les arranquen una muela a que les quiten un sello.

Si los maestros quieren probar este procedimiento combinado con el de los mapas *mudos* y fabricados en la clase misma, háganlo y tendrán la satisfacción de crear verdaderas maravillas.

Hay que advertir que la Geografía es el conocimiento general más necesario en la vida de la civilización que tenemos. Un hombre que no sabe mucha Geografía está en ridículo donde quiera que se hable la conversación mundial que el telégrafo y los rápidos medios de comunicación llevan por todas partes. El comercio abarca toda la tierra. Hay que conocerla toda.

* No hace mucho en mi clase desafiaba un curioso inteligentísimo visitante a un niño a que en los mapas *mudos* hiciera un viaje

desde el cabo S. Vicente hasta Sidney, en la Australia.

El muchacho empezó su itinerario, pero yo le interrumpí diciéndole: *Al mismo tiempo que vas haciendo el viaje, dínos de quiénes son todas las tierras por donde vas pasando, y cuando estés en el mar de quiénes son las costas de la derecha y las de la izquierda en todo el trayecto.*

El muchacho no se equivocó. Se llama Carlos Sáinz. A otro alumno mío, Florencio Muela, famoso en la escuela por la ternura de su corazón y por la clara inteligencia que yo he visto desarrollar paso a paso, le preguntó mi amigo si sería capaz de hacer un viaje por el estilo del anterior, pero sin mapa mudo, ni nada. De memoria. —*Vamos a ver*—le dice—, *¿tú sabes dónde está Quito?*

—*Sí, señor, capital del Ecuador.*

—*¿Tú sabes más sitios por donde pasa el Ecuador?*

—*Sí, señor.*

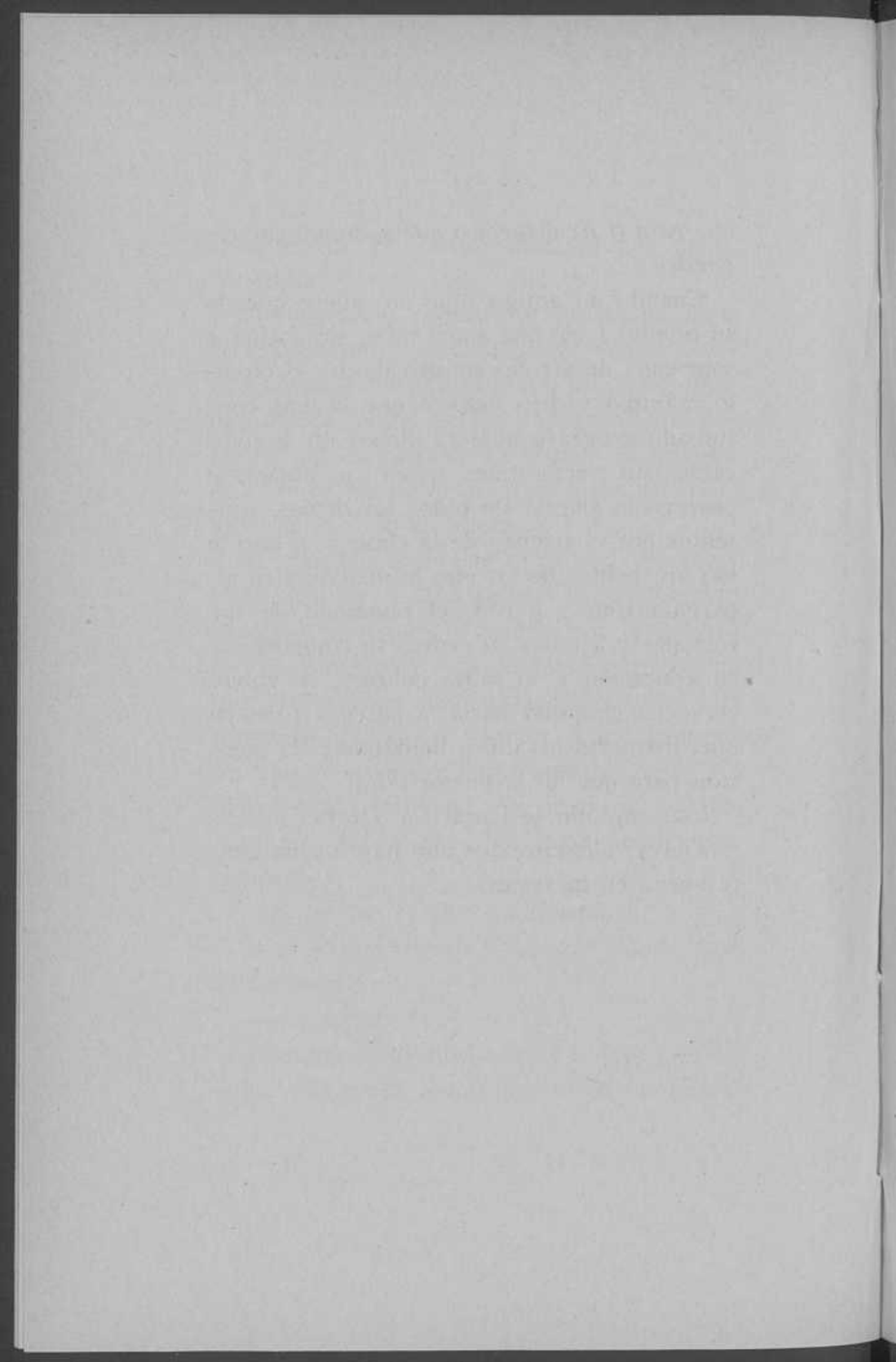
Interrumpo al muchacho y le digo: —*Vamos, dile a este señor por todas las tierras*

que pasa el Ecuador y a qué naciones corresponden.

Cuando mi amigo (que no quiere que dé su nombre) vió que aquel niño, sin fatiga y sonriente, desarrolló en su cabecita el círculo máximo y dijo todo lo que el más consumado geógrafo hubiera dicho, sin equivocarse, sin vacilaciones y sin *carretillas*, y observó la alegría de todos los demás, contentos por el triunfo de la clase, y a uno le vió los deditos de los pies asomados a su alpargata rota y a otro el remiendo de sus calzones y a todos su orden, su compostura, su educación y su santa pobreza, se volvió como un chiquillo hacia la pared y tuve yo que distraer a los niños llamándoles la atención para que no le vieran llorar.

Este capítulo se llama La Tierra.

Tierra: alégrate, que aun hay mucha gente buena en tu regazo.



CAPITULO XXVII

De España.—De la Provincia

Hay en la escuela del Sagrado Corazón del barrio de San Francisco un mapa de cemento de la península Ibérica. Tiene ríos, cordilleras, golfos, cabos y mares. Los mares y los ríos son de agua. No hay ficción. En la escuela del Polvorín, el mapa es mucho mayor y tiene además altillanuras y capitales.

Si hay por ahí un aficionado que quiera hacerlo igual, que me lo pregunte y yo le diré cómo he construido el gran mapa del Polvorín, que, en sentir de los técnicos, está perfectamente adecuado a su objeto.

Con cal blanca están tocados los puntos de las cordilleras donde hay nieves eternas. Como el Mediterráneo y el Atlántico tienen unos pocos de metros cuadrados, es muy bonita, cuando hace viento, la ficción

que es completa, porque las pequeñas olas les dan el aspecto de preciosos mares de juguete.

Los niños aquí se divierten en grande. Hay un barquito de madera o corcho, y se hacen expediciones marítimas del comercio de cabotaje.

Los pequeños marinos se saben la costa de España que da gusto oírles.

De ahí se pasa a la pared, y en ella se dibujan con colores mapas simples de España. Uno tiene los ríos. Otro las cordilleras. Otro las provincias. Se procede de lo simple a lo compuesto.

En una de las pizarras de cemento del patio del colegio hay un contorno de España y Portugal de pintura permanente. No hay cosa más sencilla ni más productiva. Los niños pintan dentro del perímetro de la patria ríos, cordilleras, capitales, etc., etc. Es un ejercicio eminentemente útil.

En un patio hay un contorno grande de España fabricado sobre el suelo con ladrillos clavados en el mismo. En él se juega al *saltado*. Se hace la raya, por ejemplo, en el sitio que corresponde al Cantábrico, y

desde ahí se salta hacia abajo. Hay quien llega a Madrid. Otro a Ciudad Real. Otro a Jaén. Hay saltarín que cae en el Mediterráneo. No he dicho que dentro del contorno del mapa no hay absolutamente ninguna indicación. El juego consiste en que cada uno diga el nombre de la provincia donde cae. El que no lo dice, o lo dice mal, *se queda*, y los demás saltarán sobre él.

No nos cansaremos de repetirlo: el niño es una máquina de juego. Se ha hecho para correr, saltar y jugar. Cuando se le ataca demasiado su libertad física, estamos perdidos.

Me explicaré: El niño necesita jugar siempre. Si le obligamos a no jugar para que atienda, no jugará por fuera, pero juega por dentro, y atiende muchísimo menos. Por eso los ratos de quietud completa, obligada, han de ser pocos y cortos. Un niño juega mecánicamente, casi inconscientemente. Es que la naturaleza necesita de todas sus carreras y movimientos y expansión física para poder regalarles el crecimiento.

Resumen. Jugando *por fuera* os pueden

atender. Jugando por dentro es inútil todo vuestro trabajo.

Perdonad la digresión, y volvamos a España.

Cuando yo era niño me contaron unas leyendas acerca de la riqueza y fertilidad de España... Me engañaron.

No hay derecho a formar ciudadanos equivocados. La santa verdad es el elixir de la vida.

Si yo creo que mi patria es muy rica y muy fértil, me preocuparé poco de su mejora, porque como la supongo poco menos que inmejorable, no me sentiré movido en ese cuadrante de mi actividad. Los libros que dicen que España es fertilísima y de suelo riquísimo, infieren un muy grave mal a la patria...

Digo yo, que cuando niño me contaron esas leyendas... Para hacer después un viaje a Francia tuve que atravesar toda la península. Dios mío... ¡qué decepción!, ¡qué tristeza...!

Hijos míos, sabedlo, aquí hay inculto mucho terreno. Somos pobres. No tenemos agua. Yo estuve en Zaragoza en Agosto y

me daba mucha lástima pensar que aquello que iba debajo del puente era el Ebro, uno de nuestros primeros ríos.

Hay, señores maestros, que decir a los niños la verdad, para que trabajen mañana en el terreno en que todos estamos obligados, o sea en el bien de la patria. La verdad abarca estos dos extremos.

1.º La incultura de nuestros campos procede de la incultura de nuestros hombres. Es muy cómodo eso de echar la culpa de todo a los gobiernos. Nosotros y nada más que nosotros somos los culpables. Si nosotros fuéramos lo que debemos, los gobiernos serían lo que debían ser. Esos brazos cruzados y esas enormes cuentas corrientes están asesinando a la patria. ¡A trabajar todo el mundo...!

2.º Procede además de la forma en que están colocadas nuestras cordilleras. ¡Ah, qué envidia me dió el suelo francés...! Nuestras cordilleras tienen dos gravísimos defectos. El primero consiste en no ser más altas. Siendo por regla general bajas, no hay apenas nieves eternas. No hay agua. El segundo es que por su especial configuración tie-

nen intervenido casi todo el suelo de la patria.

A gobernantes y gobernados incumbe el remediar estos males aprovechando el agua de los ríos, multiplicando los bosques y embalsando las aguas del invierno.

Ahora mismo el Gobierno de la nación trabaja con gran entusiasmo en estos vitales asuntos.

Pero si la patria no es rica por las razones apuntadas, bueno es que sepan los niños que tal vez no haya nación en el mundo que tenga mejor posición que la nuestra. Es una esquina de Europa que da a dos plazas inmensas, el Mediterráneo y el Atlántico; y que está además más cerca que ninguna del continente africano, inmenso, aún no puesto en explotación, y asilo seguro donde mañana vivirán civilizaciones que empiezan a esbozarse.

Los extranjeros fuertes, nos miran con ojos rapaces. Contestemos nosotros a esas intenciones amando mucho a España. Sembraremos en las almas de los niños la idea de que es más fino amador de España aquel

que más y mejor se sacrifique por el bien público.

.....
Aun más extensamente que a España deben los niños conocer su provincia, lo mismo en el orden material que en el del espíritu.

Tengo también mi mapa de cemento en el suelo del colegio, representando la provincia de Huelva. Pintamos en la pared un mapa con las carreteras y ferrocarriles, otro con los pueblos, señalando especialmente las cabezas de partido judicial, otro con las zonas de producción, otro con ríos, arroyos y riberas... Todo *mudo*.

En esta provincia se hace saber a los niños que son cuatro las zonas de producción, todas importantísimas. Algunas de ellas sin rival en Europa. Tenemos el mapa de la producción a la vista.

La región de la pesca. La forma la costa entera de la provincia. Se pescan atún y sardinas en tal cantidad que constituyen hoy estas industrias un venero inmenso de riqueza. La salazón se hace en Ayamonte, Isla Cristina y Huelva.

La región del vino. Está señalada principalmente por estos pueblos: Manzanilla, La Palma, Bollullos, Almonte, Rociana, Moguer y Trigueros. Hay que meter en la cabeza de los ciudadanos de mañana la gran vergüenza de que nuestros vinos se vendan por ahí haciéndolos pasar por productos de otras regiones famosas. Trabajamos los vinos en la provincia de Huelva con el mismo criterio que en tiempos de Noé. Nuestros vinos no se *educan* y el mundo es muy delicado y no quiere servicio de nada que no esté perfectamente metido en *educación*.

La región de los minerales. Es famosa en el mundo; nuestro cobre pesa en las bolsas mundiales con tanta autoridad que apenas hay quien la tenga mayor. Las piritas forman la nota característica de nuestra producción. Es una extensa zona que abarca todo el terreno comprendido entre la parte llana y el cordón principal de la cordillera Mariánica. Ríotinto, Tarsis, la Zarza, Peña de Hierro, Tinto y Santa Rosa, etc., son nombres más conocidos en el extranjero que en España.

Los niños deben conocer las minas prin-

cipales, sus productos y su trabajo en general. Hay una escuela de capataces de minas en Huelva. He aquí un porvenir para los muchachos listos y pobres.

La región de la carne salada. Seguid la parte alta de la cordillera, y ésta es la zona a que nos referimos.

El Jabugo es el gran centro. Hay allí fábricas que no tienen que envidiar nada a las norteamericanas. En Europa no se conoce nada mejor.

—Señores alumnos: ¿Por qué hay carne salada en esa región?

—Pues, porque hay cerdos.

—¿Por qué hay cerdos?

—Porque hay bellotas.

—¿Por qué hay bellotas?

—Pues, porque hay muchísima encina y mucho alcornoque en toda la cordillera.

—¿Luego las cordilleras pueden ser útiles cuando se trabaja en ellas?

—Sí, señó.

—Luego si todos los españoles hubieran hecho lo que los simpáticos habitantes del norte de nuestra provincia, España sería riquísima, ¿no es esto?

—Sí, señó.

—Pues entonces propongo un saludo de respeto a los que han sabido subir a los riesgos inclementes para sembrar y cuidar el árbol, que es allí la base de la riqueza.

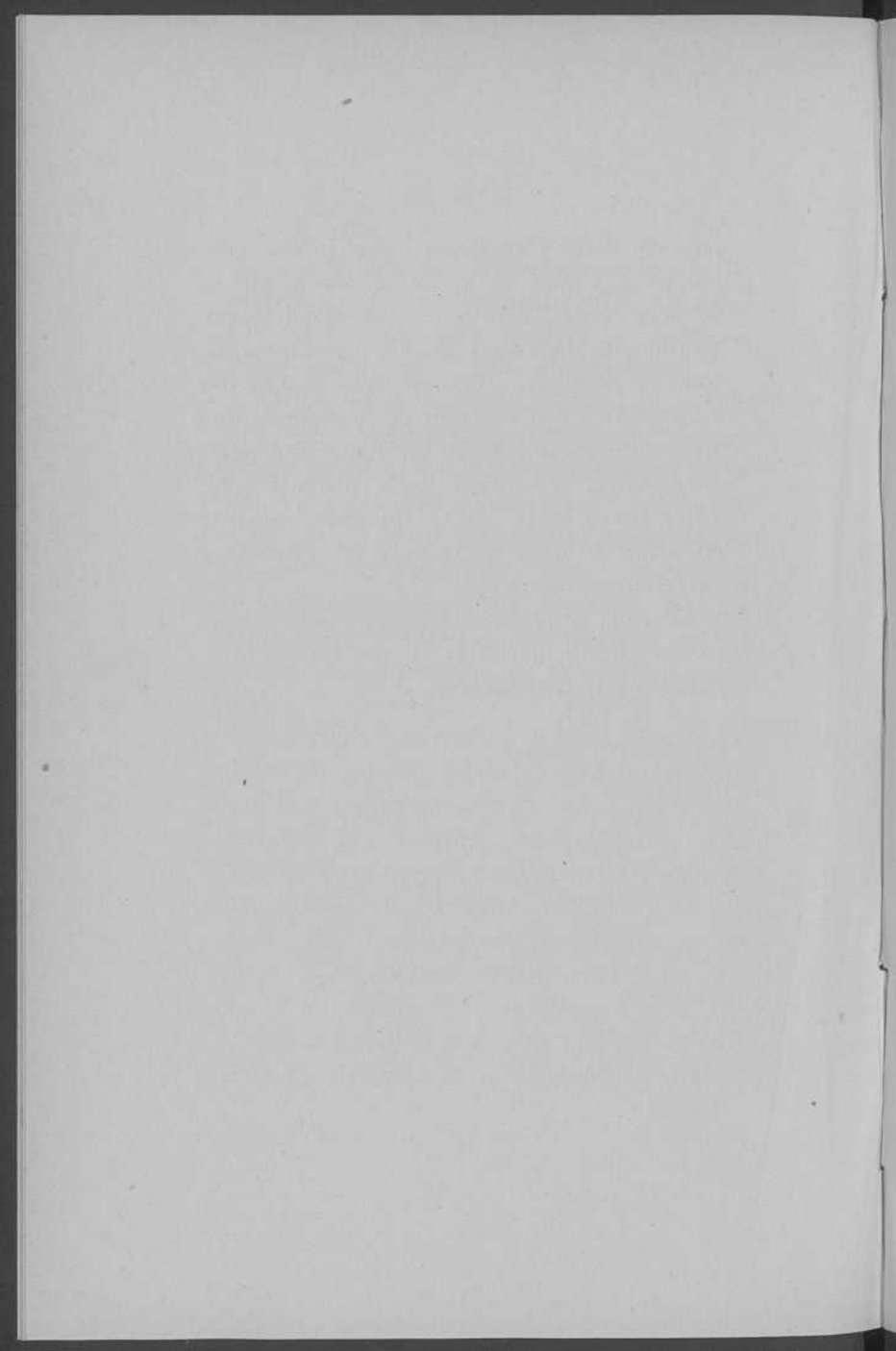
En el orden espiritual, Huelva es la Rábida, el Descubrimiento de América. La provincia generosa de cuyo seno surgieron aquellos valientes que descubrieron un mundo. 3 de agosto y 12 de octubre, salida de las carabelas del Puerto de Palos, y llegada de la expedición a la virgen América, que les estaba allí esperando para premiar su heroísmo, son dos fechas de recordación mundial.

Los niños onubenses deben estar orgullosos de que su patria chica haya sido lo que fué. Señores maestros: La Rábida está cerca de Huelva. Hay que peregrinar a la Rábida, para que toda Huelva sea Colombina, no sólo por fiesta, ni bullicio, sino por sana, firme y consciente penetración de las ideas, por educación conveniente y oportuna del alma santa de la tradición.

En cada pueblo hay que cultivar el sentimiento delicado de la ascendencia cuando

ésta fué noble y generosa. Aquí en este pueblo es la Cueva de Arias Montano, allí es la vieja Niebla, allá es la Virgen del Rocío, sentimiento bellissimo de los habitantes de todo el Condado, y así en cada pueblo con su pasado y con sus glorias; porque es una formidable equivocación creer que el progreso consiste en avanzar hacia adelante y olvidar hacia atrás. No, el progreso consiste en avanzar hacia adelante y en guardar y perfeccionar de atrás.

En cada provincia de España debe hacerse un estudio parecido al que hemos mostrado aquí, de Huelva.



CAPITULO XXVIII

Alma y cuerpo

Constituye una afirmación de simple buen sentido que el niño se conozca, o por lo menos, que se estudie a sí propio. *El conócete a ti mismo* de la sabiduría vieja, sigue y seguirá siendo mientras haya hombres en el mundo un consejo de valor incalculable.

A partir del doble contenido de la personalidad humana, ocurre pensar que a los alumnos habrá que llamarles la atención sobre el alma y sobre el cuerpo, doble aspecto y misteriosa armonía característica del hombre.

Un alumno.—*D. Manuel: ¿el alma, qué es?*

Yo.—*¿Tú no te la sientes?*

Alumno.—*Sí, señor.*

Yo.—*Pues si te la sientes, ya tienes bas-*

tante. Ya sabes más que todos esos sabios, los menos por cierto, y a Dios gracias, que dicen que eso del alma es una tontería. Que el alma no existe.

Alumno.—*Pero D. Manuel: ¿V. no ha dicho que nosotros nos diferenciamos de los burros, de las ranas y de los demás animales, en que ellos no tienen alma espiritual?*

Yo.—*Sí, hijo, es verdad. Pero los burros tienen una ventaja sobre nosotros: No hay ninguno de ellos que haga descubrimientos como ese de que el hombre no tiene alma... Vamos a pensar un poquito. Si yo te digo que mañana me traigas tu colección de sellos, y llega mañana y tú me la traes. ¿Te has acordado de mi encargo, sí o no?*

Alumno.—*Sí, señor; me he acordado.*

Yo.—*Acordarse de una cosa se llama memoria.*

Y si te digo que el número 50 tiene dentro al número 10 cinco veces. ¿Me comprendes tú?

Alumno.—*Sí, señor.*

Yo.—*Bueno; pues comprender eso u otra cosa cualquiera se llama entendimiento.*

Yo.—*Ahora te pregunto: ¿Tú quieres a tu madre?*

Alumno.—*Sí, señor; mucho, muchísimo.*

Yo.—*¿Por qué la quieres?*

Alumno.—*Porque es muy buena.*

Yo.—*Querer, no querer, amar, odiar, se llama voluntad.*

Ahora te diré: memoria, entendimiento y voluntad son tres facultades del alma. Todo eso junto es tu alma. Esa alma que se ensucia con el pecado mortal y se lava en el sacramento de la Penitencia...

Esa alma que, cuando tú te mueras, tiene que presentarse a Dios, para recibir el premio o el castigo.

Si yo dijera mil veces que a los niños hay que hablarles su lenguaje, porque de lo contrario no entienden nada, no habría promulgado suficientemente ese principio fundamental del procedimiento pedagógico.

Véase el siguiente sucedido que hace muchísima luz en la materia.

Un sacerdote, modelo de bondad cristiana, visitó una escuela nocturna donde se instruían hijos de labradores y principalmente hortelanos.

Vamos a ver, hijo mío: ¿Tú sabrás doctrina?

El pequeño hortelano.—*Sí, señó.*

¿Sabes tú lo que es el alma?

El pequeño hortelano.—*El alma... el alma...*

Figúrate que estamos los hombres compuestos de dos elementos. Uno, de esto que tenemos por fuera... ¿El cuerpo no es verdad?

El pequeño hortelano.—*Sí, señó.*

El otro elemento es interior, espiritual, nos anima, nos vivifica y ennoblece. Por él pensamos, sentimos y queremos. ¿No caes? Fíjate bien... Está dentro... Es lo que más vale...

El pequeño hortelano.—*¡Ya lo sé!... ¡Las mantecas...!*

El niño no había entendido más que dos conceptos. *Está dentro... Es lo que más vale...* De los alimentos que él había comprado en la tienda por mandato de su madre, lo más caro, lo que valía más era la manteca. *Está dentro... Lo que más vale...* pues bien claro estaba, el chiquillo tenía razón. ¡Las mantecas!

El sacerdote aquel es buenísimo, pero no es pedagogo.

.....
El cuerpo humano lo estudian mis niños con gusto y afición, sin duda por causa de los gráficos que hacemos.

Hemos pintado a claro oscuro y de tamaño natural, en las paredes de la clase del último grado los principales órganos y aparatos del hombre.

El cerebro, los pulmones, el aparato digestivo, el de la respiración, el de la orina, el sistema venoso y arterial y un magnífico esqueleto que en sentir de un señor que ejerce autoridad y que visitó la clase, *está hablando*.

Pongamos algunos ejemplos de nuestro modo de enseñar estas materias.

Aparato digestivo. Un chico se llama boca, otro faringe, otro esófago, otro estómago, otro intestino delgado, otro páncreas, otro hígado y otro intestino grueso. Se forman cogidos por las blusas del modo siguiente:

¿Tú qué haces, boca?

Mastico y echo saliva a lo que como.

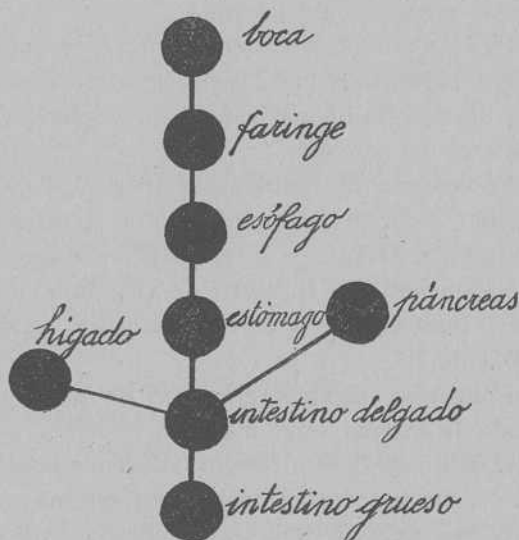
¿Y tú, faringe?

Yo lo trago.

¿Esófago?

Yo lo dejo pasar.

¿Estómago? Yo lo amaso un poco y le echo un líquido que sudan mis paredes por



dentro, que se llama jugo gástrico. Tengo una valvulita que comunica con el intestino delgado y se llama piloro, se abre y...

¿Intestino delgado? Llega el alimento a mí.

¿Hígado? *Yo le mando la hiel biliosa por la vejiguita de la hiel.*

¿Páncreas? *Y yo el jugo pancreático.*

¿Qué pasa entonces en ti, intestino delgado?

Pasa, que unas venitas delgadas como pelos que vienen a parar a mí le chupan al alimento la sustancia para formar la sangre.

¿Intestino grueso? *Pues yo, hago como un niño que está comiendo caña de azúcar o uva de palma, que así que ha chupado lo dulce, tira fuera una pelota de cosas casi secas, que maldito lo que endulza ya. Cojo el alimento tal como lo han dejado y lo echo fuera por un sitio... que no quiero nombrar.*

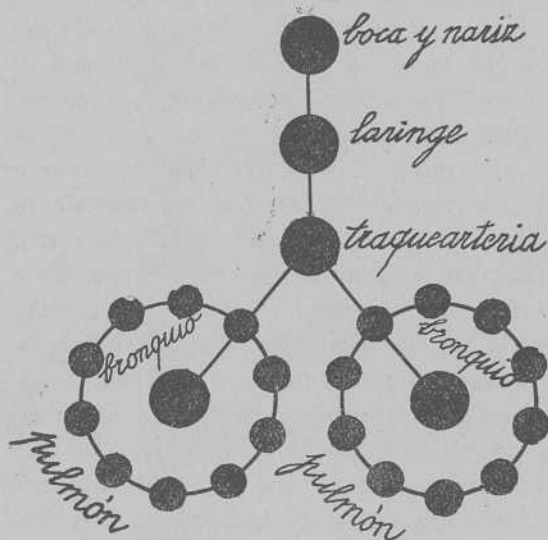
Como los niños tienen a la vista, cuando están formados, el aparato pintado en la pared, lo llegan a comprender tan perfectamente, que es éste como el siguiente gráfico una de las cosas que más han sido admiradas siempre en la escuela.

Otro gráfico.—El aparato de la respiración.

Cada círculo grande o chico es un niño que sabe cómo se llama.

Entra el aire por mí, dicen la boca y la

nariz; pasa por mí, dice la laringe, y por mí, dice la traquearteria. Viene luego a los dos bronquios grandes y de aquí a multitud de bronquios chicos, que no están representa-



dos en el gráfico, y que son los que se extienden por todo el pulmón.

Cada pulmón está significado por siete, ocho o nueve niños cogidos de las manos y es como una especie de esponja fina, re-

vestido de una capa llamada *pleura*. Dice el muchacho: *Cuando el aire llega aquí, se encuentra con la sangre; la sangre viene ya cansada y gastada porque ha regado ya todo el cuerpo y trae una especie de escoria, o de veneno que la pone pobre y casi negra: el ácido carbónico. El oxígeno del aire se ha casado en todo el cuerpo con el carbono y forma ácido carbónico, que es lo que se echa fuera.*

Yo digo: *De modo, que el oxígeno del aire ha sido una especie de espumadera que le ha sacado a la naturaleza el carbono.*

Los niños.—*Es verdad.*

Yo.—*¿Cómo era la sangre al llegar al pulmón?*

Un niño.—*Pobre, casi negra.*

Yo.—*¿Y ahora?*

Niño.—*Ahora, roja, rica.*

Yo.—*Luego, la sangre se crea en la digestión y se purifica y alimenta respirando. ¿No es así?*

Todos.—*Sí, señor.*

Pues veamos el funcionamiento de esos pulmones. Los niños que lo forman miran todos al maestro para moverse sin soltar

las manos, dando un paso atrás y volviendo al sitio de partida, rítmicamente, siguiendo el movimiento exacto de la mano del maestro, que marcará la marcha de la respiración.

Resulta una preciosidad.

Los niños se divierten y hacen un ejercicio que les afirma para toda la vida este conocimiento.

Formamos tres tipos de respiración:

1.º Al nivel del mar.

2.º En la montaña.

3.º En la corta de una mina, por ejemplo, o en cualquier sitio muy bajo.

Yo pregunto: *¿El aire pesa?*

Todos.—*Sí, señor.*

Yo.—*Pues entonces es claro que si estoy alto tendré menos peso de aire encima, y si bajo, más peso. ¿Cómo se abrirá más el pulmón, con mucho peso encima o con poco?*

Todos.—*Con poco.*

Yo.—*La respiración en la montaña ¿cómo será?*

Todos.—*Muy ancha y entrará más oxígeno en la sangre.*

Yo.—*¿Y en el nivel del mar?*

Todos.—*Mediana.*

Yo.—*¿Y en el valle bajo?*

Todos.—*Muy estrecha.*

Yo.—*¿Cuál es la mejor de todas?*

Todos.—*La de la montaña, luego la del mar y la del valle.*

La respiración del primer caso se ejecuta en el gráfico dando los niños de los pulmones un paso hacia atrás lo mayor que puedan sin soltar las manos, la del segundo caso un paso mediano, y la del tercero un paso chiquito.

No nos cansaremos de decir que el éxito del funcionamiento del gráfico, consiste en el ritmo perfecto que observan los muchachos al desviarse del punto de partida ensanchando el pulmón, y al volver a su sitio, encogiéndolo.

Es el momento oportuno de hablar de la necesidad de no encerrarse para dormir, porque se echa a perder el aire con el ácido carbónico, y de la bondad de las habitaciones altas.

Gráficos por este estilo se hacen del corazón y de la circulación de la sangre y de todo lo que se quiera, porque una vez orien-

tado el maestro, no ha de ser tan pobre de imaginación que no haga sus inventos.

Los chicos conocen perfectamente los huesos del esqueleto, que ellos miran con particular atención.

Saben los huesos que se mueven en cualquier movimiento que se les propone como ejemplo: José Contreras, cuando tenía diez años, contestaba a un médico notable, el señor Figueroa, Delegado Provincial de Sanidad, sobre preguntas de esa índole. El señor Figueroa estaba admirado.

En relación con este capítulo hemos de decir que nuestros chicos tienen juegos de pelota, ejercicios gimnásticos y todos esos *sports* que favorecen el buen desarrollo de la juventud. Pero el juego que consideramos mejor, el *sport* más completo, es el *Aire*. Hay que hacer que los niños tengan una segunda religión: la del *Aire*.

CAPITULO XXIX

Repaso

No existen los libros en mis clases más que para leer o para alguna que otra indispensable atención de la memoria. Según esto, alguien ha pensado que sustituyendo el maestro al libro, y no pudiendo los niños aprender las lecciones en una sola explicación, tendrá el pedagogo que repetir muchas veces la materia, agotando sus fuerzas, su gusto y su paciencia.

Efectivamente, si los términos del problema fueran los anteriores y nada más, tendría mucha razón quien tal dijera, pero como existen datos distintos complementarios de esa teoría de la supresión del libro en la primera enseñanza, puedo dar las gracias a la persona que hace el cargo por la recta intención científica que la mueve, y me quedo completamente tranquilo,

porque la doctrina se mantiene en toda su integridad en la teoría, y produce en la práctica frutos de bendición.

El dato nuevo es el siguiente: el repaso no lo hace el maestro, lo realizan los niños; el maestro no hace más que presenciarlo y guiarlo.

¿Cómo se repasa en mi clase? Jugando y discutiendo.

El niño es el ser que más juega y que más discute. Todo lo convierte en juego; todo lo hace discusión. El maestro es un hombre que debe vivir muy alerta sobre los gustos, costumbres, recreos y pasiones de sus discípulos, para convertir todo eso en materia aprovechable al fin propuesto. La enseñanza es una pelea formidable entre el maestro y el niño. Si el maestro no se vale de las propias armas del adversario, puede dar por perdida la batalla. Hay que pescar al niño en sus mismas redes; hay que pelear, no en el terreno donde nosotros queremos, sino donde él quiere. Ya que resulta imposible que un niño sea como un hombre, hagamos nosotros lo posible por-

que un hombre, el maestro, sea como un niño.

Yo he observado que mis chiquillos se despepitan por jugar al *saltado*, que otros también llaman *piola*, y en consecuencia he decidido aprovechar ese juego para repasar. Los resultados que he obtenido son tan admirables que quisiera que hasta los maestros que están del otro lado se aprovecharan de ellos.

Explico, por ejemplo, Francia. Pintamos el mapa mudo de Francia en la pared, en el suelo, en el encerado, o en donde sea... He hablado de grandes ciudades señalándolas, determinando sus caracteres, producciones, monumentos o cualquier rasgo que le dé un poco de personalidad. Descompongo el trabajo por partes para evitar la confusión. Obligo a los muchachos a presentarme sus colecciones de sellos... Son éstas unos cuadernitos, pobres, pobrísimos, donde los niños han pegado, con una constancia grande, todos los sellos que han podido reunir... Este lo cambió él con Fulano; aquél, que se lo dí yo como premio; el de más allá lo

compró junto con otros por una perra chica.

Les mando abrir a todos sus cuadernos por Francia para que relacionen la nación y el sello. Hay sellos de Napoleón III, de Alsacia, de la República. Los niños deben poner frente a frente sus ejemplares y el mapa. Sellos de colonias francesas: Guadalupe; aquí está Guadalupe, sellos del Sudán francés; aquí está el Sudán, etc., etc., etc.

Concluyo todo lo que tenga que explicar de Francia: que si la riqueza de su suelo, que si la colocación admirable de sus cordilleras, que si la producción vinícola, que si el genio francés, que si Carlo Magno, San Luis, Napoleón, Pasteur, etcétera, etc.

Cuando con carácter elemental he clavado en la mente del niño el nombre de una ciudad o la significación de un gran hombre francés con el clavo insustituible de una anécdota o de un dato admirativo, y todo esto se ha hecho sobre el mapa, y he llegado a la convicción de que los alumnos tienen la percepción clara de la materia ex-

plicada, les dejo descansar y reposar, y al día siguiente o después, viene el repaso.

Vamos a repasar jugando al *saltado*.

Yo les digo: Habéis de saltar todos. Antes de saltar cada uno, me ha de decir cualquiera de estas cosas: el nombre de una ciudad francesa o de un río, o cordillera, o límite, o industria, o monumento. Ha de decirlo gritando con objeto de que lo oigan todos los que están en fila para saltar. Cuando uno se equivoque, porque diga algo que no sea francés o repita alguna cosa dicha ya por otro, prueba de que no atiende, se *quedará* y seguirán los demás saltando sobre él en la continuación del juego.

Si yo dijera a mis lectores que el repaso resulta una preciosidad, que los chiquillos saltan encantados, que prestan todos una gran atención, que están interesadísimos en que alguien se equivoque para aliviar al quedado y que cada uno hace de su parte lo indecible para no quedarse; si yo les contara lo movido del cuadro, la alegría espiritual reinante, el espectáculo del maestro hecho chiquillo, jugando con los discípulos, y el ambiente, mitad juego, mitad

ciencia que se respira, si yo contara todas estas cosas a los lectores, creerían que había algo de exageraciones, o que el encariñamiento con las propias ideas me hacía ver realidades donde sólo existen ilusiones.

¡Ah!, gracias a Dios, es todo esto que digo una realidad preciosa, que tiene, si me queréis permitir que lo diga, perfumes de regeneración patria.

Claro que para repasar jugando puede el maestro acoplar a la materia repasable el juego que estime más oportuno. Yo hago uso además del saltado, del toro, de la rueda, del rompi, etc.

—*Dor Manué, dice este niño que vamo a jugá a la jometría.*

—*¡Pero hombre! Se dice jometría?*

—*Es verdá, no zeñó, geometría.*

—*Nada más que por eso, no hay juego; lo dicho, no hay juego. ¡Jometría... jometría!... ¡Valiente!...*

—*¡Como que este chiquillo es más tonto!... Esto lo dice un caballero rubio, de nueve años, más listo que Cardona, y cuya cuchara es la primera que entra siempre en el plato común de las conversaciones.*

—¡Tonto!... ¡Tonto tú! Más vale que te limpies las narices...

El caballero rubio levanta el brazo derecho a la altura de la nariz y en el sitio donde tienen la graduación los militares, ¡zas!, el refregonazo...

Le mando lavarse, y luego, como a pesar de todos los pesares, me han hecho gracia el gesto del chico y el aire picaresco de su personilla insignificante, se me quita el mal gusto que me dejara el de la *jometría* y digo: Ea, señores, vamos a jugar.

Con palmas, muchísimo contento, saltos y piruetas acogen los muchachos las palabras mías. Es mucha la primavera que tienen en la sangre. Buen disparate fuera enseñarles de otro modo. No sé si lo he dicho en otra ocasión, si lo dije, lo repetiré aquí; el juego es el superfosfato con que se abonan las cosechas de la enseñanza.

—*Vamos a jugar a la Historia, Don Manué.*

—*Pues a la Historia.*

—*Yo soy Aníbal, dice uno.*

—*Y yo Scipión, dice otro.*

—*Yo soy romano. Yo cartaginés, y yo soy celtíbero.*

Al empezar el juego cada uno es lo que le da la gana. Cuando pasen unos minutos cada uno será lo que me dé la gana a mí.

Sobre un contorno grande de España pintado en el suelo con tiza, o sobre Italia, o sobre el norte de Africa, entran, salen, hablan y pelean: deslizándose así, insensiblemente, por entre la algazara tumultuosa de los juegos infantiles, lo que el maestro quiere repasar.

Veamos algo de la discusión como repaso interesantísimo.

Para que los niños discutan, yo divido mi clase en dos bandos, y procuro que estén próximamente iguales en representación intelectual. En grupos de bancos colocados a derecha e izquierda se sientan, respectivamente, las dos secciones. Están, pues, cara a cara. Con el sólo hecho de verse frente a frente los adversarios, ya están todos en un estado tal de atención, que dudo que haya en el mundo nada que los prepare tan admirablemente a oír la palabra de su maestro.

Así colocados, yo hablo de civilización ita-

liana y civilización inglesa, por ejemplo, y es claro que hago esta explicación elementalmente y comparando muy despacio y con claridad, posición geográfica contra posición geográfica, productos contra productos, descubrimientos contra descubrimientos, historia contra historia, arte contra arte, hombres grandes contra hombres grandes, etc.

Como de antemano yo he designado cuáles han de ser los italianos y cuáles los ingleses, resulta que cada grupo toma con un interés que excede a toda ponderación pedagógica nota mental de lo que concierne a la nación que representan. Basta con que el maestro explique una sola vez. Luego se abre discusión. Unos defienden a Inglaterra y otros a Italia. Todo el que habla ha de pedir la palabra. El maestro se limitará a presidir la discusión, procurando que el desorden no sea tan grande que se ahogue el pensamiento del que discute en la bulla de los demás.

Es emocionante el resultado. Yo he visto maestros encanecidos en la gloriosa y obscura labor de enseñar al que no sabe, presenciar una discusión de éstas, y levantarse

conmovidos a abrazar y besar a los niños. No se les olvida nada, si lo que habéis explicado está dentro de la perceptibilidad natural de los muchachos.

Ocurre con frecuencia que al hacer uno de un bando una afirmación, se levantan diez al mismo tiempo para contradecirle en el bando contrario. Hay que ver el calor, el interés, el decidido empeño de dejar en buen lugar a la nación representada. Es de notar cómo traducen ellos al lenguaje infantil los pensamientos del maestro, y es sencillamente admirable oír las cosas nuevas que se les ocurren derivadas de los puntos de vista explicados, y cómo hablan luego del asunto en los recreos, en la calle, en sus casas y en todas partes. Tienen intrigada la atención. El maestro ha ganado la partida.

Un ilustre catedrático que tiene un gran talento, pero que carece de orden mental, y que, amigo de las paradojas y de las originalidades, parece con frecuencia, más que un pensador, un malabarista de las ideas, ha dicho que estas discusiones de los muchachos son, punto más o menos, una tontería.

Yo, que apenas me llamo Pepe, me atrevo a decir que lo que afirma aquel señor sí que es una perfecta tontería, sin punto de más ni punto de menos.

En estas materias, tan llevadas y traídas de la enseñanza, tengo mis puntitas de escepticismo, y así, cuando un sabio se me arranca con altas lucubraciones pedagógicas, y para fortalecer sus teorías, fabrica con jugos de Sócrates, de Kant o de Hegel una emulsión reconstituyente de las propias ideas, me entra una grande inquietud de espíritu, y la pícara duda se posa sobre mi alma como neblina de la voluntad. No me fío.

Si hay mucho Kant, mucho Platón, mucho Spencer, mucha alta filosofía y muchísima erudición, yo digo que debe quedar poco tiempo para el estudio directo del alma de los niños, para enterarse de las graves cuestiones de la práctica escolar y para conocer lo que nos rodea, lo que nos afecta inmediatamente; y en este sentido suelo pensar: Este hombre trae mucha carga filosófica, luego debe haber tratado poco a los niños. Y hablando con franqueza, me vais

a permitir que me sonría de todos los eminentes pedagogos de instrucción primaria que no han probado su paciencia y sus facultades, un día, muchos días; un año, muchos años, en las luchas interminables de la escuela.

¿Entonces la filosofía y la escuela están reñidas? Dios me libre de pensar semejante blasfemia. Lo que ocurre es que yo echo sobre los eruditos pedagogos lo que los abogados llaman la presunción *juris tantum*, según la cual creo que uno que sabe muchísimo de filósofos extranjeros de todos los tiempos y doctrinas, sabe muy poco de niños, mientras no me demuestre lo contrario. Si me demuestra lo contrario y resulta que ha tenido tiempo en la vida para saber ambas cosas, yo me alegraré infinito, porque nunca podremos decir con más razón aquello de *miel sobre hojuelas*.

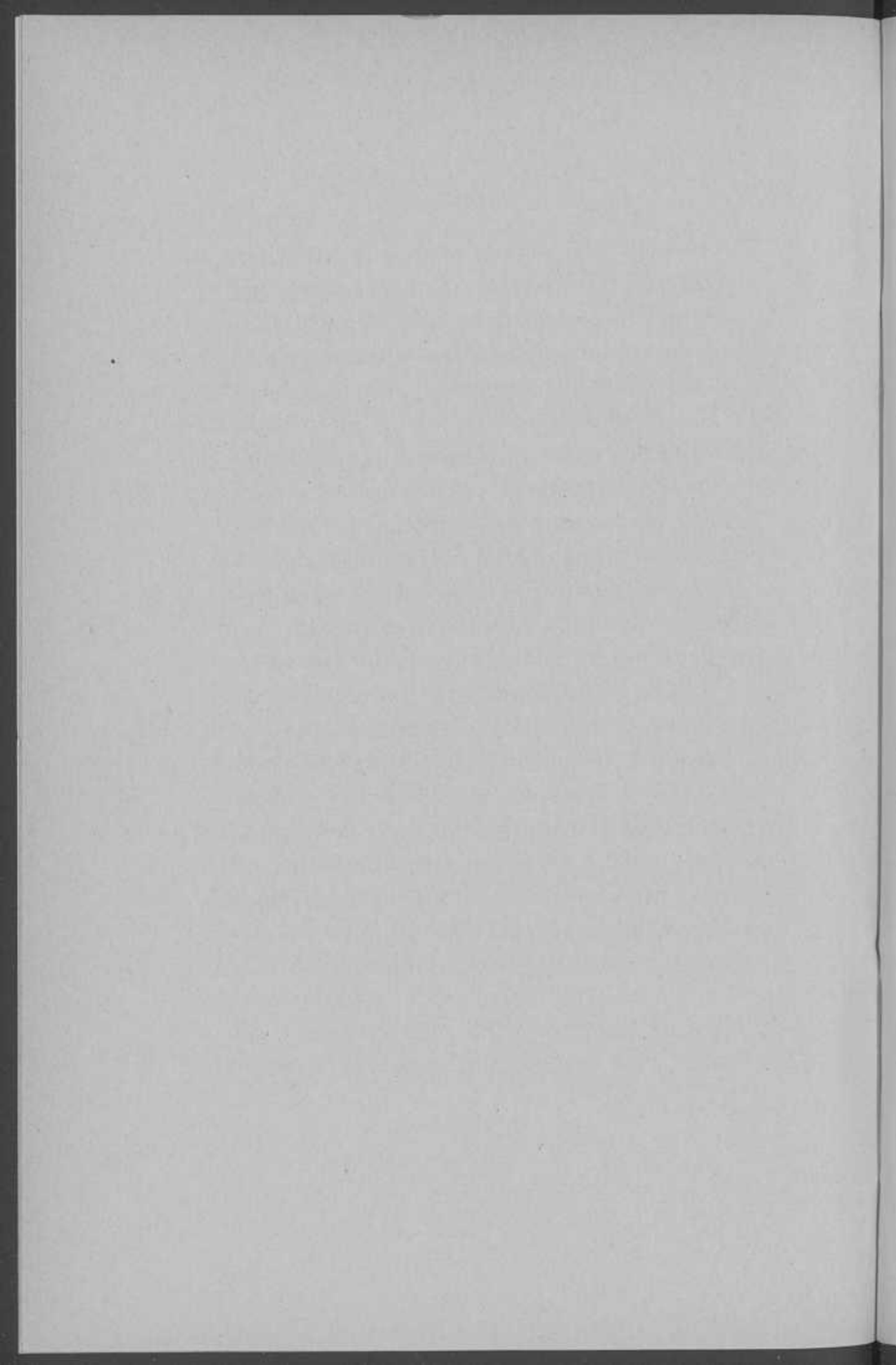
El señor de referencia sabrá mucho de lindas disertaciones, y de profundas y flamantes ciencias filosóficas, pero de niños...

La discusión es el más completo recurso de que puede valerse un maestro para hacer el repaso.

Aviva la curiosidad, mueve la atención, espolea las facultades y, lo que es más pedagógico que nada, hace que el niño complete por cuenta propia las noticias primarias que del maestro recibió, porque habiendo aquello despertado en él un interés extraordinario, todo conocimiento que adquiera con posterioridad, y que sea relacionable con sus puntos de vista, queda agregado a sus razonamientos en la discusión.

Hay tres momentos intelectuales en el desarrollo mental del niño. En el primero no tiene más ideas que las de su maestro; en el segundo, el niño colabora con aquél, y ya en el tercero, piensa por cuenta propia.

Para mí es evidente que este recurso de la discusión es un puente que facilita el paso entre el dogmatismo mediatizado del segundo período y la determinación de la personalidad intelectual, ya apta para la producción de las ideas propias en el último.



CAPITULO XXX

Internado

El internado de estudiantes del Magisterio que funciona en nuestras escuelas lo entienden los niños pequeños según el diálogo siguiente, en el que toman parte don Carlos nuestro director, el Sr. Vicario y los niños.

—Oiga V., D. Carlo, aquí tenemos una disputa. Este dice que eso de l'internao es cosa de linterna, y yo digo que no, que eso quiere decir cosas de dentro, de dentro del cuerpo.

—¿Qué va a ser eso? No seas bobito, hombre. No es nada de fuera, ni de dentro del cuerpo. Más bien es del alma... Ni tampoco tiene que ver con linterna, ni faroles ni cosa que se le parezca.

—Me caigo en la má, D. Carlo, ¿entonce qué es?

Un chiquillo rubio, con el pelo grifón, que tiene su lagrimita de moco de ida y vuelta, es decir, nariz adentro, nariz afuera, con ascensor de aire, y que escucha embobado la conversación, soltándole unos descomunales bocados a un pedazo de pan con aceite, interviene y dice:

—*Eso es esa casa que está ahí en er patio der colegio.*

D. Carlos entusiasmado:—*Este, éste es el que lo sabe. Anda dí...*

—*Sí, señó, y eso tiene que sé pa darno de comé a nosotros...*

—*¿Nada más que comer...?*

—*¿Y le paese a V. poco, D. Carlo?*

—*¡Demonio! No piensas más que en comer. Anda, acaba con ese medio bollo, porque entretenido con los dientes, no discurren bien.*

El coro de chiquillos ríe a costa del grifón. El grifón se enfada.

—*Pues si no es pa comé, será pa otra cosa...*

—*Claro, y si no, para otra.*

—*Bueno, pué será pa poné una tienda...*

Y un estudiante del Internado, andaluz

hasta la medula, que tiene muchísima sal en la mollera, se dirige al del bollo con aceite:

—*Sí, hombre, pa poné una tienda de pañuelos pa limpiarse los mocos.*

Hasta D. Carlos suelta la risa, y comprendiendo que ha llegado el momento de explicar a los chiquillos la obra de los internos se dispone a hacerlo, cuando aparece por el patio el actual arcipreste, hombre lleno de gracia, con un corazón más tierno que la manteca, y doctor en ingenuidad.

—*¡Eh, eh! ¡que lo explique el pae Vicario!*

—*¡Que lo diga!*—gritan los chiquillos.

Y el Vicario enfoca el asunto del modo siguiente:

—Figurarse, hijos míos, que sale un niño muy aplicado y muy bueno y que la criaturita quiere estudiar para maestro. Don Manuel Siurot le echa el ojo, y va y le dice:

—*¿Tú quieres estudiar para maestro?*

—*Yo quiero estudiá pa maestro.*

—*¿Te gusta a ti esa carrera, chiquillo?*

—*Sí, señó, que me gusta, D. Manuel.*

—*¿Por qué te gusta?*

—*Pues me gusta, porque yo quisiera sé*

como V... enseñá, enseñá y siempre enseñá.

—Bueno, pues a decírselo a tu padre.

Y el niño va y se lo dice a su padre, y su padre dice que no, y la razón que da es que el niño tiene que ganar para comer; y entonces D. Manuel se queda muy disgustado, por eso de que sea herrero o marmolista un niño que posee grandes condiciones para la santa ocupación de la enseñanza.

Siempre que ocurre algo de esto voy a D. Carlos, y al señor Obispo, o al señor Cardenal y a todo el mundo, y dale que dale, y dale que le das, hasta que concluye todo el mundo por reconocer que eso no puede seguir así. Y todos esos señores que he dicho y muchísimos hombres más de la política, de la ciencia y de la religión han metido a todos en darle a los estudiantes del Magisterio que sean pobrecitos, durante los cuatro años de la carrera, de comer, de dormir, de vestir, de estudiar, todo lo necesario. Así los padres de los niños no podrán decir esto ni lo otro, y también se conseguirá que nadie por ningún concepto estorbe la formación espiritual de los maestrillos.

—¿Está claro esto?

—*¡Sí, señó! ¡Sí, señó!*

—*Bueno; pues explícalo tú, rubillo*—dice don Carlos.

Y el rubio, que ya se ha comido su pan y que está más tranquilo, exclama:

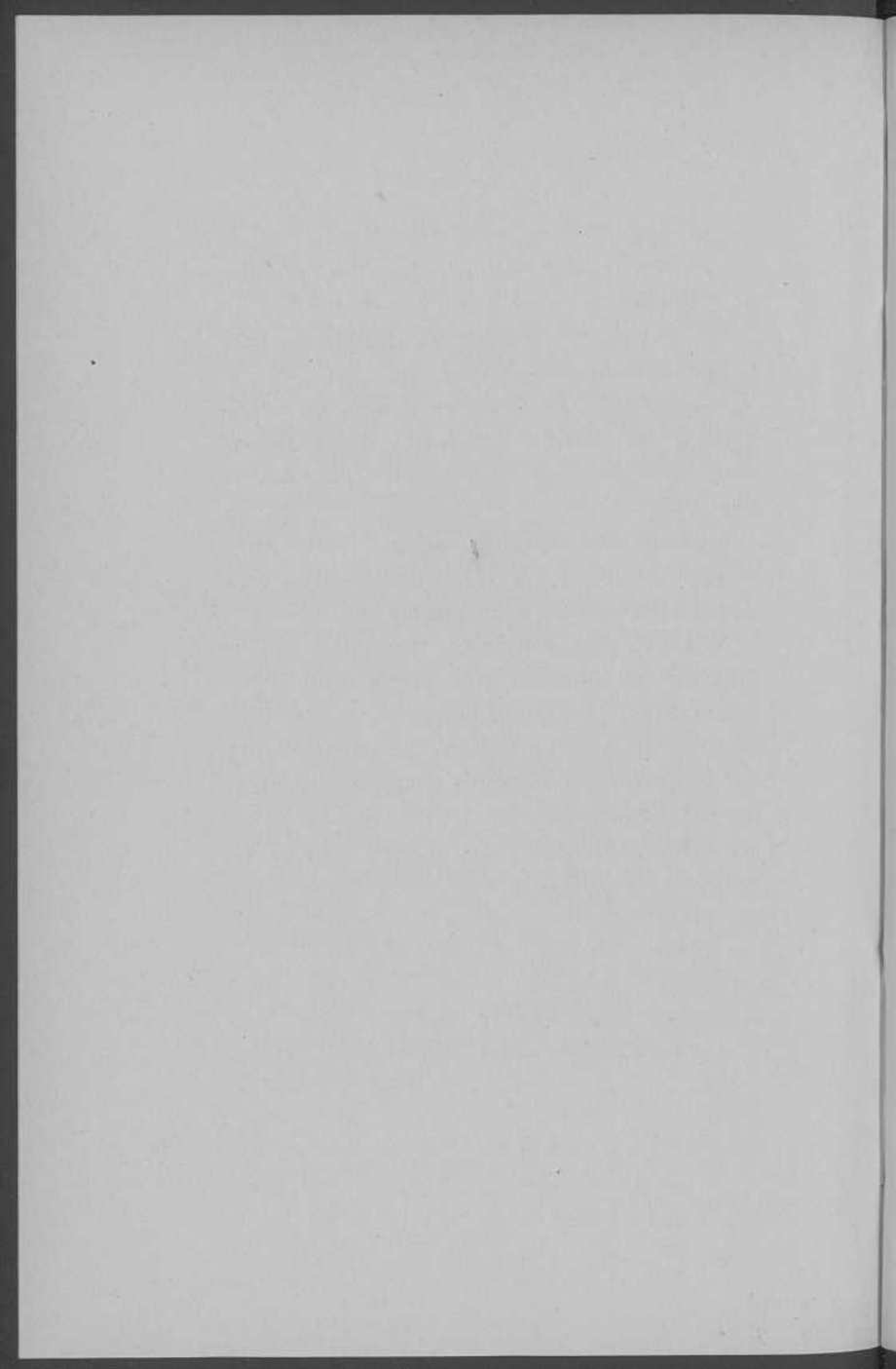
—*Pues ná, que lo cogen a uno, lo meten ahí... comé, dormí, estudiá, y a los cuatro año está hecho uno un maestro más bueno que la má.*

—*¡Bien por el rubio!*—dice el Vicario.

—*Y vamos a ver, D. Carlos,*—dice uno de los oyentes—*¿y el dinero pa to eso?*

Y D. Carlos, sonriente, tranquilo, con la dulzura que Dios le dió, y que tanta falta hace en una casa como nuestras escuelas, lleva los niños a la capilla, se para delante del Sagrario y señalando a la prisión dorada del Señor, dice:

—*Queridos míos: Ahí dentro está el dinero para todo eso.*



CAPITULO XXXI

Amor y originalidad

Pertenece al mundo de las cosas indudables que el maestro tiene la misión de agrandar al niño la esfera de su inteligencia. Pero el niño tiene un tesoro en el alma, y ese tesoro es precisamente su niñez, su corazón. Que el niño se haga intelectualmente hombre me parece muy bien; pero si el maestro tiene un sentimiento delicado de la vida, se guardará de poner las manos ni el pensamiento en hacer que el corazón niño pase a corazón hombre.

El hombre, en cuanto al sentimiento, no es más que un niño que se ha echado a perder, y conviene a la perfección educadora que aquél llegue a viejo con el alma llena de sencillez infantil. La escuela pedagógica que no sabe ver esto va contra la naturaleza humana y contra la palabra divina, que en un

momento de suprema enseñanza afirma:
*"En verdad os digo que los que no sedís
como estos niños no entraréis en el Reino
de los Cielos."*

No consiste la solución del problema en que encontremos en todas partes hombres de diez años, sino niños de sesenta, porque el mundo dejaría de ser una casa de locos y un torbellino de pasiones egoístas si se consiguiera la infantilidad perpetua de los corazones de las gentes.

Hay una sola manera lícita de llegar al corazón del niño, y esa no es para convertirlo en hombre, sino más bien para fortalecer su inocencia. Esa manera permitida al maestro no puede ser otra que el amor.

El niño pobre está ansioso de amores. Su infeliz madre, poseedora del amor más fuerte, por causa de nuestra pésima organización social, vive agobiada de trabajos y necesidades, sin tiempo para dar al niño toda la ración de amores y de besos que la niñez necesita. Es preciso que los hombres buenos, los que de alguna manera intervenimos en el magno problema, seamos substitutos de las madres, y sembrando muchos amores en

la tierra fértil del niño, impidamos que esta criatura llegue luego a la sociedad con el corazón en crisis y ausente de besos y caricias, porque entonces la fiera humana deshonrará todos los días a la civilización en que vivimos...

El niño ha llegado el domingo a misa. Con sus alpargatas nuevas, sus calzones remendados, su pelito rubio, que le forma sobre la frente un remolino de oro, y la gracia toda de su personilla, se dispone a comulgar... Es la democracia humana e inocente, que va a entregarse con toda sinceridad a la democracia divina y misteriosa de la Eucaristía.

—¿Por quién le vas a pedir al Señor?

—Por mi madre y por usted—me dice suavemente al oído.

—¿Y por qué le vas a pedir por mí?

—Porque usted me quiere mucho...

Ese niño está redimido, ya no se perderá, ya no será nunca una fiera que deshonne a la civilización. Ha sabido poner el amor a su maestro en la intimidad caliente de la plegaria de su alma.

Es error capital de muchos maestros aquél

que les induce a la formación de sus discípulos por un procedimiento contrario a la contextura espiritual del hombre.

El hombre, el artista, el sabio, no es más que un desenvolvimiento, una perfección de la propia personalidad. De tal manera es así, que cada alma es distinta de las otras, y la verdadera aportación al progreso ha de consistir en que cada una descubra lo suyo, lo propio, desenvuelto y perfeccionado por la enseñanza de los demás. Cada uno tiene el derecho de darle a la vida el gusto de su propio corazón.

El maestro que se empeña en trasplantar sus nervios y su persona a la persona del discípulo, le mata la propia divina originalidad. Sobre el alma virgen del niño van cayendo los pedazos espirituales de su maestro, y el discípulo queda enterrado en esta superposición agobiadora.

El alma libre, que fué creada para el auto-vuelo, vuela entonces con alas prestadas. Es el motor del maestro el que funciona. El propio del niño está desmontado en el fondo de su pensamiento.

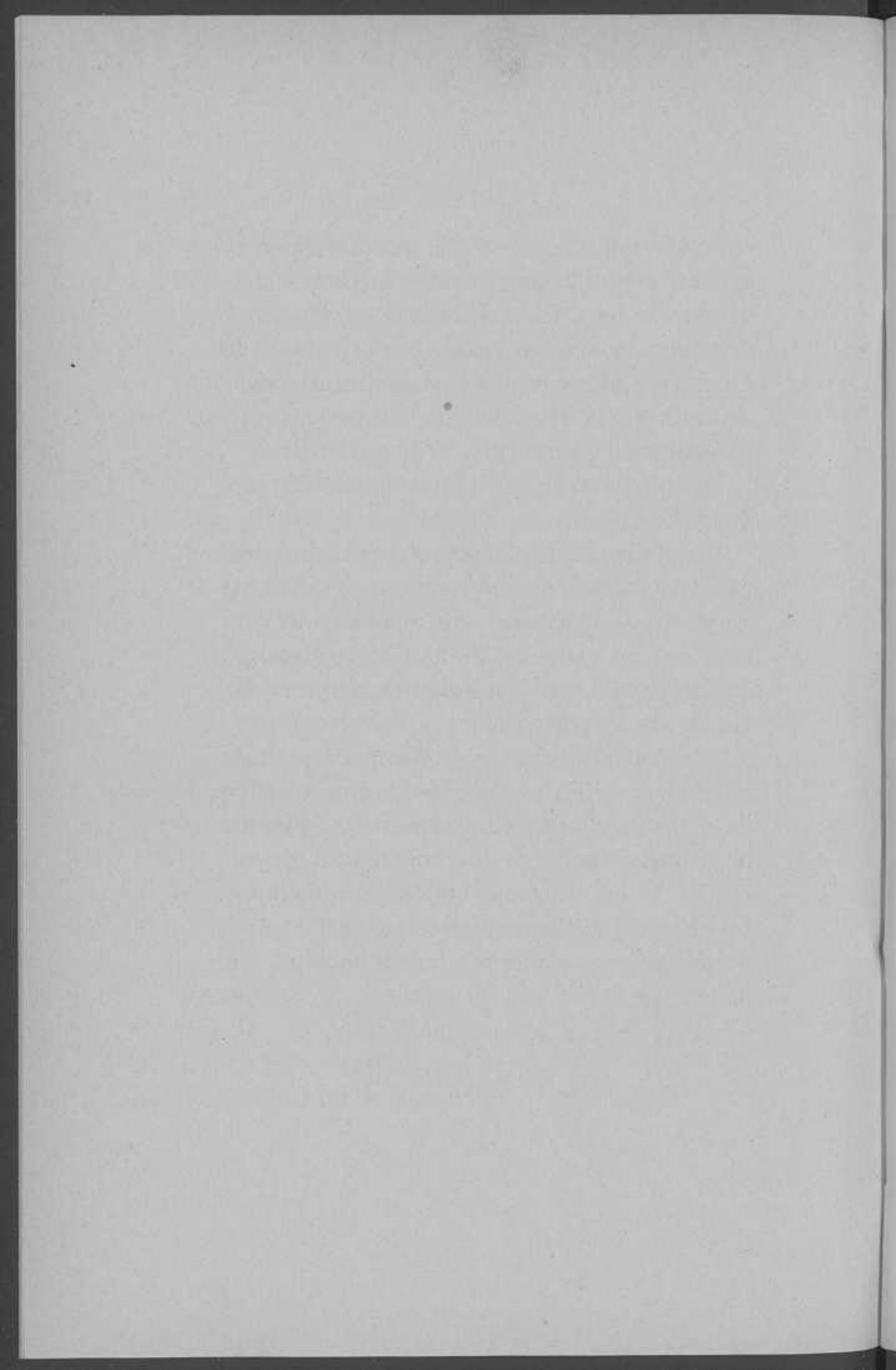
El ideal ha de consistir en que el maestro

sea sólo un director de la propia espontaneidad natural, corrigiendo defectos, allanando caminos, alumbrando obscuridades, y destrozando malezas, para que el reflejo de Dios, que vibra en cada alma de un modo distinto, surja con toda la luminosa originalidad con que a Dios le plugo crearlo.

De otro modo las almas quedarán inéditas.

Precisamente el defecto del idearium español de ahora es éste: que casi todas las almas están inéditas. En España no hay más que un centenar de almas de maestros que se han repetido millones de veces en las almas de los demás.

A mí me consta que el día que las almas españolas vuelen con propio motor, y dejen de estar sepultadas e inéditas en la balumba bien intencionada de los encargados de encender la luz, este país nuestro, actualmente obscuro, brillará, como ya brilló otras veces, con resplandores no igualados por nadie.



CAPITULO XXXII

Amor y sacrificio

Hablé con los pedagogos y me atreví a expresar la idea de que un maestro de escuela debe ser como un escultor de alma de niños.

Un hombre inteligente y sensible trabaja en un bloque de mármol. El mármol frío y duro se resiste con una constancia desesperante a que las ideas del artista encarnen en él. Pero las ideas, señoras del mundo, son las que mandan en la vida, y así envuelven en su esencia el trozo de Carrara y lo oprimen, lo envuelven y desbastan con fuerza al principio y con más delicadeza después. Será preciso estar ciego para no ver que el mármol se va convirtiendo poco a poco en una figura de mujer, que al empezar será mujer lejana, envuelta, oculta, pero más tarde surgirá el cuello elegante, la boca de pri-

mores, la frente espléndida y los ojos de amor. Esa cabeza es de mármol y, sin embargo, piensa; esos ojos son fríos y arden; esa boca sonríe, aunque salga la sonrisa de una piedra. ¡Ah!, no falta más sino que el artista tuviera poder para decirle “habla” y que la estatua hablase.

Dios hizo al hombre y lo crió inteligente, libre, ágil, inmortal; la caída, el pecado original, lo puso torpe, muerto. Ya lo sabéis, hermanos pedagogos: la materia sobre que habéis de actuar, en el modelado de la estatua de la educación, es ésa... ¡Ah!, sí, como la piedra, torpe, esclava, muerta...

Te veo, maestro paciente, resignado, laborioso, lleno de paz. Eres el tipo bueno. Tienes delante el bloque de tu trabajo; en tu mano derecha está el martillo del amor. Con ese martillo no se destruye nada; mejor dicho, se destruyen los bloques, pero se crean las estatuas. A su golpe continuo, cariñoso, se deshacen los fríos, las indiferencias, los odios y los rencores; se echa abajo el egoísmo y se fabrica el bien.

¿Cuál será el mejor maestro? El que tenga mejor martillo.

En tu mano izquierda veo el cincel del sacrificio.

El sacrificio es una palabra sin la que no tienen sentido todas las cosas grandes que los hombres han hecho en el mundo.

Sacrificio es Jesús, su vida, su Eucaristía, su Calvario. Sacrificio el apostolado, el martirio, la virginidad; sacrificio la Iglesia. No hay heroísmo que no lo tenga, ni maternidad que no se nutra de él, ni magisterio que no se alimente de su esencia.

¿Cuál será mejor maestro? El que tenga el cincel mejor templado.

Con martillo y cincel hay, pues, que entrarse alma adentro del niño para ir limpiando, retocando, afinando las facultades todas puestas a educar, porque tengo la seguridad de que ese maestro ha de tropezar, por ejemplo, con una memoria mal llevada, mal dirigida, mohosa; una memoria que sabe sólo recordar sonidos, fonetismos, y hay que limpiarla para que deje de ser fonógrafo y sea una facultad capaz de recordar ideas, hechos y estados que fueron. La imaginación, de la que no poseen los niños pequeños más que su forma grosera y que

actúa únicamente con imágenes toscas del miedo, hay que cincelarla para que sepan construir, crear sobre *hipótesis* y sobre *supuestos*, y podamos de ese modo utilizar una de las más perfectas herramientas del campo de la sabiduría. Hay que subir y llegar a la parte alta de la escultura y, entrando en la región divina del entendimiento, desbastar con mano amorosa todo lo que estorbe, para que la razón, comparando, relacionando y midiendo, llegue a la producción sintética de las grandes ideas y arroje la rutina a los lados del camino como una fórmula gastada e inútil.

Ese maestro escultor entrará por la sensibilidad interna y alumbrará con un relámpago de la belleza sus misteriosas regiones, para que sazonemos con la sal de lo bello la torta de la vida, insulsa e incomible, si no se toca de su gusto ideal. Luego, como suprema expedición pedagógica, por el punto central del alma, el escultor guardará todos sus cuidados para esculpir la región de la voluntad. Ahí han de vivir todas las esencias determinadoras del carácter. Ahí ha de vivir la fe, la fe en la esposa, la fe en el

amigo bueno, la fe en la ciencia, la fe en los hombres del sacrificio, la fe en el Maestro inmortal de los siglos; y cuando el pedagogo tenga su trabajo en ese punto y haya hecho que ese cuerpo de niño esté limpio al exterior también, y conseguido que los músculos se muevan para que se desarrollen, y que los pulmones reciban aire puro, y los ojos mucha luz, entonces puede pararse orgulloso ante su obra, y, así como el escultor de mármol no podía mandar que la estatua hablase, este escultor de niños mandará hablar, y la escultura de carne y de espíritu echará de su boca el verbo bueno para salvar al mundo de los crímenes de la palabra mala, y para que los hombres de bien se llenen de santas y legítimas satisfacciones.

Amor y sacrificios son, pues, las dos grandes palabras que han de saber *pronunciar* los maestros.

Prefiero los maestros buenos, maestros de amor, a los maestros de sabiduría. Si me dieran las dos cosas juntas, sería el ideal; pero si me obligan a escoger, me quedo con los primeros.

Un maestro bueno, enamorado de los ni-

ños e ignorante de las graves cuestiones de la pedagogía, llegará, a pesar de todo, a cumplir perfectamente su destino, porque el amor es, al fin y al cabo, la semilla productora del árbol de la sabiduría. Ese maestro bueno sembrará su amor. Su amor le exigirá muchas cosas... el maestro las buscará por todas partes, y, amando mucho, se hará sabio.

Con el amor sólo se llega, si se quiere, a la ciencia; con la ciencia sola no se llega al amor.

¿No lo recordáis? El amor, la caridad es sufrida, dulce, bienhechora. No es ambiciosa, ni interesada, no se irrita, no piensa mal. Le indigna la injusticia, le complace la verdad. A todo se acomoda, todo lo espera y todo lo sobrelleva. Pasarán las profecías, se acabarán las lenguas, concluirán las ciencias, pero el amor es eterno.

Yo tenía en mis escuelas un maestrito de menos que mediana cultura. Se le descubría a simple vista un gran cariño a sus discípulos. En cuatro años volvióse en acabado pedagogo. En cambio, mirad ese otro maestro, lleno de ciencias que con la pedagogía

le complican y relacionan. Sabe muchas cosas, pero tiene el corazón seco. Tiene gesto agrio, mirar grave, mano dura y anda siempre besándole la frente con besos pedajosos la vanidad, que es la hembra del orgullo. Este hombre podrá enseñar algo, pero educar, esto es, hacer esculturas de luz, inteligencias sanas y corazones buenos, nó, de ninguna manera. ¡Pobre niño condenado a ciencia fiambre, fórmulas frías y conocimientos huecos! La hiel del hígado de su maestro caerá sobre sus labios como único aperitivo de la vida; las almohadas de su espíritu serán un silogismo y una ecuación; sus ilusiones vestirán el hábito de una didáctica puntiaguda, y cuando despierte por las mañanas, en vez del sol de la alegría caerá sobre él una sonrisa que le enseñaron a su maestro en las cátedras antipáticas de la duda.

¿Quién ha amado más que nadie en la Historia? Jesucristo. He aquí el Maestro incomparable, el Maestro por antonomasia.

¿Quién ama más que nadie en la vida? Las madres. He aquí las mejores maestras. Las cosas que mi madre me enseñaba, como

vinieron sobre las ascuas encendidas de su amor, viven en mí para siempre; ni la muerte podrá con ellas.

Contaré algún caso relativo a la enseñanza por medio del amor. Era un alumno de mi grado, nervioso, inteligente y juguetón. Su hogar lo forman la honradez y el trabajo. La madre es una luchadora admirable, que riñe con la pobreza y la miseria batallas heroicas... ¡Son tantos hijos!...

Una noche, una mala mujer abandona a un niño recién nacido en el zaguán oscuro de la madre de mi discípulo. ¿No había una casa rica donde *exponer* al inocente?...

Por la mañana, en clase, me contó el chiquillo el suceso... *Estaban contentísimos en su casa con el niño cunero. ¡Era más bonito!... Lo iban a criar... No podían, pero le harían lao. ¡Más rubito, D. Manué!*

—*¡Qué cosas dices, hombre!*—murmuro yo enternecido.

Y es que este muchacho, criado en una atmósfera de amor, que respira en su casa y en nuestras escuelas, dice realmente cosas admirables.

—*Anda, ahí viene D. Carlos; cuéntale lo que ha pasado.*

El niño, entonces, toma cierto aire formal y ceremonioso, se adelanta al Director y le dice:

—*Don Carlos, tengo el gusto de decirle que puede usted contar con un hermanito más...*

¡Oh dulzura del amor bueno! Oyendo a mi discípulo reía y lloraba yo al mismo tiempo. ¿Se ha visto nada más gracioso, ni más caritativo? Caridad risueña de mis niños pobres andaluces, yo te bendigo. ¿Qué hay en el mundo que se parezca a tí? ¡Qué alegría tan infinitamente divina tendrá Jesús en su alma viendo estas cosas!...

El niño sabe que este hermanito nuevo que ofrece a D. Carlos representa para él una multiplicación de fatigas y una división de cucharas, si me permiten la expresión. Habrá un poquito de más frío, porque habrá un poquito de menos ropas; habrá un poquito de más hambre, porque se tocará a menos en la comida. Su madre tendrá menos cuidados con él, porque hay una atención nueva en casa. Y, no obstante, se cele-

bra el advenimiento del *cunerito* con gran cariño y con sonrisa de triunfo cristiano.

A ver, señores que me leéis; pongamos todos el pensamiento en la conciencia y contestemos ante ella qué es lo que hubiéramos hecho en las circunstancias de este niño pobre; y después de una severa meditación, veamos si es digno de la flor de nuestras admiraciones esa criatura que sabe amar así, porque lo aprendió de Jesucristo, en los labios de su madre y en las lecciones de sus maestros.

¿No os acordáis de Cristo en la Cruz?...

Todas las injusticias de la tierra le hieren, todas las blasfemias del infierno le escupen, las brutalidades del hombre le injurian, los dolores le cercan y las miradas le odian. Él es absolutamente inocente, y, por tanto, si obrara conforme a lo natural, la escena del Calvario pediría a voces un rayo para cada uno de aquellos miserables bandidos que tienen clavado en la cruz al Redentor.

Pero el Redentor no quiere rayos, y el maestro inmortal de los siglos hace el sacrificio de las manos y se las amarra con clavos

groseros a la madera del martirio. Libres tiene en la Cruz el Maestro el pensamiento, la lengua y el corazón, y allí, en aquella cátedra sin igual, el pensamiento, que está coronado de espinas, contempla la inmensidad de la obra redentora, la lengua reseca de la fiebre nos bendice, y el corazón, que va a ser partido de un lanzazo, nos ama con amores que no tienen ponderación humana... Eso es pedagogía, eso es enseñar. Todo lo demás, ¿qué es?...

Adapten los maestros esta enseñanza a la pobre pequeñez de nuestra humildad, y verán que el sacrificio es un mar fecundo de bendiciones que se les entra por las puertas de su clase...

Era aquel muchacho mixto de español y portugués. No conocí jamás un temperamento más belicoso. Peleaba por todo; mejor dicho, por nada. Cuando no venía a la escuela con la cabeza rota, las espinillas con cardenales, o señalado firmemente de uña el recurtido y simpático rostro, era alguna otra criaturita la que veíamos con los desaguisados anteriores, producidos por la mano contundente de nuestro portuguesito.

¿Riña en la escuela? ¿Escándalo en la puerta del Colegio? ¿Guardias municipales que buscaban a alguien? Pues la clave de todos éstos y de muchísimos más asuntos era nuestro mocito, que tantos y tan desazonados ratos me dió en aquellos días de lucha para nuestras escuelas.

Estudié con detención el carácter del muchacho y llegué a convencerme de que, juntamente con otras cosas, lo era principalísima en el desastre de su conducta; no os asombréis: un exagerado concepto de su honor, tal como podía entenderlo aquel ciudadano en su edad y circunstancias.

El niño era sencillamente intolerable. La paciencia se me iba agotando. Todos los procedimientos de castigo, excepto pegar, habían sido puestos en práctica, y el fracaso zumbaba en mis oídos. Tantas promesas me hacía, tantas promesas violaba... *¡No lo pueo remediá, Dor Manué!*

Un día, a pesar de sus ofrecimientos hechos solemnemente, dióle un puntapié a un niño en mi misma clase. Indignado, ofendido, lleno de calor, ordené que todos los alum-

nos salieran al patio y me quedé solo con él.

—Ahora vas a ver, grandísimo... No me queda más que castigarte materialmente..., y ahora verás...

El muchacho pálido, agachó los ojos y cruzó los brazos.

—Eres deshonra de tus padres, deshonra del Colegio y deshonra mía; ¡ahora verás!...

Callado como un muerto, me miró como diciendo: —Haga V. lo que quiera de mí.

—Sí, te voy a castigar corporalmente; pero como sé que eso no te va a servir para nada, en vez de aplicar el castigo a tu cuerpo, lo aplicaré al mío, y que lo vea la clase entera. (Me puse de rodillas con los brazos en cruz.) Mira, así me voy a estar hasta que me dé calentura en los brazos.

—Dor Manué, ¡por Dió, por Dió!—gritó el chiquillo:

—Y ahora, llama a la clase, anda..., que entren para que vean cómo has puesto tú al maestro.

Con la cara encendida dió un grito terrible y cayó a mis pies gimiendo:

—¡Ezo no, ezo no!...

—Llámalos, anda...

Él me besaba las piernas... Llorábamos los dos...

—Máteme V., máteme V., antes que vengán los niños...

—¡Llámalos!...

Se pone entonces también de rodillas y con una cara nueva, que era la primera vez que yo le veía, me dijo transfigurado:

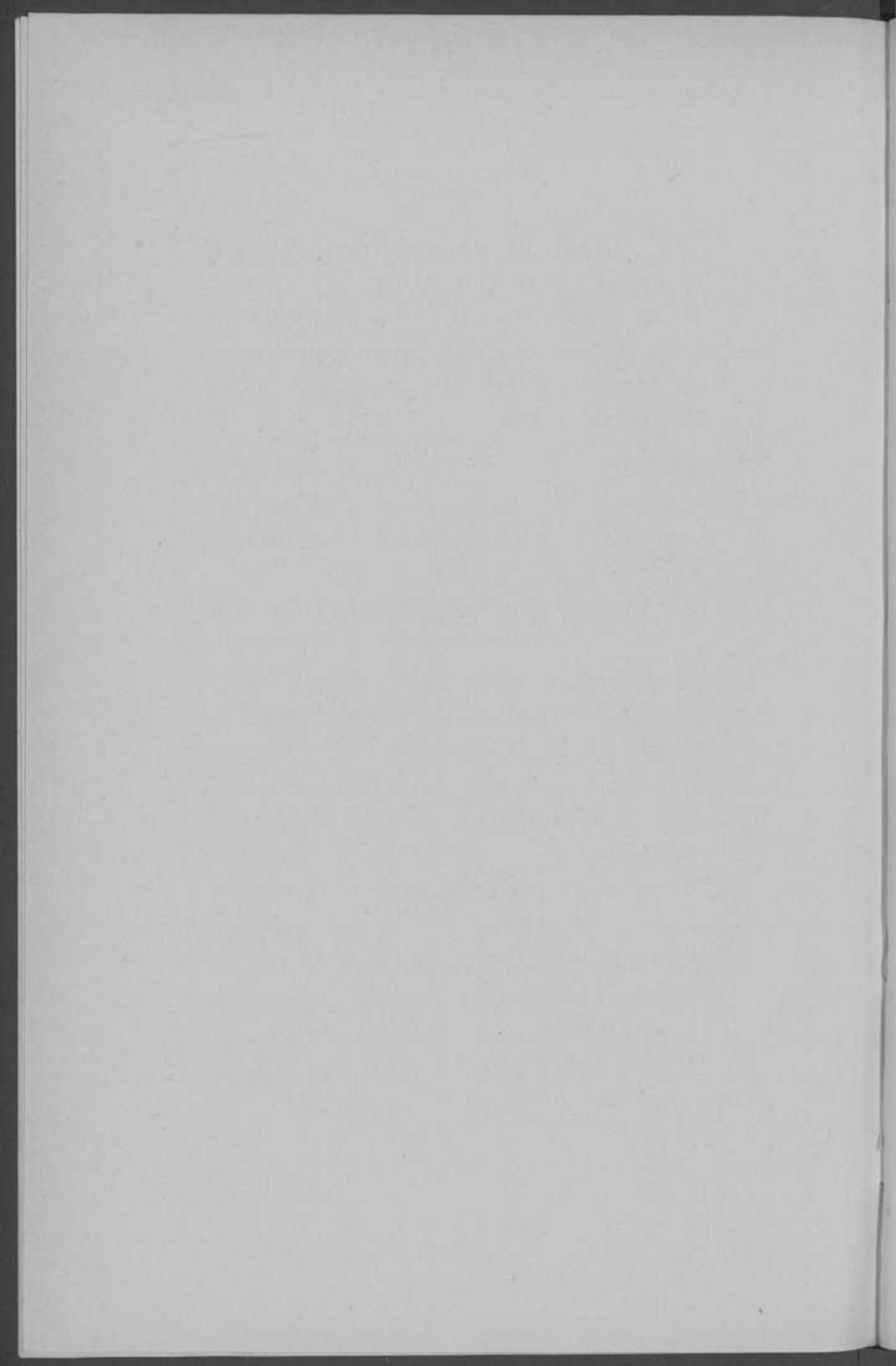
—Levántese usted, Dor Manué, levántese usted, por Dió, que yo le juro que no güervo a peleá en mi vida...

Me levanté de un salto, lo levanté a él, lo abracé y, reponiéndome un poco de la emoción, hice entrar a los demás alumnos. Éstos no se enteraron. Sólo vieron que el portuguesito lloraba mucho tiempo, mucho tiempo... Cuando dejó de llorar estaba curado.

Algunos días después iba hacia el Colegio y un golfillo del arroyo se metió con él. No le hizo caso. El rufián insistió y, como viera ganada la partida, sazonó su triunfo con una frase en que le mentaba al nuestro una cosa respetabilísima para él. Dió mi alumno una patada en el suelo, se

mordió furioso un dedo, y corrió hacia el Colegio... Estaba salvado.

En la azotea blanca de las Escuelas había una luz de oro. Me pareció que su reflejo era una mezcla divina de luz de sol y de luz de Dios...



CAPITULO XXXIII

Cánones de nuestras Escuelas

1.º Si alguno dijere que al niño no se le debe hablar de Jesucristo y enseñarle su santa doctrina, sea excomulgado.

2.º Si alguno pegare a los niños en la escuela, sea excomulgado.

3.º Si algún maestro grita mucho en clase debe ser amonestado, y si insiste en ese desastre del equilibrio y la fonética, sea excomulgado.

4.º Si alguno hace aprender a los niños lecciones de memoria, como papagayos o loros, sea excomulgado.

5.º Si alguno hace estudiar a los niños libros que no entienden, y los niños no entienden ninguno, sea excomulgado.

6.º Si alguno dijere que S. M. el Gráfico no es el rey absoluto y debe serlo, sea excomulgado.

7.º Si alguno dijere que el maestro no debe ser alegre, sea excomulgado.

8.º Si alguno dijere que el maestro no juegue con sus discípulos, sea excomulgado.

9.º Si alguno dijere que mezclar el juego y el estudio en los niños es cosa mala, sea excomulgado.

10. Si alguno dijere que después de Dios, del Rey y de la Patria no debe haber en la escuela nada tan importante como la escoba y la tiza, sea aplaudido, y si dijere lo contrario, anatematizado.

11. Si alguno dijere que cada maestro debe tener más de 35 niños, sea excomulgado.

12. Si alguno dijere que le molestan el sol y el aire en la escuela, sea excomulgado.

13. Si alguno dijere que los niños no canten o que canten a gritos, sea excomulgado.

14. Si alguno creyere que la enseñanza debe consistir en hacer del niño un hombre y no un niño superior, único objetivo de la escuela, sea advertido, y si insistiere en acartonar niños y ridiculizarlos con hombrías impropias, sea anatematizado.

15. Si alguno dijere o creyere que el maestro no debe aniñarse, y que la ciencia no debe infantilizarse, sea anatematizado.

Estos cánones están acordados en un concilio cuyos obispos son muchos años de escuela diaria, un poco de sentido común, el amor a los niños y la gracia de Dios.

Ahora tenemos que hacer una declaración. La escuela no es más que maestro, maestro y maestro; por consiguiente, cuando hay un buen maestro, de casi nada se carece. ¡Dios mío, que lluevan sobre España mil maestros de primer orden para que cambien la faz de la patria!

Ahora que hablo de los maestros, digo que pienso dedicar un segundo libro a sus derechos, deberes, consideración del Estado para con ellos, etc. Pero como pudiera ocurrir que ese segundo libro no se publicara, no quiero que se me quede dentro esta observación:

Excelentísimo Sr. Ministro de Instrucción pública:

Yo soy fuerte y sano. Tengo un buen apetito, y como admirablemente. Antes de

entregarme a mis trabajos diarios de clase, le doy a mi caldera todo el combustible necesario. Pues bien, cuando salgo de la escuela no puedo con mi cuerpo. Permítame V. E. esta pregunta: Dados los medios de que dispone un maestro oficial, ¿puede comer *a saturación*, requisito absolutamente necesario para poder enseñar?

Si le dicen a V. E. en Madrid que sí, oiga la voz de un maestro que no cobra del Estado, ni de nadie: *Con lo que come ordinariamente un maestro oficial no se puede dar ni una hora de clase, como Dios manda. Los maestros que lo pasan bien son moscas blancas en nuestro país. Esto, a pesar de los aumentos de sueldo que tan oportunamente les ha concedido V. E.*

F I N

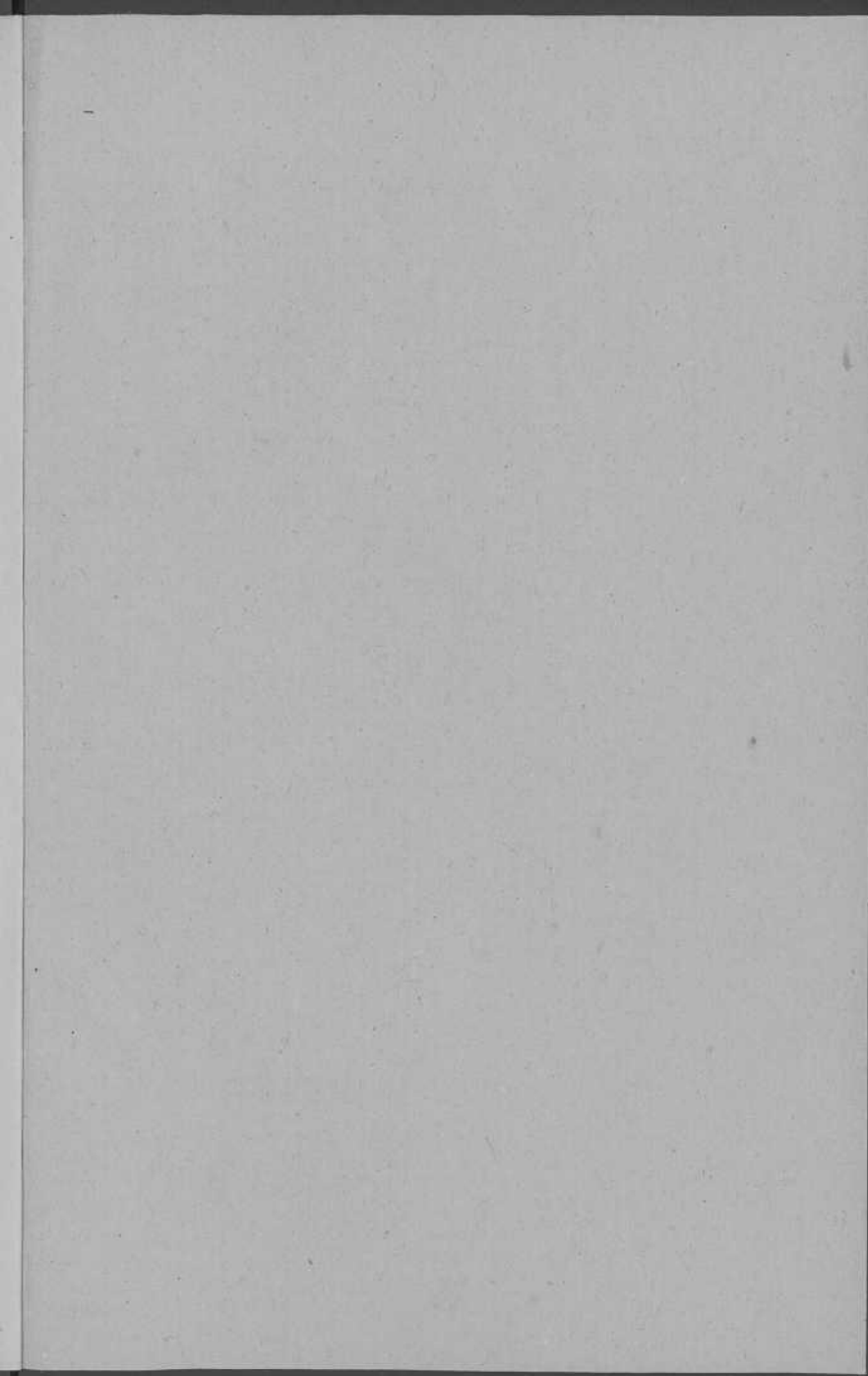
ÍNDICE

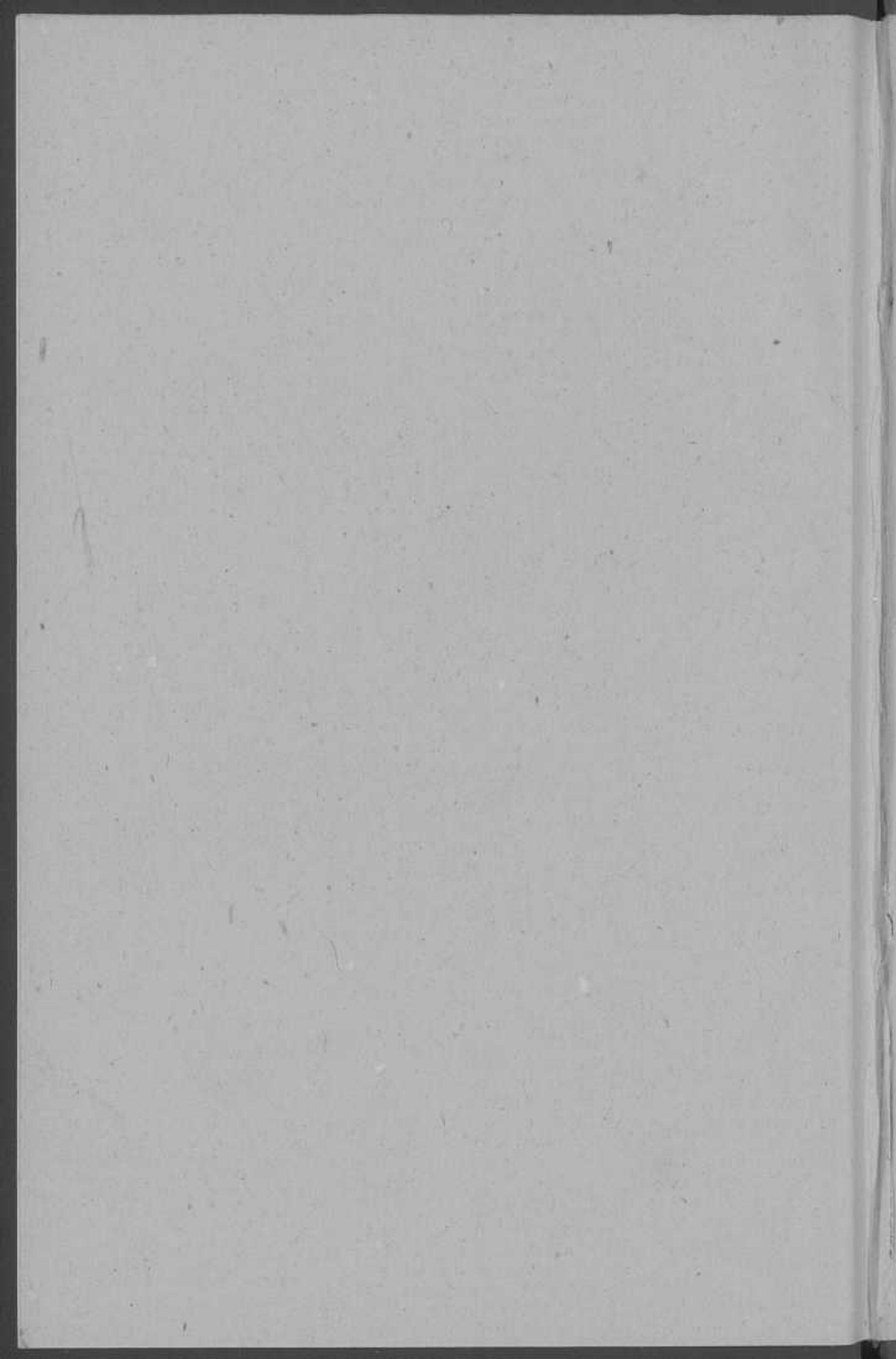
	<u>Páginas</u>
A MANOLITA	5
Algo de Prólogo	7
Cap. I.—Romántico	17
II.—Un viaje a Granada y un sobre cerrado.. . . .	21
III.—Bendición de Escuelas y apertura del sobre	27
IV.—Declaración sincera	33
V.—El Divino Maestro	35
VI.—Cómo queremos que sean nuestros Maestros	39
VII.—El Maestro no debe pegar nunca ..	45
VIII.—Los premios	63
IX.—La alegría.. . . .	69
X.—La Maestra.. . . .	77
XI.—El libro de texto	83
XII.—Su Majestad el Gráfico	93
XIII.—Cómo debe ser la Escuela, materialmente considerada.. . . .	101
XIV.—Cuestión nueva que no es cuestión.	107
XV.—Doctrina y moral	119
XVI.—Asistencia a la misa	133
XVII.—Comunión diaria	139
XVIII.—Meditación patria	153

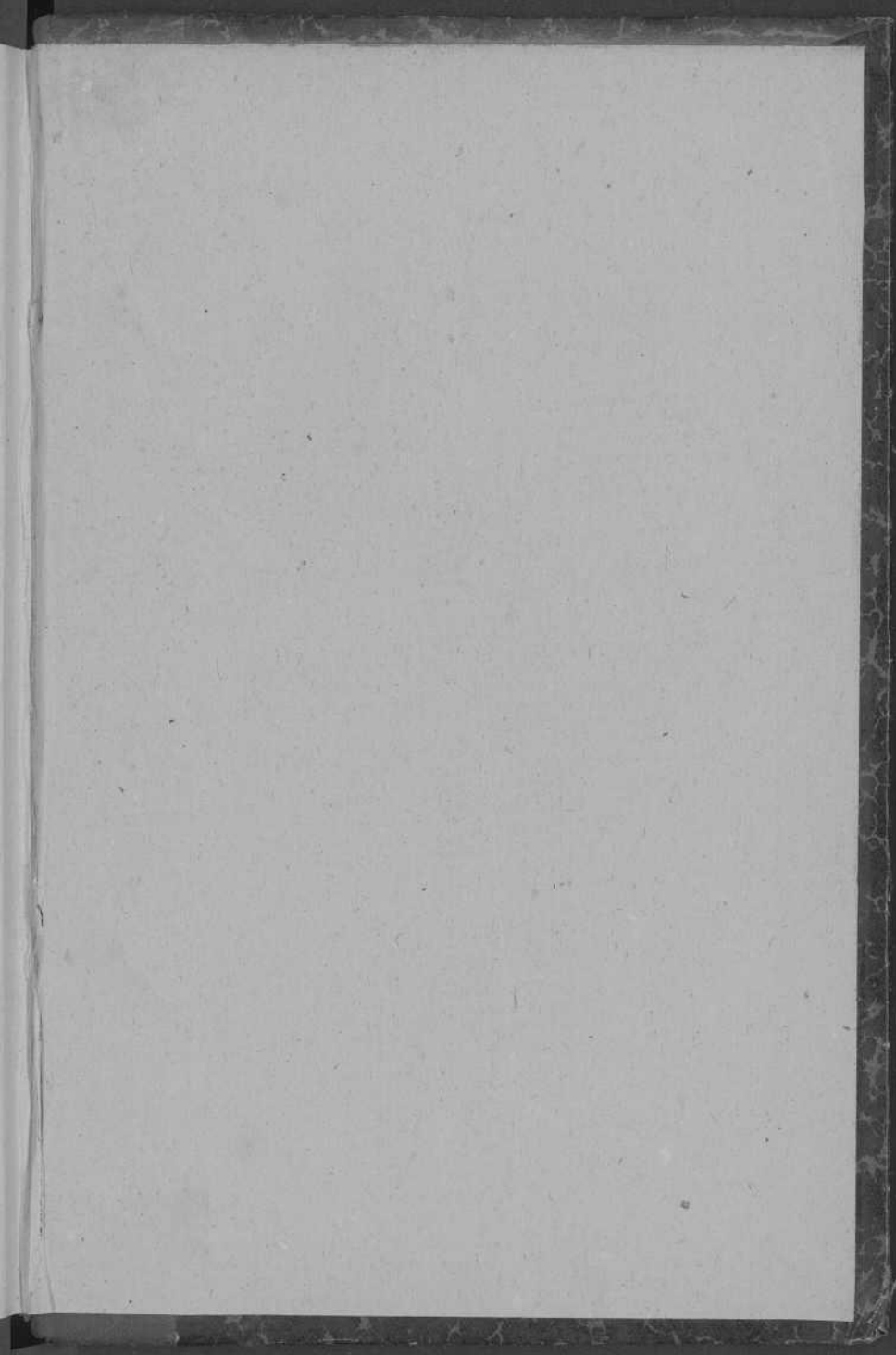
XIX.—Amar la patria	161
XX.—Otra lección de historia	179
XXI.—Lectura y escritura	187
XXII.—Algo de cuentas	197
XXIII.—Amar la lengua española y co- nocer algo su Gramática.. . . .	209
XXIV.—Un poco de Geometría	221
XXV.—Algo del Mundo.	233
XXVI.—La Tierra.. . . .	243
XXVII.—De España.—De la Provincia..	255
XXVIII.—Alma y cuerpo	267
XXIX.—Repaso.. . . .	279
XXX.—Internado.. . . .	293
XXXI.—Amor y originalidad.. . . .	299
XXXII.—Amor y sacrificio.. . . .	305
XXXIII.—Cánones de nuestras Escuelas..	321



*Esta obra se terminó de imprimir en los
Talleres tipográficos Voluntad, sitos
en esta Corte, en la calle de Serra-
no, núm. 48, a primeros del mes
de julio del año de Nuestro
Señor Jesucristo de 1929,
siendo la tercera edición
de la misma de tres mil
ejemplares.*







MA

19

M. SIUROT

CADA
MAESTRITO

19626